SERIE MYRKUR CRANSTON 3

SUEÑOS

BY ARIEL ZORION

SUEÑOS

Serie Mykur Cranston 3

ARIEL ZORION

Copyright
© Ariel Zorion

Ariel Zorion
Imagen de portada: foto de Pixabay. Edición con Canva.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.
Instragram: @ariel_zorion
Web: https://www.arielzorion.com
Mail: arielzorion@arielzorion.com

Para Sara,
una de mis lectores 0
Sueños debería haber salido el día de tu
cumpleaños, pero no pudo ser así.
Espero que igualmente te haga ilusión.
Gracias por apoyarme siempre
y contagiarme tu entusiasmo.

«Nadie ha logrado nada, desde el más pequeño hasta el más grande, a menos que el sueño se haya soñado primero».
L. I. Wilder

«Aprenderemos que el sueño es un proveedor universal de salud»
Matthew Walker
Libro "Por qué dormimos.
La nueva ciencia del sueño"

Sinopsis

¿Cómo atrapar a un asesino que no sabe que está matando?

¿Cómo dar caza a un criminal inconsciente?

Los sueños son formas inconsistentes que asaltan nuestro cerebro cuando dormimos.

Los sueños, en ocasiones, pueden ser realmente perturbadores.

Los sueños, a veces, se convierten en realidad.

Un hombre se levanta con las manos manchadas de sangre.

No recuerda nada de la noche anterior.

La inexplicable muerte de dos ancianos en su hogar traerá de cabeza a los policías de Boston.

Mientras tanto, Myrkur, Patrick y Aron continuarán investigando las extrañas muertes de quince años atrás.

El devorador de corazones tendrá un papel relevante en esta historia.

Prólogo

“NO PASA NADA A MENOS QUE PRIMERO SOÑEMOS”
CARL SANDBURG

«Los sueños son una experiencia humana universal que puede describirse como un estado de conciencia caracterizado por acontecimientos sensoriales, cognitivos y emocionales durante el sueño[1]».

Seguro que todas las personas que ahora estáis leyendo esto os habéis despertado alguna vez con una sensación extraña, derivada de los posos de un sueño que no recordáis.

Quién puede decir que nunca le ha ocurrido despertarse de repente en la cama con una sensación de peligro inminente y con destellos de lo que habéis soñado que aún os produce miedo e incluso terror.

Puede que hasta haya en vuestros recuerdos un día en el que al levantaros de la cama veáis algo en la habitación que no recordáis haber dejado allí.

Expertos como Sigmund Freud sostenían que los sueños existen para satisfacer los deseos que cada persona tiene, o que pueden ser también un reflejo fiel y simbólico que se adueña de la mente, de los deseos y anhelos del ser humano[2].

Pero, ¿qué pasa cuando no tienes recuerdos de lo que has soñado o por alguna causa, el despertar es doloroso e incomprensible? La realidad es que sabemos mucho sobre las fases del sueño, pero sigue siendo una incógnita lo que ocurre para que alguien recuerde o no sus sueños o sus pesadillas.

En esta nueva historia de Myrkur, los sueños forman parte de una trama que quedará resuelta y que nos hará preguntarnos hasta qué punto estamos a salvo mientras dormimos.

Independientemente de esa parte de la historia dedicada al mundo onírico, *Sueños* avanza en la trama de la serie, y además nos complica con otras secundarias menores. Es el momento de tomar decisiones y considerar en quién confiar y en quién no. Porque ya decía Calderón de la Barca... "*Y los sueños, sueños son*". Pero quizás en parte se equivoca y los sueños son más que eso.

Los sueños no tienen restricciones y la lógica no existe en ese momento. Quizás cuando el sueño produce malestar pensemos que no dormir será la solución, pero recordad que la lógica es inexistente y, al final, el sueño termina por controlar la situación.

Adelante e inicia la lectura, quizás cuando termines, no quieras volver a dormir.

Por Margarita González Benavides
Lectora cero

Capítulo 1
Despierta

El timbre agudo y estridente del despertador rompe su ciclo de descanso en plena fase REM. Mal momento para hacerlo, puesto que su cuerpo cae de forma irremediable en una parálisis del sueño que, no por ser recurrente, deja de ponerle nervioso. Es algo a lo que nunca podrá acostumbrarse.

Le cuesta unos minutos salir de ese estado de inmovilidad tan claustrofóbico, tan agobiante. Son instantes en los que el cuerpo se siente como una prisión, un alma encerrada dentro de la piel, una mente que no puede volar hasta que su envoltorio le devuelva el control y la libertad.

Cuando por fin lo logra, se incorpora en la cama. Lo hace de forma rápida, casi brusca. Siente que así huye de esa agonía efímera pero real. Se pasa las manos por la cara y se la masajea.

Se nota terriblemente cansado.

Extenuado.

Cualquiera diría que no ha dormido nada en toda la noche. En la cabeza la sensación es como de plastilina, una mente entumecida, un cerebro a medio gas. Se permite todavía unos segundos antes de abandonar las sábanas. Como si el mero hecho de levantarse de la cama fuera una tarea que requiriese de un enorme gasto de energía.

Se dirige al lavabo. Es su ritual de la mañana. Su rutina, repetida día tras día. Va a abrir el grifo del agua fría para despejarse, pero algo le paraliza.

Sus manos.

Las mira como si no le pertenecieran, como si no fueran suyas. No puede creer lo que ve. No tiene sentido. Les da la vuelta una y otra vez, como si así pudiera salir del error y desapareciese aquella incongruencia que sus ojos perciben.

Sus manos están cubiertas de algo que parece sangre.

Se las acerca a la nariz y el inconfundible olor a hierro certifica lo que no quería imaginar, aquello que no podía permitirse creer.

No puede ser real.

¿De dónde ha salido? Se toca el cuerpo buscando alguna herida, se

palpa con nerviosismo, pero no parece que tenga nada. No siente ningún dolor que le transmita que tiene algún tipo de laceración.

Entonces, levanta la mirada y se ve frente al espejo.

Tiene sangre también en la cara.

En el pelo.

En la ropa.

En todas partes.

La confusión es como el vaho en el espejo, pues lo empaña todo. Intenta transitar a través de la bruma que hay en su cabeza, cazar algo que tenga sentido en su memoria, pero no logra atrapar ningún recuerdo que explique cómo ha llegado esa sangre hasta allí. Ni siquiera es capaz de retroceder al momento en el que se metió en la cama. Es como si las últimas horas antes de despertarse hubieran sido borradas para siempre.

Tal vez siga dentro del sueño. Eso es. No se ha despertado. Está en una especie de sueño lúcido. Sería lo único que podría tener un mínimo sentido. Últimamente, no descansa bien y tiene pesadillas frecuentes y muy duras. Con frecuencia, amanece empapado en sudor, agitado y nervioso. Puede que sea eso lo que le impide descansar con normalidad, aunque no entiende a qué se deben. Hacía muchos años que no le pasaba algo así, desde que era un crío. Está atravesando una etapa de mucho estrés, aunque tampoco le parece que eso lo justifique.

«Es hora de despertar».

«Vamos».

«Basta ya de esta mierda».

Pero no surte efecto.

Sus palabras, pronunciadas en voz alta, no sirven de nada, salvo para certificar que no resuelven lo que le pasa.

Porque no es un sueño.

Es la cruda realidad.

Capítulo 2

PATRICK

Ha sido una experiencia desconcertante. Por un lado, cuando he tenido frente a frente a Frederick Cranston me ha impactado el asombroso parecido que guarda con su hija. Sus mismos ojos, el pelo rubio tan claro, la nariz, la forma de los labios, hasta la misma expresión. Dos gotas de agua no se parecen tanto.

Por otro lado, me ha dejado sin palabras la capacidad para mudar el rostro que tiene ese hombre. Cuando ha visto a su hija, parecía un padre cualquiera, con una mirada tierna y plena de orgullo. Se notaba lo que significaba para él verla. Había auténtico amor.

AMOR.

Del real.

Del bueno.

Casi he creído que debía haber algún tipo de equivocación, porque un hombre con esa capacidad de amar no podía ser un asesino despiadado.

Pero cuando me ha mirado a mí…

Un escalofrío ha recorrido mi espalda. Me he sentido aliviado de que se encontrara entre rejas. No soy un hombre miedoso, pero creo que Cranston consigue un efecto en los demás que escapa a nuestro control. Sus ojos me decían que estaría dispuesto a matarme allí mismo, causándome todo el dolor y el sufrimiento que fuera capaz de infligirme. He visto con claridad que no dudaría en hacerlo si lo estimase necesario.

O si tuviera una mínima oportunidad.

He podido hacerme una idea muy clara del terror que debían experimentar sus víctimas antes de que las asesinara, aun cuando yo estaba seguro de que no podría hacerme daño allí.

A pesar de sentirme a salvo.

En realidad, ¿no podría?

¿No encontraría la forma de lograrlo si se lo propusiera?

Es un hombre demasiado inteligente.

Mejor no confiarse.

Si se hubiera lanzado a atacarme, no creo que los funcionarios que aguardaban tras la puerta hubieran sido capaces de liberarme. No. Lo

que me mantenía a salvo era que su hija estaba presente. No me haría daño estando ella allí. Tiene un vínculo muy especial con Myrkur, eso se nota. No se perdonaría a sí mismo el cometer alguna atrocidad delante de su pequeña.

Por lo demás, su cooperación ha resultado un tanto escasa y, como consecuencia, no he sacado demasiado en claro, salvo la tácita amenaza que me ha sido nítida.

Si le hago daño a Myrkur, acabará conmigo.

—Señor Cranston —he iniciado la conversación cuando nos hemos sentado. Debo haberle parecido osado. Él, sin mirarme todavía en ese instante, me ha acallado con un simple gesto de su mano, levantándola hacia mí e indicándome que dejase hablar a los mayores.

—Myrkur, te has convertido en una mujer preciosa —ha comenzado a decir, como si en la habitación no hubiera nadie más que ellos dos. He sentido que desaparecía, que los límites que marcaba mi piel se difuminaban hasta convertirme en nada.

Su hija ni siquiera ha contestado. Estaba casi tan paralizada como yo. Me gustaría que en algún momento me contara lo que ha sentido. ¿Qué ha pasado por su mente? Sus ojos estaban clavados en los de su padre. Permanecía inmóvil, como una estatua de sal.

—Estoy muy orgulloso de ti, quiero que lo sepas. Siempre fuiste una niña deslumbrante, mucho más inteligente que la mayoría. Y veo en el brillo de tu mirada que eso no ha cambiado.

Más silencio.

—Te he echado de menos, hija.

Y ahí he percibido que a Myrkur le temblaba ligeramente el mentón. Creo que le ha faltado poco para llorar. Creo que le hubiera gustado lanzarse a sus brazos.

—Señor Cranston, soy… —he intentado nuevamente hablar.

—Sé quién eres. Lo sé todo de ti, detective Patrick Baker. No necesitas presentarte y, por supuesto, no intentes engañarme —ha dicho en un tono gélido, sin apenas mirarme.

Me he sentido como un crío en su presencia, a pesar de que no es mucho mayor que yo, poco más de diez años. Entonces he seguido hablando, tratando de que no me temblara la voz, intentando demostrar en vano que no le tenía miedo y que era yo quien controlaba la situación.

—Hemos venido a hablar sobre unos crímenes sucedidos hace quince años.

En ese preciso momento, ha reproducido un sonido repetido, un chasquear de la lengua, que indicaba su desdén y lo poco que me respetaba. Sabía de antemano para qué íbamos allí. Estaba avisado y había unas condiciones. Aun así, ha querido demostrar que él era el único que marcaba el ritmo de la conversación.

—No, detective. Habéis venido porque yo quería ver a mi hija. Haría lo que fuera por ella. Y gracias a eso, vas a tener la oportunidad de que hablemos de esos crímenes. Pero soy yo quien establece los tiempos. Cuando quiera, esta entrevista habrá terminado.

Y exactamente así ha sido.

Capítulo 3
Myrkur

Han pasado demasiadas cosas en poco tiempo. En primer lugar, la llegada de Patrick a Salem lo cambió todo para mí. Pasé de ser la apestada con la que nadie quería patrullar y que podía ser tratada con desprecio por los capullos de la comisaría, a tener un compañero con quien trabajar a gusto y aprender el oficio.

Después llegó la constatación del engaño, el dolor de la decepción, la hiriente quemadura de la traición cuando descubrí que Patrick había ido a Salem para acercarse a mí y encontrar una forma de establecer comunicación con mi padre.

El objetivo que perseguía era investigar su posible implicación en unos crímenes que, según habían descubierto recientemente, se cometieron quince años atrás. Fruto de la casualidad, terminaron hallando ocho víctimas enterradas en el suelo y las paredes de una urbanización que quedó a medio construir.

Como modo de restañar mis heridas, Patrick me ofreció colaborar en la investigación. Sabía lo que eso podía significar para mí, tanto a nivel personal como profesional. Acepté, después de jurarme a mí misma que no volvería a confiar en él. No obstante, se cruzaron una serie de crímenes espeluznantes en los que el asesino les robaba el cerebro a sus víctimas.

Después de todo ese vaivén de circunstancias y hechos, mi compañero me sugirió trasladarme a Boston y él mismo se encargó de hacer las gestiones para que me concedieran ese nuevo destino. Y aquí me encuentro, haciendo memoria de los vericuetos que me han conducido a ver otra vez a mi padre después de once años.

Ha habido curvas.

Muchas y muy cerradas.

Curvas de las que marean, incluso a los más experimentados.

Creo que todavía no he sido capaz de reponerme de las emociones que he sentido al verle. El huracán de sensaciones, los sentimientos a flor de piel, la frustración acumulada durante más de una década, la decepción, la rabia, el enfado derivado del abandono y, a la vez, la ilusión por el reencuentro.

Soy adulta. Se supone que debería saber gestionar estas situaciones.

Pero, la realidad, es que he tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para reprimir las lágrimas. Sentía que mi cuerpo me pedía lanzarme a sus brazos, acomodarme en su pecho y llorar por los años de ausencia, notar sus manos acariciando mi pelo, igual que cuando era una niña y su abrazo era el mayor consuelo en las ocasiones en las que las cosas no me salían como yo quería.

En lugar de eso, me he quedado clavada en mi silla.

Está más mayor. Bueno, es obvio. Tiene once años más que la última vez que le vi. Tampoco los ojos que le miraban en esa época esta vez eran los mismos. Han pasado gran cantidad de cosas entre medias para que lo fueran. Han visto demasiado. Han mirado al abismo que encierran algunos seres humanos en su interior. Aun así, se conserva bien. Sigue siendo un hombre atractivo.

Me he fijado en la forma en la que miraba a Patrick. Ha sido… Bueno, no sabría bien cómo definirlo. No creo que haya resultado agradable para mi compañero. Mi padre es un hombre con una increíble capacidad de hacerte sentir lo que él quiere que sientas. Fagocita tus emociones y las usa en su favor. Juraría que, aunque sea por un momento, Patrick ha experimentado miedo. Y me temo que eso es justo lo que él buscaba.

Ahora que pienso en retrospectiva, creo que las cosas no fueron demasiado bien para ninguno, salvo para él. Ha conseguido que nos viéramos, le he visitado por primera vez en muchos años, pero no se ha mostrado demasiado inclinado a colaborar. Nos ha manejado como si fuéramos marionetas. Cualquiera diría que era él quien estaba fuera y nosotros encerrados, sometidos a su merced.

Creo que sabe más de los crímenes de lo que nos ha dado a entender. De hecho, creo que sabe mucho. Ha pasado de soslayo sobre el tema, intentando desviar la atención una vez tras otra. Y ahora, a pesar de lo que estaba inclinada a pensar por diferentes motivos, empiezo a temer que él sea el responsable de aquellas muertes.

No sé si podré soportarlo.

Cuando me invitó Patrick a participar en esta investigación, pensé que tendría la oportunidad de demostrar y, sobre todo, de demostrarme a mí misma, que él estaba fuera de toda sospecha. Lo que fuimos averiguando en las últimas semanas, me hacía cada vez dudar más de su implicación.

Después, Aron ha sido el que se ha volcado en esa investigación y ya no comparte demasiada información con nosotros. Está intentando dejarnos al margen porque no se fía de mí. Por otro lado, las cosas entre él y Patrick están frías. A mí no me traga, no hace falta decirlo, pero creo que mi llegada solo ha empeorado la relación entre ellos, por mucho que Patrick me confesara que ya hacía tiempo que no estaba bien. No es lo que me pareció la primera vez que se vieron

cuando regresamos a Boston. Sin embargo, con el paso de los días, las fricciones entre ellos cada vez iban a más.

Ahora contamos con una baza que al detective Rubicon le interesa. No podrá dejarnos al margen. Tendremos que compartir información de forma bidireccional. Nosotros le daremos lo poco que nos ha ofrecido mi padre en limosna y él tendrá que comunicarnos las novedades, si quiere que saquemos algo más de mi progenitor.

Es tiempo de negociar.

Resulta todo tan complejo…

La vida es una escuela en la que cada día te encuentras un desafío más difícil que el anterior.

Capítulo 4
Rutina

Después del *shock* inicial, comienza su rutina. Eso es lo único que necesita. Que su vida transite por los márgenes establecidos del día a día, por esos maravillosos raíles en los que los hábitos se llevan a cabo sin pensar. Eso es precisamente lo que no quiere hacer hoy. Pensar. Darle vueltas a lo que ha visto al despertar. No hay explicación posible. Lo ha intentado.

Sin éxito.

Su cabeza se niega a hacerle caso. Se sumerge en ideas en bucle, pensamientos rumiantes y sensaciones adversas y desagradables. No recuerda absolutamente nada de la noche anterior. No quiere intentar rememorar más, pero no puede evitar hacerlo. Estaba seguro de haberse ido a dormir, aunque parece que se equivoca. Tuvo que hacer algo antes o entre medias o después. Pero, ¿qué? ¿Y cuándo? ¿Cómo es posible que no recuerde absolutamente nada?

Es absurdo.

Un sinsentido.

Ya no sabe ni qué creer.

Sale de la ducha. El pelo le chorrea. Se lo frota con una toalla, con firmes pasadas. Después el cuerpo. Finalmente, se envuelve la cadera con la prenda con la que acaba de secar su piel y se dirige al espejo para peinarse. Con la mano izquierda limpia el vaho que se ha formado en el cristal. Se mira. No tiene buen aspecto. Las pesadas ojeras revelan la insoportable carga de una noche de sueños agitados.

—Todo está bien. No le des más vueltas —dice en voz alta, como un mantra.

Pero nada está bien en realidad.

Cuando va a coger el peine, ve que bajo las uñas sigue teniendo sangre. Se queda paralizado por un instante, mirando aquello que no debería estar ahí, porque insinúa que se ha peleado con alguien. ¿Cómo puede haber escapado algo así de su memoria?

Su pulso se acelera otra vez. Coge el jabón y se frota con insistencia hasta que parece que ya no queda ni rastro. Lo hace con tanta fuerza que, al final, hasta experimenta cierto escozor.

Es todo demasiado extraño.

Cuando ya le parece que no quedan rastros, continúa con su rutina. Intenta convertir sus hábitos en los mejores cómplices de la negación de una realidad que considera imposible.

Se dirige al dormitorio. Abre el armario y toma uno de sus trajes de Armani. Hoy tiene una cita con unos inversores. Es importante dar buena imagen. Debe controlar su estado de ánimo como sea.

Se viste. Primero el pantalón. Luego se abrocha los botones de la camisa. Deja el último al aire. Necesita poder respirar hondo cuando lo precise. No podría soportar sentir su cuello aprisionado. Se calza los zapatos. Por último, coge la americana de encima de la cama, mete los brazos y se la ajusta para que quede bien colocada sobre los hombros.

Después se dirige una vez más al baño. Abre el armario que hay junto al lavabo. En él hay un pequeño cajón en el que guarda sus medicinas. Ve que todavía quedan algunas cosas de su ex. En otro momento las tirará, pero no ahora que ya no le sobra el tiempo.

Se mete una pastilla en la boca.

Pone el vaso bajo el grifo.

Bebe el agua y tira la cabeza hacia atrás, intentado tragar de una vez la píldora que le devolverá la cordura.

Eso le ayudará a estar tranquilo.

Es mucho lo que está en juego.

—Puedes hacerlo —se dice, nuevamente, en voz alta.

Coge su maletín y sale.

Dentro solo habita el silencio.

Capítulo 5
Myrkur

Cuando salimos de la prisión, las cosas estaban un poco raras entre Patrick y yo. Parecía que la distancia entre nosotros se había agigantado. Habían resultado ser unos minutos con la capacidad de transformar muchas cosas.

Nuestra relación.

Su forma de hablarme.

El modo en que me mira.

En sus ojos ha asomado el rechazo. Quizá solo sea el efecto del impacto emocional que ha provocado en mí el reencuentro con ese fantasma del pasado que me abandonó a la tierna edad de doce años. El caso es que han vuelto mis inseguridades y he pensado en cerrarme otra vez como una ostra. Ser un caracol con la casa a cuestas para poderme esconder dentro cuando sea necesario.

Sentir duele demasiado.

Sentir está sobrevalorado.

Sentir es una mierda.

Ojalá mi corazón estuviera realmente vacío.

Hubo un momento, hace no tanto, que pensé que este era el tipo de compañero que me convenía, pero creo que estaba equivocada. Es justo al contrario, porque cuanto más tiempo paso con él, más vulnerabilidad presento debido a mis sentimientos por Patrick.

Soy como un péndulo que no para de oscilar de una idea a la otra. Parezco incapaz de pararme en el centro, en ese magnífico lugar en el que se encuentra el terreno intermedio, en la cordura, en la estabilidad, en un equilibrio, aunque sea precario.

Necesito conquistar la nada.

Necesito habitar en ella para dejar de experimentar dolor.

Reconquistar la alexitimia perdida que me caracterizaba, eso es lo que quiero, a pesar de que sé que, en verdad, nunca fue real. Era un disfraz, como una máscara de carnaval veneciano que esconde rostros y oculta emociones. Solo llegué a creerme capaz de dejar de sentir para protegerme del resto.

Una quimera.

Apenas hemos cruzado un par de palabras antes de regresar a

comisaría. Todavía estoy adaptándome a mi nuevo lugar de trabajo aquí en Boston, así que no ha sido grato volver con esas caras largas. Sospecho que la mayoría sabían dónde habíamos ido. Y otra vez me convierto en el centro de atención sin quererlo.

Por si el batiburrillo en el que se ha convertido mi mente no fuera suficiente, ahí estaba Aron Rubicon esperando a que llegáramos, posiblemente para echarnos algo en cara. Su expresión de desagrado es lo que menos me apetece ver en este momento.

—¿Y bien? —ha preguntado a Patrick sin intermediar ni siquiera un saludo y, por supuesto, sin dirigirse a mí.

—Ahora no quiero hablar, Aron —ha respondido Patrick escueto. Está más afectado de lo que yo creía. En sus ojos se leía la urgencia de alejarse, la perentoria necesidad de escapar hasta de sí mismo.

—No me jodas, Patrick. Me habéis dejado en tierra. Al menos merezco que me digáis qué cojones os ha contado el puto psicópata.

Patrick le ha mirado destilando odio.

He comprendido su reacción.

Estaba hablando de mi padre.

No necesitaba utilizar esos términos.

Ha sido totalmente gratuito.

Nadie se hace una idea de lo difícil que es para mí.

Simplemente no pueden.

—Déjalo, Aron —le ha cortado, sin más.

Acto seguido, Patrick ha sacado su reglamentaria de la cartuchera y la ha guardado en el cajón de su escritorio. Después, se ha dirigido a los baños. He mirado su espalda, preguntándome qué es lo que estaría pensando en ese preciso instante.

Pero ahí no había respuestas.

Aron me ha observado con cinismo. Su boca se ha torcido en una mueca imposible. Era evidente que estaba deseando soltarme su mierda. Disfruta haciéndolo. Tal vez le haga sentirse superior. En alguna ocasión, incluso he llegado a pensar que es su forma de vengarse de mi padre, proyectando su ira sobre mí.

No tiene sentido, lo sé.

—¿Te ha gustado ver a tu papaíto, Myrkur?

Tal vez sí lo tenga, al fin y al cabo.

Su tono de voz destila auténtica rabia.

Y odio.

No me he arredrado. Le he mirado a los ojos sin mostrar ni la más mínima emoción. Eso se me da bien. Este tío me saca de mis casillas, pero no le voy a dar el gusto de que lo sepa. Lo utilizaría contra mí siempre que pudiera. Al enemigo no se le pueden conceder ese tipo de ventajas. Ni siquiera una migaja.

—¡Qué te jodan, Myrkur! No me hace falta. Estoy cada vez más

cerca de colgarle los muertos a tu papi. Eso es lo único que importa.

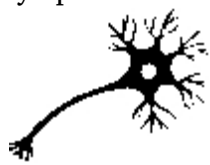
Colgarle.

Eso ha dicho.

No quiere llegar al final del asunto.

Solo quiere un culpable.

Y ya le ha puesto nombre y apellido.



Capítulo 6
FREDERICK

Es un tipo listo. Al menos, esa es la impresión que me dio. Entendió mi mensaje. No hizo falta decirlo con palabras. Sus ojos revelaban su miedo de forma nítida. Se ha dado cuenta de que si le hace algo a mi hija, lo pagará con su vida. Puede que esté encerrado, pero no significa que no tenga mis medios. Puedo ser muy creativo cuando me lo propongo.

Ver a Myrkur fue emocionante. Mi pequeña, tan diferente y, al mismo tiempo, tan semejante a como la recordaba. Lo que me inspira es difícil de describir. Si de algo me arrepiento es de haberla dejado a su suerte. Nunca debí permitir que me pillaran. La privé de tener a su padre junto a ella. Tenía que haberme llevado a mi mujer y mi hija lejos y empezar una nueva vida, con una nueva identidad.

Los subestimé.

Y me creí a salvo.

Metí la pata al hacerlo.

En cuanto a lo de los crímenes de los que ha hablado el detective, debo jugar bien mis bazas. Tengo algo con lo que negociar. Necesitaba conocer cuánto saben. Y hasta dónde. Por primera vez en muchos años, estoy en una posición privilegiada que no debo desaprovechar. Puedo hacer que bailen al son que yo marque.

Soy el metrónomo del mal.

Es ruin que utilicen a mi hija para esto. Desde luego, no es algo que vaya a pasar por alto. Sé que a Myrkur esto no le hace bien. Es cierto que ella eligió ser policía, pero estoy seguro de que fue tan solo un modo de rebelarse por lo que ha supuesto en su vida que yo esté encerrado. No creo ni siquiera que conozca sus verdaderos motivos. Tal vez, si esto sirve para retomar nuestra relación, algún día pueda preguntarle.

Hay algo que no me gusta de su participación en una investigación de quince años atrás. Quizá descubra otras cosas de mí que desconoce. Bastante se ha deformado ya la imagen que guarda de su padre como para toparse con otros asuntos desagradables.

Fueron tiempos difíciles.

Un hombre, a veces, tiene que hacer cosas de las que no se enorgullece.

Aquel proyecto no salió como esperaba.

Creí que ganaríamos mucho dinero con aquello, pero todo se torció.

En realidad, soy consciente de que lo que me conviene es estar al tanto de la investigación. Hoy tenía que sentar las normas, dejar claro con quién estaba hablando ese madero. A partir de ahora, me mostraré mucho más colaborador.

Es lo que me conviene.

Es la forma de mantener a Myrkur cerca de mí.

Capítulo 7
Myrkur

No ha habido tiempo para mucho más. No voy a negar que ha sido un alivio. Aron es como un grano que sale en el lugar más inapropiado y te molesta cuando menos te lo esperas. Hemos tenido que acudir a un escenario. Ha entrado un aviso de un doble asesinato en un piso del centro. Se trata de un matrimonio de edad avanzada. Parece que los han matado mientras dormían. Eso es todo lo que sabemos por el momento.

Cuando ha regresado Patrick del baño, tenía el pelo húmedo. Casi parece que hubiera metido la cabeza bajo el grifo. Esto me desconcierta. Su forma de mirarme en ese momento también. Algo ha cambiado desde que hemos ido a la cárcel y me temo que no para bien.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —ha dicho. Acto seguido, ha cogido las llaves del coche—. ¿Nos vamos, Myrkur?

Aron ni siquiera ha mostrado intención de acompañarnos. Mucho mejor. No me apetece tener que aguantar sus puyas indiscriminadas. No me extraña que se haya divorciado tres veces. Es insufrible. Lo que realmente me sorprende es que se haya casado en tantas ocasiones. ¿Han necesitado convivir con él para darse cuenta de que es un tipo insoportable? No debían ser muy listas entonces, porque Aron es de los que se les ve a la legua.

Es evidente que tiene otros menesteres entre manos. Debe haber hablado con el jefe Norton para que le dé un permiso especial y poder seguir con lo de la urbanización, porque no ha hecho ni el amago de acudir al aviso que acaba de llegar. Parece que “NorNor” esta vez le ha dicho sí.

He seguido a Patrick hasta el coche. Nos hemos subido otra vez. Hacía poco que habíamos regresado, diría que apenas unos minutos, aunque la percepción del tiempo puede ser difusa en algunas ocasiones. Nos hemos puesto en marcha. Patrick ha activado la radio del coche para escuchar los avisos que fueran entrando. De fondo, ha puesto música también.

Está claro que intenta llenar los silencios.

—¿Todo bien? —me atrevo a preguntar. No es lo habitual en mí. Es

algo que me cuesta. Pero la curiosidad me está matando. He regresado con un hombre totalmente diferente al que salió de comisaría esta mañana conmigo. Y no acabo de entender el porqué, aunque me lo imagine.

—Todo bien —responde, repitiendo mi pregunta sin girarse hacia mí ni un mero segundo. Creo que no quiere que le mire a los ojos. Igual piensa que voy a leerle el pensamiento solo con eso.

Después, ha encendido las luces y la sirena. No tengo claro que sea necesario. Supongo que es otra invitación más a que permanezca callada. Capto el mensaje y me decido a abandonarme a un mutismo temporal y, por lo visto, necesario.

No sé cómo interpretar todo esto. Empiezo a dudar de si ha sido buena idea trasladarme a Boston. Salem no era lo mejor del mundo, pero ya conocía a los lugareños. A Ben y Michael los tenía controlados. Bueno, más o menos. Nos habíamos acostumbrado a coexistir como si viviéramos en realidades paralelas. Con eso para mí era suficiente.

La comisaría de Boston es como un portal a lo desconocido. Todavía no conozco bien a la gente. No sé cómo comportarme ni qué precauciones tomar. No sé si para alguien soy bienvenida. Debo aprender los engranajes que se mueven por debajo y que son los responsables de que las cosas funcionen de una manera determinada. Es decir, el currículo oculto, las dinámicas personales que hay que tener en cuenta, los intangibles, lo que nadie dice pero todos saben.

Pensaba que contaba con Patrick.

Ahora ya no estoy tan segura.

Vuelvo a estar sola.

Supongo que como siempre.

Capítulo 8
Patrick

Me siento incómodo y no sé cómo disimularlo. Y culpable. Eso también. No he previsto las consecuencias. Debí hacerlo. Ha sido una mala idea meter a Myrkur en todo esto. Mala no, pésima. Ella no tiene culpa de nada y, al final, está pagando por pecados que no son suyos.

No deberíamos haber ido a visitar a su padre, eso para empezar. Creo que, de algún modo, todo se ha jodido. Quizá solo sea la impresión del momento. No sé, igual necesito ver esto con perspectiva. Me parece, además, que estoy siendo demasiado melodramático.

La cuestión es que estoy deseando llegar al escenario del crimen para evitar las conversaciones incómodas e incluso mirarla. No entiendo bien lo que siento en este momento, pero no lo puedo controlar. ¿Es aversión? No, no puede serlo. Aprecio a Myrkur. Hace no tanto, cuando la besé en mi piso, estuve tentado de ir más allá. Por suerte, ahí sí predominó la cordura y me contuve. No me imagino lo que habría pasado hoy si su padre, de algún modo, hubiera sabido o intuido que me había acostado con ella. Menos mal que no he traspasado ese límite.

Creo que me estoy comportando como todos los capullos que le han hecho daño a lo largo de los años. Personifico en ella cosas que no están ahí, de las que no es responsable. Es su padre quien me genera repulsión. No debo cargarla con los crímenes de su progenitor. Eso ya se lo han hecho demasiadas veces. Y yo lo sé. Me lo ha contado. Soy consciente de todo el dolor que eso le ha causado desde que era una niña.

Por fin llegamos. En realidad, no hemos tardado casi nada. Han cortado toda la avenida. El caos que se va a producir en el centro de la ciudad va a ser considerable. Me hago una idea del mal humor que esto va a provocar en los bostonianos. Es comprensible, es una arteria principal, pero tenemos que hacer nuestro trabajo y eso es imposible con la calle llena de curiosos.

Al bajar del coche, una ráfaga de viento nos recibe. Es aire de los que anuncian tormenta. Miro hacia el cielo. Se está cubriendo de

nubes. La parte buena es que ayuda a que la temperatura sea agradable. Lo malo es que, si el tiempo empeora, puede que esté lloviendo varios días. El año pasado ya tuvieron que suspenderse los fuegos artificiales de la celebración del cuatro de julio. Hubo un temporal terrible, con inundaciones como no se recordaban en años en todo el estado de Vermont. Espero que este verano no se repitan.

El doble asesinato se ha cometido en la calle Tremont, enfrente del Boston Common, uno de los parques más emblemáticos de la ciudad. De hecho, la entrada del edificio queda justo a la altura de *The Embrace*[3], esa abstracción figurativa de bronce que representa un tributo al amor y la justicia. Desde luego, es toda una ironía, puesto que no hay acto más injusto y que menos represente el afecto que un cruel asesinato.

Vuelve a mi cabeza Frederick Cranston. Me doy cuenta de que se ha metido dentro de mí. Como un virus. Lo ha conquistado todo. Es evidente que tiene un don, porque incluso sin darme cuenta, sé que no he dejado de pensar en él desde que le he visto hace un rato. Hay algunas personas que tienen una personalidad arrolladora. Él es una de ellas, pero no aprovechó su don para hacer el bien precisamente.

Ahora tendré que intentar olvidarme de él.

Aunque sé que no voy a poder.

Myrkur me recuerda demasiado a su padre.

Entonces la miro. Clava sus ojos en los míos. Su expresión me hace sentir que soy un mierda. No aparto mi vista. Me asusto porque me doy cuenta de que siento algo por ella que no debería. Estoy hecho un mar de contradicciones. La odio y la deseo, todo al mismo tiempo. Debo estar volviéndome loco.

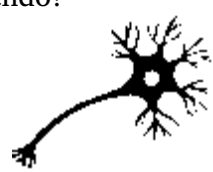
Necesito poner un poco de orden en mi cabeza.

Necesito vacaciones de mí mismo.

—Será mejor que subamos —es todo lo que me atrevo a decir.

Ella asiente y se limita a seguirme.

¿Qué diablos estoy haciendo?



Capítulo 9

Myrkur

Hemos dejado el coche junto a la acera que hay en el lado del parque. Recuerdo que estuve aquí una vez de niña, hace ya un siglo. Cuando aún seguíamos siendo una familia. Cuando todo parecía tan sencillo. Cuando el día a día transcurría entre márgenes simples y previsibles.

Pasamos una jornada muy agradable. Yo era todavía bastante pequeña. Recuerdo que era un día de verano, tal como hoy, solo que hacía más calor y brillaba el sol. No había amenaza de tormenta ni oscuros nubarrones. Hoy el cielo está lleno de ellos. Parece una metáfora de lo que es mi vida en este instante.

Creo que estoy más sensible de lo normal.

En unas pocas zancadas alcanzamos la entrada del edificio. Patrick se mueve deprisa, como si llegáramos tarde a algún sitio.

Como si huyera de mí.

Casi me cuesta seguirle el paso. Es lógico, él es alto y de piernas largas, mientras yo tengo que dar varias zancadas por cada una de las suyas. Cualquiera diría que a quienes venimos a ver no están muertos. No creo que les importe esperarnos, la verdad.

Tienen por delante toda la eternidad.

No es una falta de respeto, es solo que necesito tirar de mi humor negro para sentir que vuelvo a mi ser. En cualquier caso, nadie me ha oído. Nadie puede ofenderse con ello. Mejor me guardo esta broma sin gracia para mis adentros.

Mostramos nuestra identificación al policía que está en el portal. No me suena de verle en comisaría. Puede que pertenezca a otra delegación. Quizá simplemente es que todavía no hemos coincidido. Llevo muy pocos días como agente en Boston y cabe la posibilidad de que no conozca a todo el mundo todavía.

Subimos por las escaleras. No entiendo por qué no cogemos el ascensor, teniendo en cuenta que vivían en el ático. Me da la sensación de que Patrick no quiere compartir un espacio tan pequeño conmigo en este momento. Igual se piensa que voy a devorarle el corazón.

Otra vez mi humor macabro.

Deben ser los nervios.

Llegamos al descansillo y me falta el resuello. Yo pensaba que estaba en un estado de forma decente. Se ve que he sobreestimado mi condición física. Voy a tener que entrenar más.

Al acceder al interior de la vivienda, nos asalta el hedor metálico de la sangre. Es nauseabundo. Eso ya es un aviso de que estamos a punto de presenciar una auténtica carnicería.

Me quedo corta.

Esto es mucho peor.

No se me ocurre qué demonios habrá pasado aquí, pero cuesta creer que pueda ser obra de un ser humano.

Habló la hija del monstruo.

«¡Para!», me ordeno. Si estuviera sola, lo habría dicho en voz alta, pero solo me puedo permitir el lujo de pensar en este momento. No me ayudaría en absoluto que me vieran hablándole a la nada.

Noto que algo escuece más de lo habitual, que el dolor se ha agravado y se ha hecho más profundo. Después de verle hoy, no me gusta llamarle así. Monstruo. Al fin y al cabo, continúa siendo mi padre y, aunque odie reconocerlo, le sigo queriendo.

—Buenos días, Patrick —le dice un hombre de unos treinta años que parece demasiado joven para ser el forense. Agradezco que su voz me haya sacado de ese momento de introspección tan poco edificante—. Supongo que has venido acompañado de la nueva —le ha dicho, refiriéndose a mí—. No recuerdo tu nombre, lo siento —me ha preguntado indirectamente.

—Myrkur —he contestado, obviando mi apellido. No es un buen día hoy para presumir de padre precisamente.

Otra vez me reprendo.

—Hola yo soy Leonard Stample —responde extendiendo su mano para que se la estreche. Lo hago. Es una sensación extraña, ya que ambos llevamos los guantes de látex puestos.

En el anterior caso de asesinato en el que colaboré, cuando todavía pertenecía a la policía de Salem, el forense era otro. Anthony Lewis, si no recuerdo mal. Me cayó bien. Era un hombre sensato y del que se podía aprender mucho escuchándole.

Este forense también lo parece. Sensato, digo. Igual es pronto para juzgar nada más. Sea como sea, su tono es amable. Me mira directamente a los ojos y se adivina en ellos una sonrisa sincera. Eso me agrada. Tiene unos bonitos iris grises. Es atractivo. Salta a la vista incluso con el atuendo que lleva, el cual es de todo menos favorecedor.

—Si me dais unos minutos, os cuento mi hipótesis inicial, aunque es bastante obvia —declara, señalando la cantidad de sangre que nos rodea.

—No hay problema. Podemos empezar analizando el piso —determina Patrick.

Capítulo 10
ausencia

No es consciente de lo que sucede a su alrededor. Es como si estuviera atrapado dentro de su mente y no hubiera nada más fuera de ella. De hecho, se da cuenta de su ausencia cuando llaman su atención repitiendo su nombre varias veces consecutivas. Es como si acabara de despertar justo ahora.

—¡Vincent, Vincent! ¿Me oyes?

Es Lindsay, su socia, la que está tratando de traerle de vuelta al mundo de los vivos. La conoce bien y por eso sabe que está haciendo todo lo posible por controlar su enfado. En su expresión se lee con total claridad que, si pudiera, ahora mismo le estrangularía.

Metafóricamente hablando, por descontado.

Cuando acabe la reunión no se va a mostrar tan comedida. Se va a encargar de dejarle bien claro lo que piensa. Con un poco de suerte, igual las cosas van bien con los inversores finalmente y se olvida de esto.

Hoy no está centrado, eso es evidente.

—Disculpa, Lindsay. Estaba pensando en otra cosa.

Su cara está a punto de cambiar al rojo fuego. Su expresión sarcástica dice algo así como «¿En serio? No me había dado cuenta. Menos mal que me lo has aclarado».

—Espero que guarde relación con el proyecto —bromea, mientras mira a los presentes con una sonrisa seductora de esas que le salen tan bien—. Verán, mi socio es todo un genio y, por lo que dicen, esto es algo que le suele suceder a la gente tan creativa. Tienen lo que podríamos llamar “crisis de ausencia” —concluye, entrecomillando con sus largos dedos.

Le resulta curioso que justo diga eso, que utilice esa expresión en concreto. Crisis de ausencia. No es algo baladí y tampoco le falta razón. De hecho, parece una frase certera en su caso, porque cuando era niño las sufría. Es un tipo de epilepsia. Se le había olvidado por completo, puesto que le sucedieron cuando era muy pequeño. En principio, se suponía que las tenía controladas. Le dieron de alta y, desde entonces, nunca jamás ha tenido que tomar medicación para

controlarlas.

¿Y si fue eso lo que le pasó anoche? ¿Y si ha vuelto a sufrir algún tipo de crisis de ausencia? Debería ir al médico y contarle lo sucedido. Decide que es lo que hará en cuanto acabe la reunión. Conoce un neurólogo que dicen que es muy bueno en su campo.

Entonces se lo piensa mejor.

¿Qué va a contarle?

¿Va a decirle que se ha levantado cubierto de sangre?

Sangre que, a todas luces, no era suya, puesto que no tiene ni la menor herida, ni siquiera un rasguño. Seguro que, en cuanto abandone la consulta, el médico alarmado llamará a la policía, ya que, como mínimo, le resultará sospechoso. Primero debe intentar averiguar por sí mismo qué sucedió.

—Como iba diciendo, creo que es mejor que les cuentes tú la idea del proyecto —continúa su exhortación Lindsay, que le echa un cable a ver si esta vez él lo recoge.

—Claro, claro —responde Vincent apresuradamente, mientras trata de poner en orden sus ideas. Es una tarea compleja justo en ese instante, puesto que su mente salta de un pensamiento a otro casi sin control.

Respira hondo.

Empieza a aclararse.

Se levanta y va hacia la pantalla para iniciar su presentación. Recapitula lo que quiere decir, lo que había preparado. Le vendrá bien para mantener su atención en otra cosa. Llevan mucho tiempo trabajando en esto. Si los inversores deciden apoyarlos, será una fase clave en la proyección de la empresa. Puede que hasta se atrevan a dar el paso de salir a bolsa.

Es su momento.

Llevan varios años de crecimiento exponencial.

Es hora de dejar a un lado las otras preocupaciones.

Capítulo 11
Myrkur

Es una auténtica salvajada. El dormitorio principal parece el escenario de una película gore. Desde luego, esto no es apto para estómagos sensibles. Supongo que ya no me afecta tanto como sería de esperar. Imagino que ya me he acostumbrado debido a algunos de los casos en los que he participado. A pesar de que llevo muy poco en la policía, ya he visto demasiado. Estoy segura de que muchos agentes no presencian en toda su carrera ni la mitad que yo en tan solo unos meses.

La sangre lo cubre todo. Las salpicaduras están por todas partes. Desde luego, entiendo lo que nos ha dicho el forense acerca de que la causa de la muerte era evidente, aunque se quería asegurar. Es el protocolo. En cualquier caso, la sentencia es irrebatible: exanguinación. Me extrañaría mucho que fuera otra cosa.

La violencia empleada en este escenario es demencial. Extrema. Gratuita. Alguien en sus cabales no puede llevar a cabo algo como esto. No hay ni el menor síntoma de remordimiento. Los cuerpos están tirados de cualquier manera, como si fueran meros deshechos, residuos que no importan a nadie.

Se ha solicitado la presencia de un analista de sangre para estudiar las salpicaduras. Es lógico. Puede proporcionarnos mucha información relevante. Para empezar, nos ayudará a establecer a quién asesinó primero, a pesar de que es fácil intuirlo. También será muy útil determinar la trayectoria de las manchas de sangre y conocer la posición de las víctimas y el asesino en el momento del homicidio. Me parece que tiene trabajo para rato. Da la impresión de que nada se ha librado de la lluvia sangrienta. Casi me recuerda a la escena de *Carrie*, la adaptación del libro de Stephen King, cuando a la chica le cae la sangre encima.

—¡Joder! ¿Qué animal es capaz de hacer algo así? —pregunta Patrick en voz alta. Acto seguido, me mira de una manera poco habitual. Da la impresión de que se arrepiente de lo que acaba de decir en mi presencia. Y esto es nuevo. Demuestra un retroceso importante en nuestra confianza. Si ahora tenemos que medir nuestras palabras, significa que volvemos a ser dos desconocidos.

Me hago la tonta, como si lo que ha preguntado no fuera conmigo. Creo que es lo mejor. Tal vez así, solo implique un reinicio de nuestra amistad y no un apagón en toda regla.

Pienso que en este instante es la estrategia óptima.

Mejor me centro en el escenario.

Da la impresión de que primero mató al marido. Quizá todavía se encontrase dormido cuando lo hizo. Si es así, tuvo suerte. Puede que apenas se diera cuenta de nada, aunque no tuviera la oportunidad de defenderse. Sin embargo, la mujer no ha disfrutado de la misma fortuna. A ella la ha arrastrado por el piso. La ha mutilado y presenta cortes en la mayor parte de su cuerpo. Hay saña. El esposo también los tiene, aunque me da la impresión de que son *post mortem*. Su abdomen está cubierto de puñaladas, pero no hay tanta sangre como cabría esperar si todavía hubiera estado vivo.

Patrick tiene razón en su apreciación.

Esto es obra de un animal.

Un monstruo.

—Deberíamos poder encontrar rastros. No parece que haya sido cuidadoso en ningún aspecto. Este escenario se asemeja a un campo de batalla —observa mi compañero. Yo asiento por toda respuesta.

Ojalá esté en lo cierto.

Encontrar evidencias físicas nos llevaría directamente al responsable. Por la poca experiencia que tengo, no suele ser así. El puzle normalmente tarda en resolverse y, lo peor de todo, es que, mientras lo hacemos, muere más gente. Sin embargo, puede que esta vez no sea de ese modo si hay una conexión personal entre las víctimas y su asesino.

Y Patrick tiene razón. No ha tenido ni el menor cuidado. Eso nos dice algo más. No es un homicidio premeditado. Es un crimen impulsivo que responde a las más bajas pasiones.

¿Por qué esta pareja de ancianos?

¿Qué tenía contra ellos?

Capítulo 12

Patrick

Creo que no voy a perder jamás la capacidad de asombrarme. Este tipo de violencia contra dos personas mayores me dice que el ser humano está muy jodido. Los ancianos y los niños son las personas más vulnerables de la sociedad. Deberían ser intocables. Pero claro, pedirle esto a alguien que carece de alma y corazón es absurdo.

—¡Joder! ¿Qué animal es capaz de hacer algo así? —pregunto de forma retórica en voz alta. Nada más hacerlo me arrepiento. Hay un tipo de animal que sería capaz de hacer esto y algo mucho peor: el padre de Myrkur.

La miro. He metido la pata. Ella hace como que no se ha enterado, pero sé que me ha oído. Supongo que disimula para restarle importancia. Tendré que ser más cuidadoso con mis palabras. No está entre mis planes hacerle daño. No se lo merece. Ahora que parece que vuelve a confiar en mí, no puedo cagarla.

Analizamos juntos el escenario. Es espeluznante. El hombre permanece tendido en la cama, con los ojos abiertos y la garganta rajada. El pijama está cubierto de su sangre. Según se aprecia, el corte se ha realizado de derecha a izquierda, lo que nos indica que nuestro sujeto es diestro. La herida del cuello parece dentada, por lo que posiblemente ha utilizado un cuchillo de sierra. Posiblemente es la lesión que le mató, a pesar de que no es la única. El abdomen está repleto de puñaladas.

La mujer corrió peor fortuna. Mientras que da la impresión de que el marido ha fallecido rápido, parece que ella no tuvo tanta suerte. Me acerco a su lado de la cama. La lámpara de la mesilla está volcada. Intuyo que se despertó cuando el asesino le rajó el cuello a su esposo. Creo que ella se levantó e intentó huir lo más rápido posible. La dominaría el pánico pero, aun así, trató de salvarse. Es probable que la golpeara al levantarse y por eso se cayera. Viendo los rastros de sangre del suelo, puedo imaginarme que cuando ella ya había rebasado la cama, el asesino la agarró por un pie y esta cayó al suelo. Comenzó a apuñalarla por la espalda. Ella siguió arrastrándose. Él la cogió por los tobillos, pero se resistió. Hay marcas de sus uñas en la

madera del suelo. Le acuchilló los gemelos, imposibilitándola un poco más. Imagino el horror y se me revuelve el estómago al pensar lo indefensa que se tuvo que sentir.

No se conformó con apuñalarla por la espalda. Tiene cortes en la cara y parece que le clavó el cuchillo también en un ojo. Es nauseabundo. Además, las partes de la piel que quedan a la vista están llenas de heridas. Y golpes. Parece que la pegó con un objeto romo.

Se cebó con ella.

Sigo estudiando lo que veo. La habitación es un caos. Eso ya de por sí nos está hablando del homicida. No es alguien frío, sino todo lo contrario. Actuó guiado por sus impulsos. Es una violencia febril. No había planificado nada de esto.

—Deberíamos poder encontrar rastros —señalo en voz alta—. No parece que haya sido cuidadoso en ningún aspecto. Este escenario es un campo de batalla.

Myrkur asiente pero no dice nada. Entonces hace una pregunta que demuestra lo inteligente que es. Siempre va un paso más allá. Puede que incluso ya se haya formado una teoría. Me resulta increíble su capacidad para leer las escenas de los crímenes y anticipar a qué tipo de criminal nos enfrentamos. Tiene muy poca experiencia, pero la suple con su talento.

—¿Han dicho si han forzado la puerta?

Entiendo por qué lo pregunta. Si no lo ha hecho, posiblemente les conocía. Debía tener las llaves de la vivienda.

—No me lo han dicho. Si quieres puedo ir a comprobarlo —le respondo.

—No hace falta. Yo me acerco.

Me fijo en que, cuando se dirige hacia la entrada, mira a Leonard y este le sonríe.

Capítulo 13

Myrkur

Me confirman que, efectivamente, la puerta de entrada no ha sido forzada. Eso reduce de forma significativa el número de posibles responsables. Debe ser alguien de su entorno cercano, alguien conocido. Parece que este asesinato se puede resolver con cierta facilidad.

Salgo al descansillo. Es pronto para saber la hora de la muerte exacta hasta que no lo confirme el forense después de los análisis oportunos. En cualquier caso, el asesino tuvo que ser silencioso para no alertar a nadie. Entonces miro al otro lado. Hay tan solo otra puerta en esta planta. Es evidente que los del ático son pisos muy amplios.

—¿Habéis comprobado si hay alguien en la otra vivienda? —le pregunto al agente que está en la puerta. Si no lo han hecho, sería un buen momento de preguntar a los vecinos.

—Sí y el piso estaba vacío. En verano se van a los Hamptons, según hemos podido averiguar.

—De acuerdo, muchas gracias. Una cosa más —digo, antes de que se gire—. ¿Sabes si alguien ha hablado con los de abajo?

—Creo que el agente Martínez. Si me lo preguntas por si escucharon algún ruido, la respuesta es no. Estos pisos deben estar muy bien aislados, según parece —responde el agente, al cual no conozco.

Quién diría que un buen aislamiento puede ser una desventaja. En este caso en concreto, se convirtió en un aliado imprevisto del criminal. Es más que probable que nadie les oyera gritar.

Le doy las gracias nuevamente y vuelvo a lo mío.

Intento ponerme en el lugar del asesino.

Meterme en su cabeza.

Seguir sus pasos.

Ver lo mismo que él.

¿Subió andando o utilizó el ascensor? Cuando hemos llegado Patrick y yo unos minutos antes, no me he detenido a fijarme si había algún rastro. Bastante tenía con tratar de seguirle el ritmo. Tampoco recuerdo que nada me haya llamado la atención.

Bajo por las escaleras buscando algún rastro de sangre. Puede que

no adivine cómo ha subido, pero sí qué ha hecho al bajar. Las escaleras parecen la opción más silenciosa y rápida para la huida. No obstante, pudo descender hasta dos o tres pisos en el elevador y hacer el resto del tramo a pie. Pero me parece demasiada planificación pensando en alguien que ha sido tan impulsivo en todo lo demás. Tal vez no pensó en el ruido, sino en la opción más rápida para salir de aquí. No podía quedarse esperando en el rellano, al igual que tampoco lo haría al llegar, arriesgándose a que alguien le viera en el portal aguardando el ascensor.

Voy bajando con mucha atención. Con un poco de suerte, igual hay alguna mancha de sangre y alguna huella, tal vez en el pasamanos. Eso estaría bien. Podríamos tener una identificación tal vez hoy mismo. En la vivienda sí he visto gotas gravitacionales en el pasillo, cerca de la puerta de entrada. Supongo que debieron caerse del cuchillo cuando trataba de salir de allí, lo que nos indica que se lo ha llevado con él.

Lo que todavía está por ver es si lo trajo o lo cogió en la casa. Si es así, todo se vuelve un poco más extraño. Daría la sensación de que vino a altas horas de la noche a matarlos, según la hora aproximada de la muerte, pero no traía lo que necesitaba para hacerlo. No parece lo más inteligente, desde luego. Ya resulta incongruente, incluso, la hora a la que debió llegar. No tenemos confirmación del momento exacto del fallecimiento, pero sí sabemos que ocurrió de madrugada. ¿Quién hace una visita a esa hora? Nadie en su sano juicio.

Esto me intriga.

En ese caso, ¿por qué vino? ¿Qué pensó una vez aquí? ¿Cuáles eran sus motivos?

Si los conocía, tal y como nos hace sospechar el hecho de que la cerradura no esté forzada, no tiene sentido que venga a esas horas intempestivas. Lo único que conseguiría es ponerles en alerta. No obstante, parece claro que debía tener llave, puesto que no llegaron ni siquiera a levantarse de la cama. Otra opción es que ya estuviera en el piso con ellos desde antes y aprovechase la quietud de la noche para llevar a cabo su plan y quitarles la vida. En ese caso, ¿se había quedado a dormir? No lo creo. Habría indicios de que otra habitación estaba ocupada y no es a lo que apuntan las pruebas que hemos visto hasta ahora.

Sigo descendiendo despacio, prestando atención a todo lo que me rodea. Tres pisos más abajo lo veo. ¡Bingo! Un rastro de sangre en la barandilla. Por su ubicación, nos ha sido imposible verlo mientras subíamos. Tampoco lo íbamos buscando en ese momento. Quizá se tropezó y por eso tuvo que apoyarse, puesto que no hay más rastros hasta aquí. Llamo para que venga alguien de la científica a tomar la muestra como es debido. Enseguida se acerca una chica con el kit

apropiado.

Es posible que tengamos algo útil. Tal vez tenga razón Patrick y encontremos la suficiente cantidad de evidencias que nos lleven a un sospechoso.

Capítulo 14
Dormir

Es tarde. Ha sido un día agotador. Demasiada tensión acumulada. Debería acostarse ya. Pero no quiere hacerlo. Tiene miedo a lo que pueda pasar mientras duerme. Mejor dicho, tiene miedo a lo que se vaya a encontrar al levantarse. Unos días atrás, esta idea le parecería una locura, pero hoy le resulta algo de lo más razonable.

Se dice que no tiene por qué ser así. No le había pasado antes. Igual para todo ello hay una explicación sencilla y racional que justifique lo que ha sucedido. Solo ha de encontrar a alguien que sea capaz de dársela.

Duda si tomarse una pastilla antes de irse a descansar. Baraja la opción de ingerir una de melatonina, que suele sentarle bien, o directamente coger una de las benzodiacepinas que toma para los casos de emergencia en los que está varios días sin lograr dormir apenas un par de horas.

Ha sido una jornada larga y extenuante. No solo por el trabajo y el estrés que conllevaba la reunión de hoy, sino principalmente por su estado de ánimo y la sensación de falta de descanso, por esa impresión de que no podía pensar con claridad.

Y la preocupación.

El temor constante a lo que pudo suceder.

La incertidumbre.

El no saber qué hizo y dónde estuvo la noche anterior.

Siente que no es dueño de sí mismo, ni de su cuerpo ni de su mente, porque estos van por libre y, sin su permiso, aprovecharon su estado de inconsciencia para cometer sabe dios qué travesuras.

No ha podido estar centrado casi en ningún momento. En realidad, sigue sin tener el control. La imagen de la sangre en sus manos, en su ropa, ha vuelto a su cabeza de manera insistente. No ser capaz de encontrar una explicación para ello es algo angustioso. No recordar es como si te hubieran robado una parte de tu vida, como si hubieran sustraído un trozo de ti sin permiso.

Algo le ocurre a su cerebro.

No encuentra otra explicación.

Tal vez esté enfermo y estos sean los primeros síntomas.

Las palabras de Lindsay se lo han recordado. Las crisis de ausencia que tuvo de pequeño, esas convulsiones silenciosas que le dejaban fuera de juego durante unos instantes, segundos en los que su mente se iba a otra parte, igual que una isla desierta en medio del mar. Tuvo también episodios de sonambulismo. Pero estaba seguro de que todo aquello quedó atrás hacía ya mucho tiempo.

Le dieron el alta médica cuando seguía siendo un crío. ¿Acaso se equivocaron? ¿Y si está sucediéndole otra vez? ¿Cómo recordar si se ha levantado en sueños y ha salido de su piso? ¿Cómo recuperar una noche que no figura en el almacén de su memoria? Y todavía peor, ¿cómo lograr controlar lo que precisamente está fuera de su control?

Tiene que hacer algo.

Debe evitar que le suceda otra vez.

Se le ocurre que, quizá, puede ponerse trabas y trampas de camino a la entrada, así tropezaría con ellas y se despertaría si se levanta de la cama. También puede ser una buena idea esconder las llaves después de echar el cerrojo. O igual es absurdo. Al fin y al cabo, quizá su cerebro lo recuerde y lo resuelva de manera rápida, aunque él no esté realmente consciente.

Está exhausto.

No quiere pensar más en aquello.

Debería estar trabajando en el proyecto, darle los últimos retoques, en lugar de volver una y otra vez a esa misma mierda. Pero no puede. Y ahora siente que el sueño le vence, le derrota y le aniquila. Le arrastra a esa tierra ignota de la inconsciencia en la que deja de ser él mismo.

Va a tumbarse.

Intentará encontrar una solución.

Pero no le da tiempo.

Capítulo 15

Myrkur

Cuando he regresado a la vivienda, he vuelto a hablar con el forense. Estaba a punto de proceder al levantamiento de los cuerpos. Me ha confirmado que, salvo sorpresa una vez que haga la autopsia, la causa de la muerte es exanguinación. Lo que imaginaba. Resultaba bastante evidente, pero es lógico que haya que certificarlo atendiendo a los procedimientos habituales. Estima que debieron morir a eso de las cinco de la mañana aproximadamente, aunque lo corroborará cuando finalice la autopsia. No obstante, atendiendo a la temperatura del hígado y al *rigor mortis* es lo que estima. Considera que el margen de error en este caso puede ser mínimo.

Me habla de forma amable. Y me gusta el modo en el que me mira. Siento que no me juzga. Igual es porque no sabe quién soy. Eso sería un alivio por una vez. Ser simplemente yo, una joven de veintitrés años, una desconocida, sin un pasado, sin una sombra alargada que lo eclipsa todo.

No estoy acostumbrada a ese trato agradable. Tengo incluso la sensación de que le gusto en cierto sentido. Juraría que está coqueteando conmigo. Igual solo proyecto lo que siento yo. Me atrae, es un hecho innegable. Es guapo y parece encantador. Demasiado para lo que estoy acostumbrada.

Y me viene bien para distraerme y sacar a Patrick de mi cabeza.

—Pásate por la sala de autopsias y te explico con detalle lo que encuentre, Myrkur —me dice—. Si quieres te aviso cuando empecemos. Igual te resulta interesante. Se puede aprender mucho y tú pareces una chica inteligente. Además, no dudo de que puede ser muy útil para la investigación. Igual hay algún dato que te ofrezca una pista importante. Si me das tu teléfono, será más rápido localizarte.

¿Está ligando conmigo? Ahora sí que lo creo. No es solo coqueteo. Ni tampoco es cosa de mi imaginación. Esto es nuevo. Y me gusta. En mi lugar de trabajo suelen detestarme. Me complace que me vean por una vez como un ser humano más, sin sus sombras ni su oscuridad.

Resulta patético.

Lo sé.

Bueno, tendré que ser indulgente conmigo misma por una vez. Es lo

que tiene que el saldo de tus relaciones humanas esté en números rojos. Cualquier acercamiento por parte de otra persona te parece algo extraordinario.

Estoy a punto de contestar a la propuesta que me acaba de hacer Leonard, pero algo me lo impide.

—Estaría bien que nos dieras un toque, desde luego —señala Patrick, que se ha metido en la conversación sin pedir permiso. Se coloca junto a mí, muy cerca. Cualquiera diría que es mi guardián. Me desconcierta su actitud. Esto es nuevo.

—Lo haré, no lo dudéis. Ahora será mejor que nos vayamos —dice, dirigiéndose a sus ayudantes. Estos no tardan en hacerle caso y empiezan a recoger el instrumental que todavía no está guardado en los maletines.

Clava su mirada en mí justo antes de irse.

Me pierdo en ese gris hipnótico con motas doradas.

Me guiña un ojo.

Parece alguien muy seguro de sí mismo.

Algo revolotea dentro de mí. Me gusta esta sensación. Me proporciona la ilusión de que, tal vez, tengo la oportunidad de empezar una vida nueva, ahora sí, aquí en Boston.

Tal vez me estoy precipitando demasiado.

He pasado de pensar que no tenía absolutamente a nadie más en esta ciudad a creer que igual puedo llevar una vida como la del resto de la humanidad.

Ni una veleta gira tanto con el viento.

Cuando muevo la cabeza y miro hacia donde está mi compañero, veo en él una expresión poco habitual.

Hoy, sin duda, no parece el de siempre.

Capítulo 16

Patrick

Me he comportado como un estúpido. No quiero reconocerlo pero me temo que es lo que hay. He sentido celos. Es absurdo. No tiene ni pies ni cabeza, sobre todo porque después de lo de esta mañana en la prisión me ha quedado claro que acostarme con Myrkur sería el camino más directo para que me corten los huevos y después la cabeza.

Literalmente.

Además, es una cría. Debo tener eso en mente. No es que sea ningún remilgado, pero catorce años me parecen excesivos. Y a pesar de todo, es como si mi forma de actuar fuera en contra de la razón. Me he metido en medio de la conversación que estaba teniendo con Leonard porque me he dado cuenta claramente de que él flirteaba con ella. No tendría que importarme.

Y sin embargo…

—Deberíamos continuar trabajando. Todavía nos queda mucho por hacer —le he dicho para intentar retomar la normalidad y volver a un terreno neutral.

—Yo en ningún momento he dejado de hacerlo.

Vale, eso ha sido un zas en toda la boca.

Me lo merezco.

—He encontrado un rastro de sangre en el pasamanos, tres pisos más abajo. Nuestro asesino se fue por la escalera. Ahora ya está claro. Puede que, a pesar de lo desorganizado que parece, sí tuviera en cuenta que esa era una forma más silenciosa de huir. El ruido del ascensor a altas horas de la madrugada podría haber despertado a algún vecino. Pero también cabe la posibilidad de que simplemente considerara que era la vía más rápida para escabullirse.

—¿Has avisado a alguien de la científica para que tomen la muestra de la huella que habrá dejado?

—Por supuesto. Además he visto gotas de sangre gravitacionales aquí en el piso, concretamente en el pasillo, muy cerca de la puerta de entrada. El analista ya estaba estudiándolas. Supongo que cayeron del cuchillo cuando se iba.

—Se lo llevó con él, es lo que parece. Lo tomó de una tacoma que

hay en la cocina. Era de hoja dentada —completo la información que me ofrece.

—Eso hace que este crimen resulte un poco más extraño.

—¿A qué te refieres, Myrkur? —le pregunto sin comprender bien qué insinúa.

—Por un lado, se presenta a altas horas de la madrugada. Eso ya en sí es poco habitual, en especial si vienes de visita. Trae la llave, según hemos concluido, ya que no forzó la cerradura, así que está claro que llega con intención de entrar y, además, sin despertar a nadie. Si estaba decidido a matarlos, cabe suponer que sería más lógico que trajera su propia arma, que viniera preparado de antemano, pero la toma de la cocina, lo que parece algo improvisado.

—A lo mejor no esperaba que estuvieran en casa.

—Es una posibilidad. Aunque, ¿para qué venir a esas horas entonces? Podría haberse pasado a cualquier otra hora. Habría resultado menos sospechoso.

—No tengo ni la menor idea. No sé, a lo mejor no quería que nadie le viera llamando a la puerta o esperando en el descansillo.

—No sería necesario. Recuerda: tenía llave. Podía entrar cuando quisiera. Además, la otra vivienda que hay en esta planta estaba vacía. Podría haber venido en cualquier instante.

—Es curioso, desde luego.

—También he averiguado que en el piso de abajo no escucharon nada fuera de lo normal.

—Parece raro que no lo oyeran. Al menos, lo lógico resultaría que percibieran los gritos de la mujer o el golpe de su cuerpo al caer —insinúo. Este hecho no es la primera vez que me sorprende. Mientras está sucediendo algo terrible en una casa, nadie alrededor parece enterarse. ¿Cómo es posible? ¿No se produce ningún ruido que les resulte fuera de lugar? Además, a altas horas de la noche, los sonidos se amplifican. Es difícil no escucharlos.

—Depende. Puede que cayera sobre la alfombra que hay junto a la cama, lo que amortiguaría el golpe. Luego se arrastró por el suelo, tal vez porque le costaba levantarse y ponerse en pie debido a la caída. Se desplazó más allá de la cama, donde el asesino le dio caza y por eso hemos visto los arañazos en la madera y los cortes en los gemelos, con los que la inutilizaba y la impedía incluso ponerse en pie.

—Es posible.

Myrkur parece tener respuestas para todo. Da la impresión de que yo soy el novato, no ella. Tiene un desparpajo que no es habitual en la gente tan joven e inexperta. Es algo que me encanta de mi compañera. Su lucidez. Su mente sagaz y brillante.

Me doy cuenta de que me he quedado mirándola de forma intensa. Demasiadas cosas están pasando hoy dentro de mí. Giro levemente mi

cabeza para desengancharme de sus ojos. Miro en derredor y disimulo lo que bulle en mi interior.

—En resumen, tenemos mucha información, pero no toda coherente —continúa como si nada—. El que los mató debía ser alguien de su entorno, alguien al que conocieran y en quien confiaran tanto como para cederle las llaves de su casa. Ya ves, Patrick, no he perdido el tiempo —declara con doble intención.

Touché.

Supongo que ahora ya se habrá quedado a gusto.

—Desde luego que no. Lo siento si es lo que he dado a entender. Nunca dudaría de tu profesionalidad.

Capítulo 17

Myrkur

Llevamos tanto tiempo encerrados en este piso que tengo la impresión de que nunca vamos a salir de él. Me siento como una mosca dentro de una urna, con los límites bien definidos por el fino cristal. En realidad, debo reconocer que estoy exagerando. Desde que descubrió la asistenta lo que había sucedido, llamó a la centralita, nos avisaron a los de homicidios y llegamos aquí, no han pasado tantas horas. Tampoco debería extrañarme que esto se alargase, puesto que es una escena de un crimen en la que hay multitud de aspectos a tener en cuenta. Será que necesito ponerme en movimiento para percibir la sensación de que avanzamos en algún sentido.

¿Qué le voy a hacer? Sigo siendo impulsiva.

No paro de darle vueltas al motivo. Será importante averiguar si el intruso se ha llevado algo de valor del piso. Esa sería una razón de peso para el asalto y justificaría algunos cabos que me parece que quedan sueltos en cuanto al comportamiento del asesino.

Supongo que para saberlo de forma fehaciente necesitaremos que algún familiar cercano venga a certificarlo. No obstante, no hay señal de que se haya revuelto nada. Además, el hecho de que el hombre falleciera en la cama, indica que no se levantó para entregar al criminal los bienes que pudiera querer robar. La mujer está muerta dentro también del dormitorio principal, por lo que igualmente da la sensación de que no tuvo tiempo de ir a por las cosas que pudiera querer obtener.

Si después de asesinarles se hubiera dedicado a buscar objetos de valor, tendría que haber más revuelo en los cajones, armarios, mesas. Podría haber cuadros en el suelo o torcidos si buscase una caja fuerte, tal vez estanterías derrumbadas. Pero no hay nada de eso. Salvo el dormitorio principal, todo parece estar en orden.

Además, lo más lógico es pensar que intentaría salir lo más rápido posible por si alguien escuchó los ruidos. No podría tener la certeza de que alguno de los vecinos no hubiera llamado a la policía al detectar algo inusual. Los ruidos por la noche se hacen más ostentosos en medio del silencio y la quietud nocturna.

Decididamente, dudo mucho que su motivo esté relacionado con el robo. Debe ser algo personal. Algo que, sin lugar a dudas, despertara las más bajas pasiones de este individuo que decidió sesgar la vida de este matrimonio de una forma tan cruel.

Intento recomponer en mi cabeza lo sucedido.

Soy el intruso.

Miro a un lado y otro de la calle.

Me aseguro de que está despejada.

Abro la puerta del portal.

Me adentro a oscuras.

Escucho con atención para detectar si hay movimiento.

Subo las escaleras.

Son doce pisos, por lo que debo estar en buena forma.

Me planto delante de la entrada de la vivienda y abro con mi llave.

Cierro la puerta tras de mí con sigilo, para no despertar a los habitantes de la casa.

Cuando entro, lo primero que hago es dirigirme a la cocina a por un cuchillo. ¿Sabía dónde estaba? Sí, sin duda. Tenía una llave, así que, salvo que alguno de los miembros de la pareja la perdiera o se la robaran, debía conocer la vivienda.

Acto seguido, me dirijo al dormitorio. ¿En qué pienso? Estoy a punto de matar a dos personas que, de un modo u otro, tienen algún tipo de relación conmigo. ¿Son parientes? ¿Amigos? ¿Conocidos? No, conocidos no. Si tengo una llave es porque nuestra relación es más estrecha. Nadie confía el acceso a su casa a alguien que no conoce a fondo. También podría ser algún miembro del servicio, no debemos descartarlo. Quizás despidieron a alguien y decidió vengarse.

Mi mente bulle pensando en alternativas.

El motivo.

Esa es la clave en este asesinato.

Capítulo 18

Patrick

Se nos ha hecho muy tarde. Me ofrezco a llevar a casa a Myrkur. Quiero portarme bien con ella, en especial después de lo sucedido hace unas horas, cuando me comporté como un auténtico imbécil. No me llevará mucho tiempo acercarla. Estoy cansado, pero merece la pena para que todo quede bien entre nosotros.

Ha tenido suerte y ha encontrado un piso bastante económico cerca de la comisaría. No es lo habitual. Boston, como cualquier gran ciudad, tiene unos precios prohibitivos. Por lo que me ha dicho, debe ser bastante pequeño, pero es joven y está empezando. Todos hemos pasado por esa fase. Ya tendrá oportunidad de pillar algo mejor más adelante.

En el coche vamos inusualmente callados. Es la dinámica de hoy. No debería ser así, pero hay veces que resulta difícil sobreponerte a tus pensamientos inconscientes. Hay impulsos irracionales que nos llevan a cometer estupideces.

Y eso es justo lo que me sucede.

Otra vez.

Con muchos días como este, acabo en el libro Guiness de los récords.

Ella está a punto de bajarse del coche. En último momento, se gira y me dice algo. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá se hubiera apeado sin más. No habría dado opción a que sucediera lo que pasa a continuación.

—No entiendo por qué la visita a la cárcel ha tenido que cambiarlo todo, Patrick. Da igual. Si quieres pedir que te pongan con otro compañero, lo entenderé. Estoy demasiado acostumbrada como para no poder superarlo. Por eso no te preocupes.

La miró con el entrecejo fruncido. Creo que refleja mi preocupación mejor que mis palabras. Ni yo mismo me entiendo.

—No, ni mucho menos. Estamos bien así.

Sonrío.

Ella me mira.

Y en un instante, todo se va a la mierda.

No sé qué me pasa, pero el deseo en ese momento me enloquece.

Creo que, de forma incongruente, es justo la dosis de peligro lo que me ha impulsado a besarla. No es un beso fraternal precisamente. Es un beso que pide a voces algo más.

—¿Quieres subir? —me ha preguntado, con sus labios todavía pegados a los míos.

Le he dicho que sí en un susurro apenas audible.

Si por un segundo hubiera vuelto un mínimo de cordura a mi cabeza, podría haber parado a tiempo.

Pero no ha sido así.

Hoy es el día en el que encadeno una metedura de pata tras otra. Voy a tener que marcarlo en el calendario como si fuera una efemérides.

En el ascensor hemos empezado a quitarnos la ropa, sin pensar si podríamos cruzarnos con alguien. Era poco probable, pues la madrugada estaba ya cerca y es un día de diario.

Ya en su piso la he tomado en volandas. No recuerdo ese nivel de excitación en toda mi vida. Esa absoluta pérdida de control. Ni siquiera hemos llegado al dormitorio. La necesitaba. No podía demorarlo más. Ha sido algo instintivo, casi animal. La he subido a la mesa que había en el comedor, le he bajado los pantalones y le he arrancado la ropa interior. Luego me he introducido en ella de forma casi frenética, como si fuera lo último que pudiera hacer en esta vida. Los dos hemos disfrutado, de eso estoy bastante seguro.

Ahora estoy atormentado.

No era esto lo que tenía en mente.

Quería mantener nuestra relación en un margen seguro.

Pero eso ya ha quedado atrás.

¿Qué va a pasar entre nosotros a partir de ahora?

Capítulo 19

Myrkur

Cuando abro los ojos por la mañana, tengo la impresión de que lo que pasó anoche lo he soñado. Será el efecto de la luz del sol que entra por mi ventana y se derrite sobre la habitación, inundando la estancia de una impresión onírica.

Pero no. Fue real. Muy real.

Estoy hecha un lío. Puede que ahora más que nunca. Patrick me había dejado claro su falta de interés en mí. Y luego me besó aquella noche en su piso. Después, hicimos como si nada hubiera pasado, a pesar de que los dos sabíamos que eso cambiaba, en cierta medida, las reglas del juego. Pero podríamos haberlo dejado atrás. Punto y aparte.

Lo de anoche ha vuelto todo del revés.

Ahora sí que no sé cómo vamos a actuar.

Decir que nos acostamos no me parece la expresión correcta para lo que sucedió. Ni siquiera llegamos a la cama, así que… Patrick estaba… Bueno, no sé muy bien cómo decirlo. Pero es innegable que el deseo ardía en sus ojos desde el mismo momento en que me besó en su coche. Y después ya no pudo o no supo parar. No quiso, sencillamente, ni yo tampoco. No voy a ir de mojigata o puritana, porque mentiría vilmente.

No me arrepiento. Un poco de sexo nunca viene mal y más si es como el de anoche. Se lleva por delante toda la tensión del día. Pero no sé en qué punto vamos a estar a partir de hoy. Y eso me preocupa. No debo hacerme ilusiones. Lo más seguro es que para él no significara nada. Se marchó después con cara de haberla cagado mucho, así que supongo que hoy no va a pedirme que vayamos al cine y luego a cenar el próximo fin de semana.

Mejor será que lo vaya asumiendo.

Pero me resulta muy difícil hacerlo.

Si mis sentimientos por él ya eran confusos, ahora son un puñetero lío. Una madeja enredada en la que no se encuentra ni el principio ni el fin, un mar de nudos a cada cual más apretado. No quiero pensar que estoy enamorada de él, porque creo que Patrick no siente lo mismo, es evidente. Pocas cosas hay tan tristes como un amor no correspondido. No quiero ser el otro extremo de un hilo que está

condenado a romperse y deshilacharse.

En un rato tengo que ir a la comisaría. Él era mi único referente. Mi compañero. Había vuelto a confiar en él. Y no quiero que vuelva a alejarse. No puedo estar otra vez a la deriva en medio de una marea de desconocidos que me miran con recelo. Necesito una mirada amiga.

Y en esa marea de pensamientos revueltos vuelve a mi cabeza Leonard, el forense. No debería. Es como agarrarse a un clavo ardiendo. Y lo inevitable es quemarse. Ayer había una oportunidad. Un quizá. Un probar a ver si estaba en lo cierto y flirteaba conmigo. Hoy ha desaparecido, porque parecería una acción desesperada como reacción al que es un más que seguro e inminente rechazo.

En mi vida nada es sencillo.

A lo mejor es que yo lo complico todo.

Capítulo 20

Aron

No estoy acostumbrado a trabajar solo, pero tampoco es algo que me desagrade. Hubo un tiempo en el que Patrick y yo formábamos un gran equipo. Pero hace ya cosa de un año, nuestra relación comenzó a deteriorarse. En realidad, fue la confianza lo que se quebró.

Nunca pudo asumir que tuviera que hacer ciertas cosas para que tuviésemos la posibilidad de encerrar a un tipo que era verdaderamente peligroso. No podíamos permitir que siguiera en la calle violando y asesinando mujeres por ceñirnos al protocolo. Los dos sabíamos perfectamente que iba a salir impune, a pesar de que también conocíamos a la perfección que era culpable.

Sin embargo, debo reconocerle su lealtad, puesto que no se chivó. Desde entonces, nada ha sido igual. Cuando empezamos a investigar el caso de los asesinatos de la urbanización, parecía que todo podía volver a ser como antes, pero pronto aparecieron nuevas rencillas entre ambos. Supongo que por eso no dudó en aceptar la propuesta de irse a Salem durante unos meses. Preparamos bien su historia de refuerzo para que pareciera que era un traslado que necesitaba.

El primer día que nos vimos tras su regreso, creí que éramos los de siempre, pero pronto me di cuenta de que la hija del psicópata le había absorbido el seso. Ahora nos encontramos en nuestro momento de mayor alejamiento. Ha elegido y es evidente que no volveremos a ser compañeros. Una vez más, su tendencia a los remordimientos y sus restricciones morales han decidido por él.

Casi parece que trabajamos en bandos opuestos.

No me importa que me impidieran acudir a la prisión. Ni siquiera me han contado lo que el puto Frederick Cranston les dijo. Si piensan que van a dejarme a un lado, van listos. Este es mi caso y voy a llegar hasta el final. Sin su ayuda he encontrado información de lo más interesante y cada vez estoy más convencido de que el Devorador de Corazones está detrás de los crímenes de hace quince años.

Solo me queda ponerle la guinda al pastel.

Puede que todavía no haya encontrado la conexión definitiva ni pruebas irrefutables, pero me estoy acercando. Edward Scott es una

baza interesante. Cranston le conocía bien. Trabajó con Frederick y percibió a la perfección la maldad que habitaba dentro de aquel hombre. No dudaba en ser cruel cuando lo estimaba necesario. Es algo que presenció en vivo y en directo. Su psicopatía asomaba la patita siempre que podía para dejarle claro al resto que les aplastaría como a una hormiga si lo estimaba necesario.

El Devorador de Corazones al desnudo.

Me da que, por el momento, calla más de lo que habla. Igual también tiene algo que esconder o está viendo cómo jugar sus bazas. Pero eso no va a ser así siempre. Al final, lograré tirarle de la lengua y que me recite hasta el padrenuestro. Por si acaso, investigaré además sus antecedentes y su historia personal.

La información es poder.

La mujer de Charles Johnston, una de las víctimas, también corroboró que intuía que había algo malo en él. Su marido temía a Frederick Cranston. Le dijo que aquel hombre era capaz de hacer lo que estimara necesario para salirse con la suya. Poco después de compartirlo con ella, su esposo desapareció sin dejar rastro, hasta que quince años más tarde lo encontramos, casi fruto de la casualidad, enterrado en cal.

Podría haberse extinguido su estela para siempre.

Por suerte, su viuda ya tiene un lugar en el que llorarle.

Con Susan Mercury, la primera de las víctimas halladas, sabemos que también tuvo desavenencias. Son dos los estorbos que encontró Cranston en su camino y a los que, según parece, no dudó en eliminar. Tal vez en aquella época comenzó a forjarse el monstruo en el que se convirtió años más tarde. O quizá ya lo era y gran parte de la costa Este está sembrada de sus cadáveres sin que todavía lo sepamos. No me sorprendería, de hecho. Estoy convencido de que hay muchos más crímenes en su haber de los que no tenemos constancia. Diecinueve víctimas es un número considerable, pero no para este tipo de asesino. Estoy convencido de que se regodea de que no hayamos podido adjudicarle ningún cadáver más.

Por poco tiempo.

Todavía tengo mucho trabajo por delante. Son bastantes víctimas y algunas siguen en proceso de ser identificadas. Los de antropología forense continúan trabajando en ello. Se está alargando demasiado, eso es cierto, a pesar de que era lo esperable debido al estado en el que se encuentran los cuerpos. Cuando eso se logre, cuando podamos ponerle nombre y apellido, entonces habrá que entrevistar a las personas que les conocían para tratar de averiguar cuándo se las vio por última vez, algo tremendamente difícil teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado.

De momento, hoy tengo previsto acudir a visitar a la hermana de

otra de las víctimas de la que sí conocemos su identidad. Y cuento con la colaboración de Scott, el cual he descubierto que puede ser clave para llegar a la resolución de este caso. Debo mantenerme optimista.

Es una ventaja haberle localizado. Tiene que saber cosas de Cranston que nadie más conoce. Secretos oscuros. Intuyo que incluso eran amigos, aunque no se atreva a confesarlo. Debe haber visto la negrura que había dentro de él. Tal vez le tenga miedo. Esa posibilidad no la he contemplado, aunque no me pareció un hombre timorato en absoluto.

Y hay alguien más a quien debo visitar.

A su exmujer.

Karen Cranston.

Tal vez ella también debiera estar en chirona.

Capítulo 21

Patrick

He llegado temprano a la comisaría. Supongo que, entre otras cosas, porque apenas he podido dormir. La culpabilidad me ha atormentado gran parte de la noche. No debí acostarme con Myrkur. La he cagado pero bien. Lo sé. Soy muy consciente de ello. Y a pesar de todo, no me la quito de la cabeza.

¿Por qué ahora?

¿Por qué precisamente en este puñetero instante?

Tengo el presentimiento de que, si volvemos a la cárcel a visitar a su padre, este va a saber lo que ha pasado. Me parece mentira que esté pensando en esto. No soy ningún crío y ella, en cierto sentido, tampoco. Somos dos adultos. Ha sido una relación consentida. Supongo que no es tan descabellado que le dé vueltas a esto. Uno no se tira todos los días a la hija de uno de los asesinos más despiadados de Estados Unidos.

Voy a revisar la información que tenemos del doble asesinato a ver si así despejo un poco mis ideas y me distraigo. Mi mente parece absorbida por los Cranston. Eso no debe ser bueno para mi salud mental.

Tenemos a un intruso que se adentró en la vivienda sin forzar la cerradura. Tomó el arma del crimen *in situ*, tal vez porque no lo tenía planificado, y se la llevó consigo. No la hemos encontrado todavía en los alrededores. De todos modos, hay personal revisando tanto las zonas comunes del edificio como los contenedores de basura y las alcantarillas por si apareciera. Si fuera así, las huellas en el mango del arma blanca podrían ser esclarecedoras.

Contamos con una impresión parcial de la palma de la mano en la barandilla. Sabemos que pertenece al asesino porque está manchada de sangre. Al no disponer de las huellas digitales en dicha mancha, puede ser más complejo hallar una coincidencia. Habrá que esperar los resultados de la base de datos.

El crimen es brutal en todos los aspectos, en la crueldad ejercida, en la cantidad de sangre esparcida por el piso y también al considerar la vulnerabilidad de las víctimas, dos personas de edad avanzada. Ya los hemos identificado. Se tratan de Jeff y Francesca Branson, un

matrimonio adinerado, puesto que él fue el dueño y máximo accionista de una empresa constructora muy conocida en la zona. Llevaba jubilado cinco años, desde que sufrió un ataque cardíaco debido al intenso estrés en el que vivía día a día. Hay que reconocer que los compañeros han hecho una gran labor recabando tanta información en un plazo tan breve de tiempo, pues incluso aparecen datos pertenecientes a su ficha médica.

Los hijos no residen en la zona. La hija mayor se trasladó a Nueva York y la pequeña vive en Seattle. Seguramente ya estén de camino hacia aquí, si no han llegado ya. Falta información del hijo. Eso es un poco raro. Tal vez se deba a que no pudieron localizarle. Tomo nota para preguntar más adelante.

Según el análisis del escenario, parece evidente que el hombre fue el primero en morir. Posiblemente lo valoró como la principal amenaza y por eso le quitó la vida de forma rápida y efectiva, aunque posteriormente le acuchilló repetidamente, lo que demuestra ira. La mujer, por su parte, sufrió la mayoría de las heridas estando todavía viva.

A pesar de la escena caótica, no había desorden que no perteneciera puramente al escenario del crimen. La teoría es que no se llevó nada, aunque todavía tenemos que comprobarlo por si hay algo que se ha escapado. Los primeros análisis desde luego indican que no entró en otras estancias de la casa, salvo la cocina.

No parece haber planificación en este asesinato. Es un crimen impulsivo, violento, pasional. Apunta a alguien del entorno cercano de la pareja o a una persona con ansias de venganza. En todo caso, existía una relación previa con los fallecidos.

El laboratorio está analizando rastros hallados en la escena. Tienen trabajo para rato. Habrá que esperar los resultados. Mientras tanto, tendremos que empezar con el procedimiento habitual.

Acaba de entrar Aron. Necesito hablar con él. Se comporta de forma extraña últimamente. Se muestra muy distante. Me cuesta creer que no hace tanto tiempo éramos íntimos amigos. Es innegable que me siento decepcionado.

Sospecho que él también.

Independientemente de nuestra relación personal, no quiero que me deje al margen de la investigación de los crímenes de la urbanización. Ese caso es de los dos. Trabajamos mucho, demasiadas horas invertidas como para quedarme a un lado sin más. Me trasladé a Salem precisamente por eso. No pienso olvidarme como si nada pasara.

Puede que, al fin y al cabo, Cranston sí sea una persona de interés en la investigación. Creo que puede estar dispuesto a cooperar. Al menos, es la impresión que me dio ayer. Debe ser lo único bueno que

se derivó de todo eso. Estuvo tanteando el terreno, pero estoy convencido de que no va a ser la última vez que hablemos.

Un escalofrío recorre mi espalda al considerarlo.

Myrkur ha llegado. Se me hace un nudo en la garganta. Tenemos que hablar. Creo que va a ser una conversación difícil. Siento que me he quedado pegado en el asiento, porque no me veo capaz de levantarme.

Pero debo hacerlo y lo hago.

Me dirijo hacia ella antes de que llegue a la mesa.

Clava en mí sus impresionantes ojos de mirada clara.

Creo que es grave.

Solo puedo pensar en que es una mujer preciosa.

Y es en lo único en lo que no quiero centrarme.

Capítulo 22
Frederick

Tal vez haya llegado el momento de hablar con Edward. Los dos guardamos secretos mutuos. Los dos podemos perjudicarnos aunque, en realidad, yo ya tengo poco que perder, salvo que encontrasen algún cuerpo cuyo crimen pudieran adjudicarme en un estado de los que todavía mantienen la pena capital. Menos mal que he sido listo y nunca se me ha ocurrido tener un descuido como ese. Habría que ser un auténtico idiota para cometer semejante estupidez.

Sé muchas cosas sobre Eddy. Nos llevábamos bien. Nos entendíamos. No me costó adivinar que en su interior viajaba una personalidad que quería ocultar a todas luces. Conmigo no pudo esconderlo. Tal vez sea que nos reconocemos entre nosotros.

Quizá fuera ese nuestro principal vínculo.

En esta partida en la que gana quien llegue primero a la meta, yo cuento con una gran desventaja: Eddy está fuera y yo en la jaula. Si no muevo ficha pronto, puede jugarme una mala pasada. Debería mantener una conversación con él. Al fin y al cabo, el madero que ha venido con Myrkur me ha dejado claro que están removiendo cosas del pasado.

Tal vez Karen pueda echarme una mano con esto. Igual le pido que le haga una visita. Ella sabe ser muy persuasiva cuando quiere. Solo tiene que invitarle a que se acerque a verme. Por los viejos tiempos. El problema es que no quiero ponerla en peligro y no estoy seguro de calibrar bien de qué puede ser capaz si se siente acorralado.

Debo pensarlo con más calma.

Los dos estuvimos en esa urbanización.

Los dos vimos cosas.

Los dos conocemos secretos.

El detective Baker ha intentado continuamente sacarme información, pero no quería darme nada a cambio. Si cree que así va a conseguir algo, es que no me conoce. Debería mostrarse más inteligente, pues sé que no tiene ni un pelo de tonto. Me planteo incluso pedirle que me visite a solas, así podré medir el grado de miedo que le he infundido hasta la fecha. Respecto al poli que

introdujeron en la lista inicial, no pienso dejar que entre aquí. Aron Rubicon. Me acuerdo de él. No es trigo limpio. Solo le permitiría venir si estoy seguro al cien por cien de que puedo manejarle y terminar lo que empecé hace ya muchos años.

Me guarda inquina.

Es normal.

Yo también lo haría y, precisamente por eso, no le quiero poner en bandeja la venganza que anda buscando. Presiento que es quien está más interesado en encontrar un culpable para esos asesinatos. El problema es que intuyo que me los quiere colgar a mí.

Volviendo a Patrick Baker, tengo un mal presentimiento sobre él. He averiguado que es un detective sagaz. Me temo que pueda descubrir cosas de mi pasado que no me convienen.

Debo mantenerle alejado.

Capítulo 23

Myrkur

Es un momento incómodo. Ninguno de los dos parecemos saber cómo reaccionar. Bueno, no me pilla de improviso. Tampoco es que esperara que me recibiera con un ramo de flores y un beso apasionado que le gritara al mundo que estamos juntos. Lo de anoche fue un calentón. Eso ha quedado bastante claro.

—¿Has estado revisando la información del caso? —le pregunto sin más preámbulos cuando nos acercamos a su escritorio.

—Sí, así es —dice removiendo los papeles de forma nerviosa. Casi me hace gracia que se comporte así.

—Nos convendría ponernos en marcha cuanto antes, ¿no te parece? —le sugiero.

—Sí. No obstante, quizá deberíamos primero decidir por dónde tirar.

—Me parece correcto.

Hay algo que me lleva rondando desde que me incorporé a Boston y más desde que ayer visitamos a mi padre en prisión. Todavía no me he atrevido a levantar la liebre, pero no tardaré en hacerlo. No hemos vuelto a sentarnos a revisar la información relacionada con los cuerpos hallados en la urbanización de las afueras de la ciudad. Si no hubiéramos ido a ver a mi progenitor, casi parecería que el caso ya no existiera.

Y eso me mosquea.

Algo se está cociendo que desconozco.

Es cierto que quedó en un segundo plano cuando tuvimos que ocuparnos de los asesinatos del neurocirujano, pero de eso ya hace más de dos semanas. Además, me consta que Aron sigue trabajando en ello y resulta evidente que no tiene el menor interés en compartir información con nosotros.

—Patrick… —comienzo a decirle. Pero no me deja terminar la frase.

—Myrkur, creo que deberíamos hablar de lo de anoche antes de nada.

Lo ha soltado como quien precisa quitarse un peso de encima. Le miro sin saber qué decir. En este momento, no sé si quiero que me diga que lo sucedido fue un error imperdonable y bla bla bla. En

realidad ya lo sé, pero no necesito confirmarlo de buena mañana. Me apetece mantener solo un poco más la ilusión de que tal vez quiere estar conmigo y empezar una relación juntos.

Es una estupidez que piense eso, pero lo cierto es que hoy me he levantado con el corazón sensible y me da la impresión de que cualquier bandazo puede enviarme directamente a una caverna lóbrega en la que solo exista la autocompasión.

¿Es buena idea postergar lo inevitable?

—Podemos ir a un despacho vacío y así tendremos intimidad. Desde luego no es un tema para tratar aquí en medio, con tantos posibles oídos indiscretos —continúa.

Me mira con una expresión que se me hace indescifrable. ¿Es lástima lo que hay en sus ojos? Igual lo estoy interpretando mal, pero desde luego odio que sientan pena de mí.

Decido que no es el momento.

No me siento preparada para iniciar la jornada con un rechazo.

—Déjalo estar. No hay nada de qué hablar. Tranquilo, está olvidado —respondo con mal disimulada indiferencia.

No sé por qué demonios digo eso, pues no se parecía en nada a lo que estaba pensando. Tal vez simular indiferencia sea la estrategia defensiva más absurda que podía emplear en esta situación.

Frunce el ceño. Tengo la impresión de que mi respuesta le ha pillado por sorpresa. Me da igual. No quiero pensar. No quiero sufrir otra decepción.

Abre la boca. Parece que está a punto de decir algo, pero finalmente se arrepiente.

—Como quieras —responde, finalmente, con cierta decepción.

—Estaba pensando que hace mucho que no hablamos de la investigación de los crímenes de la urbanización. Creo que deberíamos retomar el tema, en especial después de lo de ayer —digo, cambiando radicalmente de asunto.

—Sí, tienes razón. Pero ahora tenemos un nuevo caso que atender. Debe ser nuestra prioridad.

—Patrick, Aron sigue adelante y no ha vuelto a compartir información con nosotros. Igual sería interesante revisar los nuevos datos que tiene y contarle lo de la entrevista de ayer.

Se está pensando qué responder. Su rictus ha cambiado. Me da la sensación de que está enfadado. Se ve que no le ha hecho gracia que le haya sacado este tema.

—Todo a su tiempo, Myrkur. Como te he dicho, ahora tenemos un caso que urge investigar. Sabes lo importante que son las primeras entre veinticuatro y setenta y dos horas después de un homicidio. No creo que sea necesario que te lo recuerde.

—Lo sé, por supuesto. Pero también me resulta extraño que

hayamos dejado totalmente de lado el otro asunto. Son ocho víctimas cuyos familiares siguen esperando respuestas después de quince años.

—No insistas con el tema. Tenemos mucho que hacer ahora. Lo primero, hablar con los de la científica para saber si han encontrado algo que nos resulte útil.

—También deberíamos hablar con el forense. Me gustaría saber si hay alguna sorpresa que ayer no viéramos.

Patrick me fulmina con la mirada.

No entiendo nada, la verdad.

Capítulo 24

ARon

Me encuentro ante la puerta de la casa de la hermana de Victoria Hartfield. Su cuerpo fue hallado sepultado por kilos y kilos de hormigón. La reconstrucción de sus restos se logró gracias a la labor encomiable de los antropólogos forenses. Llevamos tantos meses con este caso que ya me puede la necesidad de meter entre rejas al culpable.

¡Ah, no!

Se me olvidaba.

Ya está encerrado.

Solo tengo que demostrar que es quien yo creo.

Llamo al timbre. Suena de manera que recuerda a unas campanas. La casa tiene un aspecto bastante clásico. Las columnas que enmarcan la puerta lo reafirman. Creo que incluso ese sonido va en consonancia con lo demás. Lo inesperado sería que se escucharan los acordes de alguna canción de AC/DC.

Me entretengo pensando en esas cosas mientras alguien acude a abrirme. Me gusta observar y atender a los detalles. No solo porque es parte de mi trabajo, sino también porque disfruto con ello. Vivimos a un ritmo tan frenético que, en ocasiones, se nos olvida atender a la realidad circundante. Cuántas cosas se nos escapan precisamente por ese vivir apresurado. Sin embargo, debo reconocer que a mí también me pasa. Parece que me falta tiempo para todo.

He avisado de que venía, así que imagino que no tardarán demasiado en acudir a la entrada. Espero que la hermana se muestre receptiva y colaboradora. No suele ser ni fácil, ni cómodo, ni mucho menos agradable remover cosas del pasado.

Por los datos que he podido averiguar hasta la fecha, Victoria Hartfield fue una posible compradora de una de las casas que pusieron a la venta en la urbanización, puesto que hay registros en la empresa promotora en los que ella solicitó información acerca de las viviendas que estaban construyendo. Debió mostrar bastante interés, ya que en los libros de la compañía figuran varias visitas a la oficina de venta al público. Todavía no he podido establecer la conexión con Frederick

Cranston, pero estoy seguro de que aparecerá.

Oigo pasos que se acercan. Me pongo recto y aliso mi camisa. No he podido ponerme la americana. Hace demasiado calor. Bochorno, esa es la palabra que mejor lo define. Ayer refrescó y parecía que el tiempo iba a empeorar. De momento, hay claros y nubes, no se sabe más tarde. Lo único que sé a ciencia cierta es que, en este preciso instante, el sol incide directamente sobre mi coronilla cada vez que escapa de alguna nube y esta espera se me está haciendo eterna. Siento que mi cabeza puede empezar a arder de un instante a otro.

Por fin se abre la puerta.

Respiro con alivio.

Espero que me invite a entrar.

—Señora Peters, supongo —digo sonriendo. Ese es el apellido de casada de la hermana de la víctima.

—Sí, exacto.

—Soy el detective Aron Rubicon —me presento, acompañando lo que digo de mi placa—. Hablamos ayer y acordamos que la visitaría hoy. Imagino que lo recuerda.

—Por supuesto, detective. Le estaba esperando. Pase, por favor. Hace un calor asfixiante y más con esta humedad. Verá que dentro se está mucho más fresco.

—Seguro que sí —sonrío.

—¿Le apetece algo de beber? ¿Una limonada, por ejemplo?

—Perfecto. Una limonada suena muy bien.

No solo suena bien, suena deliciosa y refrescante. Me relamo anticipando su sabor.

—Enseguida se la traigo. Siéntese mientras se la preparo —me invita con amabilidad, indicándome un sofá cómodo.

—Gracias.

Sonrío y me siento a esperar.

Estoy deseando ver qué me tiene que contar.

Capítulo 25

Patrick

No entiendo que no quiera que hablemos. Myrkur es de ir de frente. Esta actitud no casa con su forma de ser. ¿Por qué juega al escondite ahora? ¿Por qué quiere simplemente dejarlo estar? Necesito aclarar las cosas y ver cómo vamos a continuar a partir de ahora. Ya hemos tenido bastantes desencuentros en los últimos tiempos. Esto es algo que puede estropear nuestra relación para siempre. Ahora soy consciente de que no quiero perderla. Casi sin que me haya dado cuenta, se ha convertido en alguien importante para mí.

Me gustaría saber qué piensa ella.

Y qué siente.

Desde luego, una cosa está bien clara: nadie se debe enterar de que nos hemos acostado. Por muchos motivos, pero quizá el principal es por el conflicto que puede surgir al ser compañeros. Sin lugar a la menor duda, el jefe no lo iba a ver bien y no quiero que me cambien de compañera.

Independientemente de lo que sienta por ella en este momento, me gusta trabajar a su lado. Es brillante. Tiene una lucidez mental que es poco habitual. Posee un sexto sentido para según qué cosas que no he visto en ningún policía hasta el momento. Para empezar, yo no lo tengo, por mucho que me gustara que fuese así. Yo me esfuerzo, soy tenaz y no me importa trabajar las horas que sean precisas, pero no tengo ese don con el que ella sí cuenta.

Hablaremos más tarde. Hoy no acaba el día sin que lo hagamos. Desconozco sus razones para postergarlo, pero yo no puedo dejarlo así sin más.

Ahora toca pensar en otra cosa.

En el laboratorio nos dicen que no ha habido suerte con la huella palmar por el momento. Era lo esperable. La base de datos a ese respecto es bastante limitada. No es lo mismo que intentar identificar huellas dactilares. Por desgracia, no había de ninguno de los dedos. Además, las cosas no se solucionan sin más. Suelen requerir esfuerzo. Lo raro es que se ponga todo de cara y la investigación se resuelva rápido. Aun así, habrá que esperar por si da alguna coincidencia en el sistema. Mejor será no perder la esperanza.

Hemos conseguido localizar a las hijas para relatarles lo sucedido, pero no ha habido tanta suerte con el chico. De él, todavía no tenemos información. Parece que se ha esfumado de la faz de la tierra. Ellas están descartadas, puesto que se encontraban muy lejos del lugar del crimen. Es materialmente imposible que tengan algo que ver con lo ocurrido, salvo que contratasen a alguien que lo hiciera en su nombre. En estos momentos se encuentran viajando hacia aquí. Me equivoqué cuando pensaba que ya habrían llegado a Boston. La que vive en Nueva York no lo tenía tan difícil, pero supongo que la de Seattle ha tenido que cuadrar vuelos. Posiblemente han acordado llegar al mismo tiempo y pasar por este amargo trago las dos juntas.

—He estado pensando mucho en este crimen y estoy convencida de que lo más importante en este caso va a ser hallar el motivo del asesino para dar con él —comenta en ese instante Myrkur.

No le falta razón. Sin embargo, tampoco es nada nuevo. Normalmente conocer qué le ha movido a matar suele ser la clave, aunque también ocurre que, con frecuencia, no es lo primero que se averigua precisamente.

—De momento, deberíamos confiar en las pruebas físicas. Son las únicas evidencias que nos llevan de manera casi irrefutable hasta los criminales. Si encontramos sangre o células epiteliales debajo de las uñas de las víctimas, te aseguro que eso nos habla del homicida más alto y más claro que lo demás.

Tengo la impresión de que he sido demasiado cortante. No era mi intención, pero no estoy del mejor humor. Es lo que hay.

—Bueno, está claro que es así. Es obvio que si el asesino ha dejado los cuerpos impregnados de su ADN de forma incriminatoria, no hace falta ir más allá. Pero eso no suele ocurrir.

Pues sí, se ve que mi tono no ha sido el más adecuado. Myrkur se ha dado cuenta y no ha dudado en darme réplica.

Me lo merezco.

Por capullo.

Capítulo 26
Nuevo día

Se despierta con la sensación de haber descansado bien. Se siente renovado. El sueño ha sido reparador y su mente parece realmente despejada. Nada más abrir los ojos ha intentado moverse y lo ha logrado con éxito. Esta vez no hay parálisis del sueño, cosa que también agradece. La mañana de ayer empezó con un despertar de pesadilla y un agotamiento físico y mental que viajó con él toda la jornada.

Hoy ve las cosas de una forma diferente. El tormento de ayer debido a la sangre en sus manos y su ropa parece fruto de una alucinación. Pestañea de forma repetida, como tratando de alejar esa idea de su cabeza, tal vez para convencerse de que nada de eso fue real.

Se mira al espejo que hay enfrente de la cama, donde todavía permanece sentado. Su aspecto es mejor que el de ayer. Como mínimo, no se aprecian las oscuras y profundas ojeras de la mañana anterior. Su rostro parece más descansado. Él, de hecho, se siente más relajado. Tal vez pueda dejar esa pesadilla atrás.

Habla para sí mismo, poniéndole voz a sus pensamientos.

—Seguro que hay una explicación razonable, aunque todavía no sea capaz de hallarla.

Se levanta. Es hora de empezar un nuevo día. Seguir como si nada hubiera sucedido le parece la solución óptima en ese instante.

Se dirige al baño para llevar a cabo su rutina diaria.

Ducha.

Desayuno.

Lavado de dientes.

Y después se arregla y se marcha dirección al trabajo.

Presiente que hoy todo le va a salir bien. Solemos crear nuestras propias circunstancias. Nuestra forma de ver la vida y de afrontar los problemas es un modo de edificar nuestro futuro, dependiendo de los mimbres que utilicemos en el presente.

No quiere dejarse vencer.

Tiene mucho por lo que luchar.

Tiene sueños que cumplir.

En cuanto llegue a la oficina, hablará con su socia para aclarar lo sucedido ayer. Perdió los papeles, pero no volverá a pasar. Espera que el daño no sea irreparable. Quiere pensar que los inversores no se retirarán después de todo. Al fin y al cabo, el proyecto es sólido, por mucho que la imagen que él ofreciera el día anterior estuviera lejos de ser la idónea.

Se dirige a la boca de metro más cercana. El aire de la mañana le sienta bien. Baja corriendo las escaleras que le conducen a ese infierno bajo tierra en el que balas de metal y acero atestadas de gente atraviesan a gran velocidad las arterias de la ciudad.

Pasa el torno y compra el periódico en el kiosko habitual. Podría ir en coche a su trabajo pero, en la mayoría de las ocasiones, prefiere el transporte público, puesto que suele ahorrarle tiempo. Además, puede ir relajado en el trayecto, librándose de la tensión y el estrés que provocan el tráfico y los atascos de la ciudad.

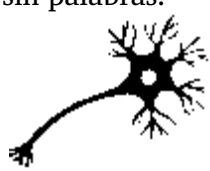
No tiene que esperar más que un par de minutos en el andén hasta que llega su tren. Como siempre, se forma la típica aglomeración antes de que se abran las puertas. Le gustaría pillar sitio y poder sentarse para leer el periódico. No podrá hacerlo si va de pie. En ese caso, tendrá que conformarse con el móvil mientras con la otra mano se sujeta a alguna de las barras.

Tiene la increíble suerte de pillar un sitio libre. Le quedan siete paradas por delante. Tiempo suficiente para leer, al menos, los artículos más relevantes del día.

Se acomoda.

Abre el periódico.

La noticia que ve le deja sin palabras.



Capítulo 27

Myrkur

Me ha dado la sensación de que Patrick estaba un poco cortante. Igual no le ha sentado bien que rehusara hablar con él de lo de anoche. Desde luego, ha puesto mala cara cuando le he dicho que no. Debería entenderlo. Todavía no estoy preparada. No entraba en mi menú del desayuno una ración de rechazo.

Creo que se me indigestaría.

Puede que tenga remordimientos, que se arrepienta y quiera solventar ese error, que esté deseando dejarlo atrás y aclararlo cuanto antes, aunque no es sencillo para mí. Mis sentimientos son ahora incluso más confusos. Pero no quiero aferrarme a él. No quiero enamorarme de la persona equivocada. Ya sé que es muy capaz de decepcionarme y de hacerme daño. Eso ya lo hemos vivido no hace tanto. Debo soltar este amarre que no me aporta ningún bien.

Lo malo es que es más fácil decirlo que llevarlo a la práctica, en especial si no hay espacios ni tiempos en los que poder distanciarse. Trabajamos juntos y eso implica un buen número de horas compartidas cada jornada. ¿Cómo borrar a alguien de tu vida si tienes que verlo a diario?

No es momento de pensar en esto.

También puede ser que nunca encuentre otro mejor.

Soy una lavadora en modo centrifugado, dándole vueltas y más vueltas a las mismas ideas. Espero que, con los años, aprenda a soltar lastre y no darle tanta importancia a las cosas. Debe ser muy útil ser capaz de relativizar y proporcionarle a cada cosa su valor real.

Cuando le he preguntado por Aron y los crímenes de hace quince años, Patrick ha dicho que debemos centrarnos en el caso actual. En eso, sin lugar a dudas, tiene razón. Pero eso no significa que me vaya a olvidar del otro. Las víctimas de la urbanización todavía me intrigan. Me parece que me enseñaron la punta del iceberg, pero ya no he vuelto a saber nada más. ¿Por qué? Supongo que porque Aron quiere mantenerme alejada. Puede que tenga motivos espurios. Me da mala espina. Tendré que buscar la oportunidad de revisar la información que haya recabado en los últimos días. Él debe tener novedades. Es perro viejo y sabe cómo conseguir lo que quiere. Tengo

que ser precavida y actuar de modo inteligente. No va a ser fácil acercarme a su mesa y curiosear. Seguro que resulta sospechoso, por mucho que lo haga cuando él no esté. Ya veré cómo me las apaño.

Es demasiado evidente que solo busca colgarle las víctimas a mi padre, igual que tengo clarísimo que lo que me mostraron no coincide en absoluto con su *modus operandi*. Mi padre no enterraba sus cuerpos en cal, ni los sepultaba bajo hormigón. En realidad, no le importaba lo más mínimo que hallaran los cadáveres. Diría que, incluso, le gustaba que lo hicieran, disfrutaba al descubrir que habían encontrado su regalo y que no tendrían forma de llegar hasta él. Era su manera de desafiar a la policía, de jugar con ellos, algo que hacen un buen número de asesinos seriales.

Podrán aludir que los de la urbanización podrían ser sus primeros crímenes y que, por ello, su modo de actuar era radicalmente diferente. Todavía podía sentirse inseguro. Estaba experimentando. Pero eso no encaja con lo que nos dice la criminología, en especial considerando su perfil psicológico. Dudo mucho que alguna vez fuera alguien que no confiase en sus posibilidades. Mi madre me lo ha dicho en más de una ocasión. Siempre fue un hombre que destacaba por ese grado de autoconfianza que mostraba.

Según esa teoría cogida con pinzas que sugiere que los de la urbanización fueron los primeros, habría controlado sus pulsiones hasta pasados los treinta años. Hasta ese momento, sus fantasías le habrían resultado suficientemente satisfactorias, sublimándolas sin sentir la necesidad de ir un paso más allá y culminar sus impulsos sádicos.

Eso sigue sin encajar.

Y yo hace tiempo que comencé a quitarme la venda que cubría mis ojos.

Quiera verlo o no, estoy bastante convencida de que comenzó mucho antes. Tal vez al acabar el instituto o en los primeros años de universidad. Sería plausible. Es una edad en la que resulta complicado contener los impulsos. Es la etapa en la que la testosterona inunda la circulación sanguínea e incita a cometer locuras. Es la era de los desafíos, de probar y probarse, de buscar sensaciones nuevas y transgredir los límites.

Es posible que jamás conozcamos realmente la estela de sangre que dejó a su paso. No quiero hacerme una idea del número de víctimas que guardará en su haber. Desde luego, muchas más que las diecinueve por las que cumple condena. Y para ser totalmente sincera, no sé si quiero averiguarlo todo. No creo que sea nada saludable.

Aun así, pienso que de las víctimas de la urbanización está exento.

Curioso, pero no por ello menos cierto.

Los asesinos en serie no suelen ir, en primera instancia, a por

personas que forman parte de su entorno o que son conocidas para él, en especial si demuestran cierta inteligencia. Suelen cazar fuera de su círculo de confianza. En ese caso, en el de los que matan a personas de su entorno, hablamos de otro tipo de homicida, no de uno que busca satisfacer sus fantasías, sus apetitos sádicos y, por último, la necesidad de dominación de otro ser humano.

No.

Ese sería alguien que mata porque le resulta útil, no por mero disfrute. Uno más impulsivo y que caza en función de afectos y desafectos, por venganza, porque alguien le ha hecho sentir inferior, por pasiones que no puede reprimir.

En los crímenes de la urbanización me da la sensación de que las víctimas constituían obstáculos que convenía eliminar. No fueron fruto de la mera satisfacción de sus instintos más oscuros.

En ese supuesto, ¿por qué suponían un inconveniente? ¿Y para quién?

Hay algo que me desconcierta en este caso. Aron y Patrick pensaron, en primera instancia, que los crímenes podían ser obra de mi padre, no solo porque tuviera alguna relación con las víctimas, como parece que de hecho tenía, sino porque, según los restos hallados, daba la impresión de que se les había arrancado el corazón.

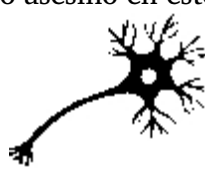
Eso me lleva a hacerme una pregunta.

¿Quién conocía su secreto?

¿Quién estaba al tanto de sus apetitos?

¿Había alguien tratando de inculparle?

Puede que ese sea nuestro asesino en este caso.



Capítulo 28

Aron

Mientras espero que la hermana de Victoria Hartfield regrese con la limonada, observo con detenimiento el lugar en el que me encuentro. Se trata de una sala de estar. La decoración es bastante clásica, con muebles de madera color caoba y sillones y sofá con un estampado floreado. En las repisas, se ven múltiples adornos y marcos con fotografías de recuerdos familiares felices. Me llaman la atención las pequeñas figuras de porcelana de rostros infantiles. En las paredes también hay muchas imágenes de la familia, además de algún cuadro insulso de un paisaje.

Parece que les gusta recordarse a sí mismos el prototipo de familia americana que tienen que ser. En la mayoría de las fotos lucen un atuendo formal y parecen retratos hechos por algún fotógrafo profesional. Debe ser estresante mantener las apariencias, en especial si celebran reuniones con algunas amistades. Seguro que procuran que la casa luzca como de película.

De hecho, destaca que todo está en un perfecto orden y una limpieza extrema. Me apostaría algo a que, si paso el dedo por la repisa, no encuentro ni una mota de polvo. El césped de la entrada, como no podía ser menos, está segado al milímetro. Los setos tienen pinta de haber sido cortados por manos expertas y duchas en jardinería.

Me imagino que esta mujer está muy metida en la asociación de madres y padres del colegio de sus hijos y que son vecinos activos en su comunidad. En resumen, me reitero en la suposición de que se proponen con ahínco ser la familia perfecta o, al menos, aparentarlo.

¿Se permitirán algún respiro?

—Aquí tiene, detective Rubicon —dice la señora Peters al entrar y depositar un vaso alto con limonada y hielos, sacándome de mis elucubraciones. Por si acaso, también deja una jarra llena hasta la mitad por si me quiero añadir más cuando lo termine. Se nota que es una mujer a la que le gusta agradar.

—Está deliciosa —le digo complacido, sabiendo que ella se sentirá gratificada con el comentario. La verdad es que no miento. Es

refrescante, con el punto exacto de acidez y un regusto dulce muy agradable.

Me muestra una sonrisa sincera.

No cuesta nada decir una palabra amable.

—Señora Peters, en primer lugar quiero agradecerle que me reciba. Imagino que sigue siendo algo doloroso para usted, pero le aseguro que no estaría aquí haciéndole rememorar tiempos difíciles si no fuera porque creo honestamente que puede resultar de ayuda en la investigación.

Lo digo porque realmente es lo que pienso, pero también para lograr su beneplácito y su cooperación. Es muy importante mostrar nuestro lado humano, que entiendan que no son meras piezas dentro de una investigación policial. Además, si siente que empatizo con ella y me pongo en su piel, será más proclive a revelar información que de otra forma no compartiría con un desconocido.

—Si esto ayuda, por fin, a dar con la persona que se llevó por delante la vida de mi hermana, entonces valdrá la pena —responde suspirando. No cabe duda de que sigue siendo una herida abierta para ella. Es lógico y normal. No es fácil sobreponerse a la muerte violenta de un ser querido.

—Eso espero, no lo dude —asevero, mostrando confianza. Sé que esto también es fundamental para que los familiares cooperen y cuenten lo máximo posible. Si te ven inseguro, es difícil que vayan a contarte cosas con las que no se sienten cómodos o que consideran información reservada o delicada—. Verá, tengo entendido que su hermana estaba interesada en comprar una de las viviendas de la urbanización en la que la hallamos unos meses atrás. No sé si usted estaba al corriente.

—Sí, eso es. Le parecía una buena oportunidad. No hacía demasiado que se había separado de su marido. Se portó fatal con ella. Es increíble hasta qué punto llega a transformarse la gente. En fin —resume, supongo que al detectar en mi expresión que deberíamos mejor centrarnos en lo concreto—, quería comprar una vivienda que fuera totalmente suya. Supongo que buscaba una manera de autoafirmarse y salir adelante por sí misma.

La información del exmarido es interesante, pero también irrelevante para nuestro caso, salvo que él sea el responsable de todos los homicidios, cosa que dudo. De todos modos, ya le investigamos en su momento. En torno a la fecha en la que se denunció la desaparición de Victoria Hartfield, él se encontraba de viaje por vacaciones, así que está descartado.

—Es comprensible —respondo, tratando de mostrarme empático—. ¿Le contó algo que le hubiera llamado la atención de forma negativa en alguna de sus visitas? No sé, habló de algo o alguien que no le

gustara o que le hiciera desconfiar en algún sentido.

Se queda unos instantes pensando. Hace muchos años de todo aquello. Es muy complicado acceder al almacén de la memoria en el que debería haberse grabado esa información.

—Lo siento, no lo recuerdo —asegura, finalmente.

Me esperaba esa respuesta, pero eso no significa que no me decepcione igualmente.

Capítulo 29

Myrkur

Tal y como imaginábamos, a pesar de lo desorganizado que parece nuestro asesino, no hay tantos restos biológicos como quizá cabría esperar. No da la impresión de que tocara muchas cosas. Es más, tengo la sensación de que iba a tiro hecho: entrar, coger el cuchillo de la cocina, matarlos e irse. Casi resulta algo mecánico y, por ello también, desconcertante. Podríamos pensar que estamos ante un asesino a sueldo, pero atendiendo a la saña con la que apuñaló a las víctimas, esto no encaja. Si hubiera sido un crimen por encargo, habría sido más práctico y los habría liquidado de forma rápida.

Han cogido muestras también del pomo de la puerta de entrada pues, aunque dispusiera de la llave, es posible que tuviera que agarrarlo para poder abrir. Con una excepción. Si la cerradura iba suave, no necesitaría hacer palanca de ningún tipo. Con un simple giro de muñeca y un leve empujón, la puerta se abriría. No obstante, tal vez sí necesitó agarrarlo para cerrar una vez terminó dentro del piso. El hecho de que haya una huella palmar en el pasamanos de la escalera hace pensar que no llevaba guantes, por lo que sería esperable encontrar alguna huella más en el piso. Esto también refuerza la idea de la falta de planificación y de la impulsividad de nuestro homicida. Lo que pasa es que hay cosas que sigo sin poder comprender. ¿Por qué vino entonces si no había pensado matarles o, cuando menos, no lo tenía planeado previamente? ¿Quién demonios siente el impulso de asesinar de esta manera sin que medie una discusión o algo que motive esa reacción desproporcionada?

En cualquier caso, puede que no merezca la pena gastar tiempo y energía con esto, ya que han hallado un buen batiburrillo de marcas ahí, por lo que intuyo que no va a servirnos de mucho si no logramos averiguar a quién pertenece esa huella de la palma de la mano. Sin ello, no tendremos muestra de comparación y las decenas de huellas que pueda haber por el piso solo nos complicarán la investigación.

Las víctimas no presentan heridas defensivas en sus brazos. Tampoco se han encontrado trazas bajo las uñas, salvo en el caso de la mujer, ya que en las de ella hay unas minúsculas astillas de la madera y del barniz que la recubría. Eso nos da una medida de la fuerza que

tuvo que hacer para intentar escapar. También nos habla de su desesperación al saber que se acercaba su final y que este iba a ser doloroso.

La única esperanza que de momento nos queda es un pelo que los de la científica rescataron milagrosamente de la almohada sobre la que reposaba Jeff Branson. Es oscuro y tiene el folículo piloso intacto. Puede que ahí contemos con una buena baza.

Mientras esperamos más resultados del laboratorio, nos toca interrogar a personas que conocían a las víctimas. Además, tenemos que investigar su situación económica y los posibles enemigos que tuvieran.

Me suena el teléfono. Miro el identificador de llamada y el número no está entre mis contactos. Dudo un instante si contestar. Finalmente lo hago.

—Dígame —respondo con ciertas reservas.

—Myrkur, hola, soy Leonard. Nos conocimos ayer en el escenario del crimen. Espero que me recuerdes.

Sí, claro que lo hago.

Lo recuerdo a la perfección.

—Por supuesto. El forense.

—Exacto. Quedé en avisarte para la autopsia, pero no ha sido posible localizarte hasta ahora. No es fácil conseguir tu teléfono, ¿sabes? —me comenta, dejándome desconcertada. Demuestra un interés inusual en contactar conmigo.

No sé qué decir. Mis habilidades sociales no son las mejores en el momento actual. Seguro que cualquier otra persona habría hecho un comentario ingenioso.

Pero yo soy Myrkur, la oscura.

—¿Quieres pasarte por la sala y te explico el informe que he elaborado? —continúa ante mi falta de respuesta.

—Sí, claro. Se lo digo a mi compañero y vamos.

—Bueno, preferiría que vinieras tú sola, pero si tiene que acompañarte Patrick, supongo que lo podré soportar.

Me deja con la boca abierta.

No se corta ni un pelo, la verdad.

—¡Es broma! Que ya veo que te has quedado muy callada. Venid los dos cuando queráis.

Capítulo 30
Crimen

Sigue en *shock*. El impacto al ver la noticia en el periódico ha sido demasiado fuerte. Les conoce. Se trata de Jeff y Francesca Branson. No entiende cómo alguien ha podido hacerles daño. No tiene sentido, sobre todo porque la prensa dice que la policía no considera que el motivo haya sido el robo. Eso lo explicaría, en cierta medida, puesto que era un matrimonio adinerado. Hay muchas cosas en su piso que podrían quererse llevar los amigos de lo ajeno.

Sin embargo, es incapaz de encontrar otro motivo. Eran personas muy agradables. A pesar de todo el dinero que poseían, no eran presuntuosos ni tampoco hacían ostentación de sus posesiones. Se comportaban como dos personas completamente normales, las cuales habían trabajado duro para llegar alto. Nadie se lo había regalado. El éxito era todo mérito suyo.

Por otro lado, eran un matrimonio generoso que colaboraba en múltiples causas sociales y que financiaba proyectos para ayudar a los más desfavorecidos. Él lo sabe bien, puesto que fue gracias a ello por lo que les conoció.

Piensa en la última vez que les vio. No hacía tanto de ello. Estuvieron tomando un café y tuvieron una conversación agradable. Aquel día, le invitaron a cenar en su casa, pero rehusó la oferta porque estaba muy volcado con el proyecto en el que estaba trabajando. Jeff no tardó en hablarle de algunos de sus contactos de cuando todavía se encontraba en activo que, tal vez, podrían tener algún interés en apoyarle. Había cumplido con su palabra y, aunque finalmente no cuadró, sí le había abierto otras posibilidades.

Vincent les estaba muy agradecido. No era la primera vez que le ayudaban. Su historia en común era larga. Venía de mucho tiempo atrás, de cuando su vida no iba tan bien como en el presente. Le habían tratado igual que si fuera de la familia. Casi lo consideraban como tal, en especial teniendo en cuenta la clase de persona que era su hijo biológico. No se parecía en nada a sus hermanas. Era un ser mezquino y egoísta que solo tenía interés en el dinero de sus padres. Sabía perfectamente lo mal que se había portado con ellos. Él le

conocía personalmente y había probado en sus propias carnes la crueldad de la que era capaz. Si a esas alturas no residía en la cárcel era gracias a la intervención de su progenitor. Ni siquiera eso le había agradecido.

De pronto, piensa en que tal vez su hijo tuviera algo que ver. Sabe que Jeff Branson le cortó el grifo en distintas ocasiones porque se dedicaba a cosas nada recomendables. Incluso albergaban sus sospechas en relación con algún asunto bastante feo que no lograron demostrar.

¿Y si él les había matado?

Kendal es lo suficientemente violento para ser capaz de algo así.

Nunca reflejó ni el menor afecto por sus padres.

Jamás se preocupó por ellos.

No era en absoluto descabellado considerar que los viera como un estorbo para acceder a su fortuna y los hubiera quitado de en medio para poder hacerse con su parte de la herencia. Quizá Jeff Branson le hubiera amenazado con desheredarlo y él había decidido anticiparse.

—¡Dios mío! Tengo que hablar con la policía —exclama, pensando en voz alta, sin darse cuenta de que todavía se encuentra en el metro rodeado de gente.

Sus compañeros de asiento le miran con desconfianza.

No quiere creerlo, pero tampoco puede descartarlo.

¿Y si Kendal es el responsable?

Tiene que hacer algo al respecto.

Capítulo 31

Myrkur

Antes de que salgamos de la comisaría, entra una noticia sorprendente. Han localizado la posible arma del crimen. Según parece, cuando han acudido los del servicio de limpieza del piso, el agente que les ha acompañado para custodiar la vivienda mientras hacían su trabajo ha detectado algo brillante en el hueco del ascensor. Ha podido verlo gracias a que el elevador no se encuentra dentro de un orificio ciego, sino que está rodeado por una rejilla a través de la cual se puede observar el fondo.

Cuando se ha agachado a mirar con más detenimiento, se ha percatado de que podía ser el arma del crimen, puesto que la hoja estaba cubierta de sangre. Ha sido necesario avisar a la compañía responsable del mantenimiento del ascensor para poder acceder al fondo y sacarlo. Ya está en manos de los del laboratorio.

Esta sin duda puede ser una prueba decisiva. Si están las huellas en el mango y estas se hallan en el sistema, lo tendremos.

Acudimos Patrick y yo a ver al forense para que nos cuente qué ha encontrado. Teníamos previsto empezar a interrogar a algunas de las personas del entorno cercano de las víctimas y a los vecinos, pero tendremos que dejarlo para otro momento.

Mi compañero sigue más callado de lo normal. Mi cabeza es como un ovillo de lana, tan enredado que no sabes dónde encontrar el primer hilo del que tirar. Igual debí hacerle caso y hablar de lo que pasó anoche cuando me lo dijo. Ahora ya es tarde para ello y no sirve de nada lamentarse.

Al entrar en la sala de autopsias, Leonard me sonríe. No son imaginaciones mías. Siento que incluso me ruborizo un poco. No le conozco apenas, pero no puedo evitar un cosquilleo cuando le veo. Quizá sea una buena forma de quitarme a Patrick de la cabeza al fin y al cabo.

—Bienvenidos, detectives —nos dice el forense.

Me apresuro a sacarle de su error.

—Yo no soy detective. Soy solo agente de policía.

—De momento. No dudo de que tengas un futuro prometedor. Tienes pinta de ser una chica muy inteligente, Myrkur.

—¿Te importa si empezamos ya, Leonard? Tenemos bastantes cosas que hacer —le reprende de forma cortante mi compañero.

—Por supuesto. Ningún inconveniente. Aunque solías ser más charlatán antes, Patrick. Me parece que hoy no estás de buen humor.

—Leonard, no estamos para bromas. Comienza ya, por favor —dice muy serio. Es cierto que no es lo habitual en él. Suele mostrarse más amable.

—Está bien, está bien —responde, levantando las manos enfundadas en los guantes de látex—. No hay sorpresas en cuanto a la causa de la muerte. Tal y como ya os anticipé en la escena del crimen, ambos fallecieron debido a una hemorragia masiva. En el caso del hombre, es evidente que fue a causa del corte del cuello, ya que le seccionó totalmente la yugular. Murió en pocos segundos. En el caso de la mujer, hubo ensañamiento. Tiene puñaladas por todo el cuerpo. Un total de cincuenta y tres. No tuvo oportunidad de defenderse, puesto que no hay heridas que así lo indiquen.

—Sin embargo, Jeff Branson también fue apuñalado en reiteradas ocasiones —le digo, para intentar corroborar en realidad lo que ya nos adelantó en el escenario.

—Todas son *post mortem*. En su caso, he contado veintidós cuchilladas.

—Lo que nos dice que estaba enrabietado —añade Patrick.

—Es un crimen claramente pasional e impulsivo —corroboro.

—He hecho un molde de ellas para que el laboratorio pueda hacer las comparaciones oportunas y así encontrar el arma que se usó en el homicidio.

—Sospechamos que es un cuchillo que falta en la tacoma que vimos en la encimera de la cocina —le explica mi compañero.

—Me cuadra. Las marcas dejadas por el arma empleada para acuchillarles tienen un perfil dentado.

—Sobre la hora de la muerte, ¿tenemos ya claro cuál fue?—le pregunta Patrick.

—Sí —responde Leonard, mientras consulta en la tablilla los datos, supongo que para asegurarse y no equivocarse con la de otra autopsia —. Según los análisis realizados, el margen se sitúa entre las cuatro y las cinco de la madrugada.

Desde luego, se puede decir que es una autopsia en la que no hay demasiadas sorpresas. En realidad, creo que podíamos haber leído estos datos en el informe y no habría sido necesario venir hasta aquí. No hay motivo para hacernos perder el tiempo con esto.

Y justo en el instante en el que estoy pensándolo, Patrick hace un comentario similar.

—La verdad, Leonard, es que podías habernos enviado el informe sin más. No veo la necesidad de que viniésemos hasta aquí. No nos has

contado nada nuevo que no supiéramos ya en el escenario del crimen, salvo lo del número de puñaladas.

Posiblemente esté en lo cierto, pero la verdad es que su tono hoy suena demasiado tosco comparado con el habitual en él. Puede que en realidad Leonard tuviera sus razones para hacernos venir. Además, Patrick me ha repetido en muchas ocasiones que, siempre que sea posible, es conveniente hablar con el forense en persona para aclarar cualquier duda que pueda surgir al leer el informe.

Supongo que está siendo un día duro para los dos. No resulta fácil trabajar como si no pasara nada cuando hay asuntos pendientes.

—Bueno, puede que tengas razón —le ratifica Leonard—. No obstante, tenía buenos motivos para pediros que acudieseis. El primero es porque tú siempre muestras interés por presenciarlas, aunque esta vez no ha sido posible y te aseguro que lamento que sea así. De cualquier manera, me sorprende esta nueva actitud por tu parte, la verdad —dice el forense, con cara de extrañeza.

Patrick no contesta. Se queda mirándole casi impasible.

—¿Y qué otros motivos tenías? —le pregunta ahora.

—Hay algo que quería que vierais.

Capítulo 32

Aron

Le he hecho algunas preguntas rutinarias más, intentando que recordase algo que le llamase la atención de aquella época. Sé que es complicado cuando ha transcurrido tanto tiempo. Sin embargo, también es cierto que algunos recuerdos se fijan con mayor intensidad después de un hecho traumático. Por ello, he insistido mucho en ciertos temas, hasta que me ha dicho algo que me ha dejado un tanto descolocado.

—Tengo la sensación de que no estoy ayudando mucho —me comenta con frustración.

Razón no le falta, puesto que en más de un momento he pensado que estaba siendo una pérdida de tiempo. Me estoy jugando mucho con esto. NorNor me ha dado cierto cuartelillo porque le he asegurado que estaba a punto de lograr evidencias irrefutables que nos conducirían directamente hacia nuestro asesino.

Ha sido un farol.

Obviamente.

No estoy mucho más cerca que hace unos meses, a pesar de que creo que Edward Scott tiene información relevante que todavía no me ha ofrecido y que sé que tendré que forzarle para que me la dé. Quizá tenga miedo de Frederick Cranston, de las posibles consecuencias que pueda tener si se entera de que ha compartido algo que no debería. No obstante, está en la cárcel. Tendría que saber que las probabilidades de que se llegue a sus oídos son remotas y que, además, no creo que pueda hacerle daño desde allí.

—Señora Peters, ha pasado mucho tiempo desde entonces. Le estoy pidiendo demasiado. Es entendible —le digo mostrándome comprensivo. Hago un esfuerzo considerable. Me doy cuenta de que, con los años, cada vez soy más impaciente para algunas cosas y menos tolerante con la estupidez humana. No es que sea el caso de esta mujer, pero empiezo a cansarme y no puedo evitar experimentar una irritación creciente.

En ese instante, su gesto ha cambiado. Es evidente que algo ha acudido a su memoria. Espero que realmente merezca la pena.

—¡Hubo algo, ahora lo recuerdo! —dice, con cara de sorpresa—. No entiendo por qué motivo no me ha venido antes a la cabeza. Igual no es nada, pero bueno.

Me está crispando los nervios. ¿No puede decirlo sin más? No es necesario tanto rodeo. Llevamos más de media hora de conversación que no nos ha conducido a ningún sitio. Si ha recordado algo relevante, ¿por qué diablos no lo suelta sin más?

—Hasta que no me lo cuente, no lo sabremos —respondo con tono suave, haciendo la mejor interpretación teatral de mi vida.

—Tuvo un conflicto con alguien de la promotora.

—¿Qué tipo de problema? —le pregunto para asegurarme primero de que no fue algo insulso que no va a ninguna parte. Solo me faltaba que me cuente un chascarrillo intrascendente y más propio de un cotilleo de sobremesa.

—Algo con el pago de la reserva. Mi hermana estaba muy ilusionada con comprarse esa casa. Según todo lo proyectado, parecía que iba a convertirse en una zona muy atractiva con muchos servicios.

—¿Y qué sucedió?

—Después de dar la señal, le dijeron que la vivienda había subido de precio. Discutió con la comercial que se la vendió. Estaba segura de que habían modificado las cantidades. La presionaron mucho para dar la señal. Juraría que le aseguraron que era la última que les quedaba o algo así. Si no se daba prisa, se quedaría sin ella. Así que hizo el pago de forma poco regular, puesto que lo normal es tener el contrato por escrito con las cantidades. Pero no fue así. Después de hacer la transferencia, se encontró con aquello y le dijeron que no iban a devolvérselo. Le dije que había cometido una estupidez por acceder a algo tan irregular y discutimos por eso.

—¿Y ella qué hizo? —le pregunto, obviando el tema de la trifulca con su hermana.

—Amenazó con denunciarles, evidentemente.

—¿Llegó a hacerlo?

—No, porque justo después desapareció.

—Entonces, debo comprender que solo habló con aquella comercial, ¿lo he entendido bien? —Intento asegurarme. Si es así, tendré que revisar el listado de empleados y hablar con ella. No obstante, tengo el presentimiento de que, si hubo algún conflicto y ella llegaba a intuir que la habían eliminado del mapa, lo más posible es que se la hubieran cargado también. Lo digo en plural por no cerrarme a una sola opción, tal y como estoy seguro de que sucede en verdad.

—En realidad no —contesta, sorprendiéndome con su respuesta—. Vino a contarme lo que le había dicho esa mujer y que la había emplazado a presentarse a hablar con su jefe ese mismo día por la tarde a última hora para intentar llegar a un acuerdo. Yo tenía claro

que no iba a servir de nada, porque cuando tomaba una decisión, era muy complicado hacerla cambiar de opinión.

—Entonces, ¿fue a verle?

—Sí, exactamente.

Vale. Esto sí puede ser determinante. Quizá después de amenazar con interponer una denuncia, se citase con Cranston, que es lo mismo que decir que has quedado con un lobo hambriento en su guarida. No tenía ni la menor opción de salir viva de aquello.

—¿Recuerda el nombre de la persona con quien iba a hablar?

—Lo siento, eso sí que no.

—¿Le suena Frederick Cranston?

Se queda unos segundos pensando, intentando recordar.

—No, me temo que no. Buscamos información del tipo en internet, eso sí que lo recuerdo. Además, estuvimos bromeando porque, cuando le localizamos, salían algunas imágenes y era un hombre muy atractivo, así que le comenté que a lo mejor al final se sacaba un descuento y una cita. Solo tratábamos de rebajar la tensión después de nuestra pelea.

Frederick Cranston era un tipo atractivo.

Podía ser perfectamente él.

—¿Y recuerda si era un hombre rubio? —intento hacerla rememorar. Sé que no he formulado la pregunta de forma correcta, ya que la estoy induciendo a que piense en un tipo con el pelo de ese tono para corroborar mi teoría. De todos modos, no da resultado.

—No, eso seguro que no. A mi hermana no le iban los rubios. Era moreno, con el pelo negro y unos ojos oscuros. Aunque tampoco lo puedo asegurar.

Pelo negro y ojos oscuros no suena para nada a Cranston, pero sí a alguien que conozco.

Capítulo 33

Myrkur

No esperábamos ver aquello. Sin duda, era pertinente acudir a ver el cuerpo tras la autopsia y hablar con el forense. Leonard tenía un motivo para hacernos venir, eso acaba de quedar absolutamente claro y cristalino. El otro día, supongo que debido a la cantidad de sangre que cubría a Jeff Branson y a que llevaba puesto el pijama, no nos dimos cuenta. En su abdomen está escrita la palabra “HELP” en mayúsculas.

El asesino lo hizo con las puñaladas.

De manera lenta.

Premeditada.

No es un corte continuo y superficial, como si hubiera pasado por la piel con el filo del cuchillo, sino que cada elemento constituyente de cada letra se ha realizado de forma profunda.

No lo entiendo.

Esto me descuadra totalmente.

Un poco más, si cabe.

Estamos ante un asesino pasional e impulsivo que, en apariencia, demuestra saña y ansia de venganza por algún motivo. Por tanto, es un hombre despiadado. Y sí, sin lugar a dudas, debe ser un hombre por el tipo de crimen tan personal que es y por la fuerza que se necesita para llevarlo a cabo. Ese es el perfil psicológico que habíamos concluido. Incluso es posible que presente algún tipo de desequilibrio, como mínimo, emocional, viendo el grado de violencia empleado.

Entonces, ¿qué pinta la palabra “HELP”?

¿A quién está pidiendo ayuda y para quién?

¿Para él?

¿Para sus víctimas?

¿Para alguien más?

¿Se arrepiente de lo que ha hecho?

No lo entiendo.

No soy capaz de introducirme en su mente y conocer su modo de actuar.

Empiezo a pensar que el responsable tal vez sufra un trastorno de identidad disociativo, lo que coloquialmente se conoce como

personalidad múltiple. Es la única alternativa que en este momento me parece que encaja mínimamente.

Debe ser alguien joven, entre veinticinco y treinta y cinco años según la estimación que habíamos hecho. Creo que, en este momento, es lo único que no debemos corregir de nuestro perfil.

Patrick está tan desconcertado como yo. No hace falta ser especialista en la interpretación del lenguaje corporal para verlo con claridad. En su expresión facial se lee con absoluta transparencia.

—Como podéis observar —señala Leonard—, dedicó tiempo a hacer los cortes. Además, tuvo que terminar agotado. Tantas puñaladas requieren de un enorme esfuerzo físico.

—No me esperaba algo así —es lo único que, por el momento, se atreve a decir mi compañero. Sospecho que está intentando encajar lo que acaba de mostrarnos el forense con todo lo demás. Más o menos como yo.

—Ahora seguro que ya entiendes por qué quería que os acercarais hasta aquí. Bueno, no solo por eso, también porque me gustaría invitar a esta preciosa joven a tomar algo —asegura sonriéndome.

—Eso está fuera de lugar, seguro que lo sabes —le reprende Patrick con gesto adusto.

—Supongo que sí, pero también es cierto que trabajar rodeado de gente que ya no verá otro amanecer, hace que me tome la vida menos en serio y trate de aprovecharla más. No veo qué hay de malo en ello —contesta, mientras se encoge de hombros.

—Mejor será que nos vayamos. Tenemos trabajo que hacer —dice ahora Patrick girándose hacia mí. Yo asiento con la cabeza. No sé cómo proceder.

—No me has contestado, Myrkur —insiste antes de que salga por la puerta.

Me ruborizo. No lo puedo evitar. Y mi maldita piel blanca se enrojece visiblemente, no hace falta que me mire al espejo para saberlo. Es un hecho. Leonard se sonríe al ver el efecto que ha provocado en mí.

—Hablamos en otro momento —respondo escueta.

Capítulo 34
Sueños

Se despierta antes de la hora. Nada más abrir los ojos sabe que algo no va bien. Le duele todo el cuerpo. Es una sensación horrible. Casi le parece que son agujetas. No tiene mucho sentido. No hizo ninguna actividad física exigente el día anterior. Ni siquiera tuvo tiempo de pasar por el gimnasio. Tenía que retocar algunos aspectos del proyecto que habían sugerido los inversores. Estuvo trabajando hasta tarde. Era su forma de intentar subsanar la cagada anterior.

Por fortuna, querían seguir adelante, a pesar de su lamentable actuación del otro día. Toca dar el callo y demostrarles que es una buena apuesta y que su dinero está seguro con ellos. No se pueden permitir que se arrepientan. Si pierden esta oportunidad, no saben cuándo llegará la siguiente. Esas cosas siempre te persiguen. Si la cagas, acaba enterándose todo el mundo.

Se intenta incorporar y un pinchazo lacerante le sorprende en el costado. Hace que se doble de dolor. Contrae el rostro en una mueca. Aprieta muy fuerte los ojos, tanto que acaba viendo destellos. Le corta hasta la respiración. Es una sensación horrorosa.

Aguda.

Intensa.

Violenta.

Paralizante.

No lo comprende. Cuando se fue a acostar, se sentía bien. Mejor que bien, de hecho, pues estaba eufórico porque ese día todo pareció fluir. Espera unos instantes en esa posición aguardando a que pase. En el momento en el que la sensación tan penetrante remite, se da cuenta de que no es lo único que experimenta. Es una sensación generalizada. Empieza a temer que esa noche haya vuelto a suceder algo fuera de lo normal, algo parecido a lo de unos días atrás.

Algo para lo que no va a poder encontrar explicación

Cierra los ojos y los aprieta fuerte otra vez. Ese gesto le duele, pero es lo único que se le ocurre. La única forma que ve de escapar, aunque sea unos instantes, de la realidad.

No quiere mirar.

No quiere ver otra vez sangre en sus manos.

No quiere abrirse a una realidad incomprensible.

Ha sido una noche agitada, poblada de sueños siniestros. Tiene la impresión de haber tenido breves despertares durante las horas que ha dormido. Desde luego, lo que resulta obvio es que no le ha servido para descansar. Siente su cuerpo como si fuera un saco de boxeo al que hubieran golpeado con rabia. Pero no es lo único. En el rostro también experimenta una sensación palpitante que le hace ponerse en lo peor. Pasa sus manos por él y no reconoce sus facciones. Las retira asustado. Esconde su cabeza entre ellas.

No puede quedarse eternamente ahí parado.

Debe ser valiente y afrontar lo que sea.

Unos segundos después, decide levantarse. En realidad, no le queda otra. Se dirige hacia el lavabo. Una vez allí, se mira al espejo. No hay razón para no haberlo hecho en el del dormitorio, salvo la de retrasar un poco más lo inevitable.

No sale de su asombro.

Niega con la cabeza.

Se le escapan unas lágrimas y estas provocan escozor a su paso por la piel lastimada de su cara.

No quiere aceptar que eso que le está sucediendo sea real. Su mente no puede asumirlo sin más. Cuando ve su reflejo, se da cuenta de que así no puede acudir a la oficina.

¿Qué van a pensar de él?

Su aspecto es casi el de un ser deforme.

Se levanta la camiseta.

Tiene moratones por el cuerpo.

Tenía pensado acudir a la comisaría y hablarle a la policía del hijo de los Branson. En ese estado no puede hacerlo. En realidad, tal y como está, no puede salir de casa. Ni planteárselo siquiera. Al menos, hasta que baje mínimamente la inflamación.

Llamará a Lindsay. Necesita teletrabajar. Discutirán, lo sabe, puesto que están en los momentos decisivos y lo mejor sería que fuera a la oficina.

Simplemente, no puede hacerlo.

No así.

Tendrá que encargarse ella.

Capítulo 35

Myrkur

Salimos de la sala de autopsias y nos dirigimos al coche. Sin embargo, poco antes de llegar hasta él, se gira y se me queda mirando de frente. Parece que va a decir algo, pero se lo piensa mejor. Reemprende la marcha y, apenas un par de segundos después, se vuelve a girar.

—Ya sé que me has dicho que no quieres hablar, pero tenemos que hacerlo. No podemos actuar como si no hubiera pasado nada ayer —me dice casi de forma atropellada.

Algo ha cambiado. Patrick era el que insistía en que yo era muy joven para él y que entre nosotros no debía pasar nada. Era un convencionalismo moral que me pareció anticuado desde el principio. Una forma de pensar retrógrada y excesivamente puritana. Es más, lo interpreté como una excusa simple y banal. Sin embargo, parece que ahora que el forense muestra interés por mí, él también lo hace. Han desaparecido todos sus remilgos.

Siendo sincera: no entiendo una mierda.

—No sé qué quieres que te diga, Patrick. Me dejaste muy claro que entre nosotros no iba a pasar nada. Es más, te encargaste de repetírmelo hasta la saciedad. Luego me besaste en tu piso y otra vez nada. Me tuve que conformar, sin importar lo que sintiera en aquel instante. Ahora no sé qué esperar, sobre todo después que te fueses de mi casa anoche con cara de arrepentimiento, como si yo fuera un error. Supongo que, en el fondo, es lo que crees que soy.

Me mira. Su expresión ha cambiado. Ahora desvía la vista hacia el suelo. ¿Está avergonzado? Ni idea. No soy capaz de leer lo que piensa en este momento, a pesar de que creo que eso se me daba bastante bien con él hasta hace poco. Da la impresión de que está midiendo las palabras que quiere emplear.

—Myrkur, lo siento. Creo que siempre la cago contigo. No doy una a derechas.

—Vale, si vas a encadenar excusas, creo que es mejor que sigamos trabajando.

—No, no, no es eso —se apresura a decir—. Mykur, yo… —Hace una nueva pausa. Si es para dar suspense a la escena, lo está consiguiendo—. Me gustas, de verdad. No solo es que te aprecie como

compañera, es algo más. Pero también pienso que esto no está bien. Tú eres apenas una cría y yo no me siento cómodo… Es decir, casi me parece inmoral.

—Me resulta increíble que seas tan remilgado. Sobre todo porque, desde luego, anoche no daba esa sensación cuando no dudaste en follarme encima de la mesa.

Juraría que se ha ruborizado. Su piel es morena y casi no se distingue, pero estoy bastante segura de haberle visto enrojecer levemente ante mi arranque de claridad explicativa. A las cosas es mejor llamarlas por su nombre.

—Perdí el control. Lo siento.

—Bueno, pues ya está. Si esta conversación que tantas ganas tenías de que mantuviéramos era para reafirmarte en la idea de que me rechazabas al final, nos la podíamos estar ahorrando. Eso ya lo sabía.

—No te estoy rechazando, Myrkur. Ni mucho menos. Estoy hecho un lío, esa es la verdad. Esto es muy complicado… Me atraes y me gustas más de lo que me atrevo a reconocerme a mí mismo, pero hay demasiados contras en esta relación.

—¿Como cuáles?

—Estoy seguro de que tú también los ves.

—No, no los veo. Por eso te lo pregunto. Y no me digas la edad, por favor, que no estoy en el parvulario. Soy adulta, te lo recuerdo.

Empiezo a cabrearme con este tema. Tengo edad para ser policía y llevar un arma, pero no puedo tener sexo con quien me apetezca. Es surrealista, la verdad.

—Somos compañeros. Hay un conflicto de intereses. Si se enteran en la comisaría, lo primero que van a hacer es trasladarnos a uno de los dos.

Uno de los dos es sinónimo de que me trasladarán a mí.

¡Genial! Esto no hace más que mejorar.

—Entiendo —respondo de forma escueta.

—No quiero perderte como compañera. Me gusta trabajar contigo. Me gusta trabajar con alguien que es transparente y que no me va a apuñalar por detrás. Estoy seguro de que, si alguna vez algo va mal, eres de las que se te ve venir de frente.

—Ni lo dudes.

Sonríe. Es una sonrisa breve, casi efímera.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

—He visto como os miráis Leonard y tú. Es evidente que le gustas, pero él también a ti.

¿Qué respondo a eso? ¿Me gusta? Sí, por supuesto. Es muy atractivo e interesante. Aunque la realidad, triste o no, es que por Patrick siento

algo más. ¿Cuál es la decisión correcta?

No quiero que me separen de él.

No quiero que me trasladen.

No quiero tener que pasar por el calvario de acomodarme a otra persona que me deteste.

Pero tampoco quiero depender de su aprobación.

Capítulo 36

Aron

Me ha desconcertado completamente que la hermana de Victoria Hartfield dijera que esta iba a verse con un hombre moreno antes de que desapareciera. Edward Scott es moreno y con ojos oscuros. Tal vez sea casualidad o, por qué no, deba considerar que él también está implicado de forma directa en este feo asunto.

Es una opción que no me conviene descartar de primeras. Quizá que no me cuadre pero, a veces, los hechos nos sorprenden. Otra alternativa puede ser que, al final, cuando acudiese a esa cita, se encontrara en realidad con una persona diferente.

Es decir, con Cranston.

Si fue así, se topó con un monstruo sin precedentes, puesto que no creo que ni siquiera le diera tiempo a abrir la boca. Si el engaño era evidente, no le interesaría que se destapara y que le investigaran por fraude. Eso le pondría en el punto de mira de la policía, aunque fuera por un asunto muy diferente a sus habituales crímenes de sangre.

Sin embargo, esto no me cuadra con el Devorador de Corazones. Si algo demostró durante años es que era un tipo sumamente inteligente. Era una jugada demasiado burda inflar el precio de una vivienda después de haber recibido el dinero de la reserva. Casi parece algo hecho por un principiante.

Tendré que seguir estudiando esto, pero debo avanzar con otras cosas también. Hoy me dirijo a Salem a hablar con Karen Cranston. Por supuesto, no le he avisado, pues estoy convencido de que no sería bienvenido. Ni siquiera me recibiría. Debo pillarla por sorpresa y con la guardia baja.

No tardo demasiado en llegar. He averiguado dónde trabaja, solo tengo que ser paciente y esperar a que salga a tomarse un café. Si no es así, tendré que alargar mi jornada y quedarme hasta que finalice la suya. Voy a tener el detalle de no entrar y hacerle pasar un mal trago delante de sus compañeros. Tal vez se muestre agradecida ante mi consideración.

Al final, he tenido que esperar más de una hora. Comenzaba a impacientarme, a pesar de que no es ni de lejos la vigilancia más larga

que he realizado a lo largo de mi carrera. Es solo fruto de mi ansia desmedida por concluir este caso.

Por fin llega el momento. La veo salir. Va sola. Mejor para mí. No sé si será lo habitual. De cualquier manera, se va a ahorrar el bochorno de que un poli quiera hablar con ella delante de otros. Se pone sus gafas de sol. Camina como si el mundo le debiera algo. Quizá solo sea mi percepción y la aversión que siento por una mujer que ha sido capaz de compartir su vida con un hombre desalmado y cruel.

Aguardaré a que entre en alguna cafetería y la abordaré cuando esté acomodada y ya tenga su café entre las manos. Solo espero que no se queme por efecto de la sorpresa.

Salgo del coche cuando ya tengo claro hacia dónde se dirige. El aire acondicionado ha logrado que no me achicharre dentro, puesto que está siendo un día de mucho calor. La sensación en realidad es de bochorno, porque el cielo continúa cubierto de nubes. La sigo a una distancia prudencial. Es difícil que se percate de que lo hago. Accedo al interior del mismo local en el que acaba de entrar. Cuando se sienta en una mesa, me acerco hasta ella.

—Buenos días, Karen —le digo despreocupado, para intentar no ponerla en alerta desde el principio.

Me mira de arriba abajo.

Es desconfiada.

Ni siquiera contesta.

Su gesto es duro.

—¿No me recuerdas? —pregunto poniendo cara de inocente. No soy buen actor, así que no será fácil que pase por el aro.

—No le recuerdo, porque no le conozco.

Vale, no voy a intentar engañarla de manera tan burda. No es idiota, eso ya lo sabía. El idiota he sido yo por usar una estratagema tan simple. Un necio, eso es lo que soy.

—Soy el detective Aron Rubicon —me anticipo a decir, antes de que pretenda levantarse y se me escape. Se acabaron los juegos. Llega la hora de la verdad—. Me gustaría hablar con usted.

—No, lo siento. Estoy ocupada. Y no creo que tenga nada que decirle.

Decir que está ocupada cuando lo único que va a hacer ahora es tomarse un capuchino, es una forma de mentir a la cara sin que te importe una mierda que el otro sea plenamente consciente de que lo estás haciendo.

—Es en relación con su marido.

—Exmarido —precisa.

—Es verdad, exmarido —sonrío como un fariseo—. Sin embargo, sigue manteniendo su apellido de casada. Resulta curioso, ¿no le parece?

—No veo por qué. Es un apellido con mucha personalidad.

Vuelvo a sonreír, esta vez de forma ladina. Menuda pájara está hecha.

—Karen, no creo que debamos perder el tiempo con esto. Tengo constancia de que le ha visitado en la cárcel no hace mucho.

—Seguimos teniendo una hija en común. No veo qué tiene de malo ponerle al día de cómo le va la vida mientras él sigue encerrado.

Capítulo 37
Myrkur

No hay una respuesta correcta. Lo único que tengo seguro por ahora es que seguimos siendo compañeros. No sé por qué me da que no tenemos futuro como pareja, por mucho que me guste. Por mucho que, aunque me cueste hacerlo, deba reconocer que en cierto sentido estoy enamorada de él.

La vida es una mierda.

Como decía King en *El Cazador de Sueños*, MMDD (Misma Mierda, Diferente Día).

Al final, casi siempre llego a la misma conclusión. Si es lo que pienso con poco más de veinte años, me temo que me espera una vejez de vértigo, amargada desde que me despierte hasta que me acueste.

—Me gusta Leonard, eso es cierto. Pero… —ahora soy yo la que me quedo sin palabras, pues no se me ocurre qué más puedo añadir—. No sé qué decirte, Patrick. Supongo que quiero estar contigo, pero tampoco estoy dispuesta a perderte como compañero.

¿Cómo decirle que quiero el pack completo?

Ha dejado claro que eso no es posible.

Lo que me sorprende —pero no le confieso— es que él siquiera se plantee algo conmigo. No es eso lo que sostenía no hace tanto tiempo. No termino de entender este cambio de parecer. Por otro lado, con él nunca me acabo de fiar del todo. No quiero pensar que sea algún tipo de estrategia, porque sería caer demasiado bajo jugar así con mis sentimientos.

—Estamos en un buen lío, ¿no te parece? —dice con cierto tono de humor. Sin embargo, su gesto no acompaña a lo que pretende ser una broma. Está serio. Incluso parece alicaído.

—Sí, eso parece —le sonrío. En ese instante, me viene una intuición a la cabeza—. Me da que hay otro motivo que no me dices que te retrae de lo que pueda suceder entre nosotros.

Él clava sus ojos en mí. Me mira de manera diferente a como lo ha hecho hace tan solo unos segundos. Da la impresión de que le cuesta un mundo decirlo, como si fuera a relatar algo inconfesable.

Me intriga y me preocupa a partes iguales.

—Tu padre, Myrkur. Ese es mi otro motivo.

Me quedo con la boca abierta. Tal y como me pasa con relativa frecuencia, mi mente parece emprender una carrera desbocada por un montón de ideas locas. “Tu padre” puede referirse a que le tiene miedo, a que le desagrada estar con la hija de un hombre despiadado, a que teme que yo lleve sus genes y pueda asesinarle algún día, o que crea que podemos tener hijos en un futuro y estos heredar la psicopatía de su abuelo.

Sí, voy a la deriva.

Soy consciente de ello.

Estoy a punto de preguntarle algo, pero no lo hago porque suena una llamada en su teléfono.

Capítulo 38
Pánico

No puede casi ni sostener el teléfono para llamar a su socia. Tiene los nervios desencajados. La sensación de que está a punto de sufrir un ataque de pánico se va acrecentando. Solo tiene que mirarse las manos para ser plenamente consciente de que está metido en un lío de los gordos.

—¿Qué pasa, Vincent? —pregunta al descolgar. Se debe extrañar de que la llame. Se supone que van a verse en unos minutos en el trabajo.

—Lindsay, no puedo ir —dice con voz temblorosa—. No puedo ir a trabajar. No puedo… —le falta poco para empezar a llorar. La desesperación se trasluce con claridad en su voz.

Pero Lindsay es inmune a ella.

Tiene otras preocupaciones en mente.

—No me fastidies, Vincent. No puedes hacer esto. No en este momento. Entiendo que tenemos mucha presión, puede que tú más que yo, pero no puedes dejarme en la estacada justo ahora.

—No voy a hacerlo. Trabajaré desde casa. Es que te juro que no puedo salir hoy de aquí. No creo que pueda hacerlo en los próximos días, si te soy totalmente sincero. No me encuentro bien. Nada bien. Debes creerme—. La forma de hablar supone un claro indicativo de que algo le está sucediendo. Solo hay que prestar un mínimo de atención para percatarse de que está en un auténtico infierno.

Lindsay parece esperar unos segundos, como si necesitara tiempo para procesar la información o, quizá, para preparar lo siguiente que va a decir. No sale de su asombro. Sabe que hay gente que no es capaz de gestionar la presión, pero Vincent nunca le había parecido de esos. Siempre tuvo la impresión de que era un hombre seguro de sí mismo. Sin embargo, también conoció sus puntos débiles después de atravesar un bache personal del que le costó salir. Ahí se le cayó la venda de los ojos.

Vincent analiza los silencios después de su última frase.

Está convencido de que su socia está cabreada.

No la culpa.

Esto constituye un auténtico revés en sus planes.

—¿Estás tomando drogas, Vincent? Puedes decírmelo, ¿vale? —le dice, sorprendiéndole con esa pregunta—. Ya hemos pasado por esto y puedo ayudarte. Ya lo hice la última vez.

Lo recuerda. Fue hace mucho tiempo ya. Una mala racha a nivel personal. Vincent, que no posee sólidos mimbres emocionales aunque trate de demostrar lo contrario, buscó la vía rápida para superarlo. Acabó en un centro de desintoxicación.

—¡No, te lo prometo! No me estoy metiendo nada, de verdad —responde con contundencia.

Casi puede oírla dudar al otro lado de la línea.

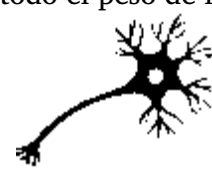
—No hace falta que te diga que este es el peor momento para ponerse enfermo.

—¿Qué te crees, que no lo sé? Esto no lo hago adrede. Si no me encontrase tan mal, acudiría. Pero hoy me es imposible.

Discuten todavía unos minutos más. Lindsay puede ser muy persuasiva y casi logra convencerle. Pero no lo consigue. Solo tiene que mirarse las manos para darse cuenta de que asustaría a todos los que le vieran. Nada en comparación con cómo le ha quedado el rostro. No hay ninguna explicación que pueda ofrecer si alguien le preguntara. Ni siquiera la tiene para sí mismo.

Cuando cuelga se siente vacío. Siente que no tiene a nadie a quien acudir. Cuenta con amigos —bastantes de hecho—, pero ninguno con la suficiente confianza para contarle sus preocupaciones. Podría hablar con su expareja. A pesar de la ruptura, siguen llevándose bien. Pero, ¿qué iba a decirle? ¿Con qué excusa le pediría que fuera?

En ese momento, siente todo el peso de la soledad.



Capítulo 39

Myrkur

Las hijas de las víctimas están por fin en comisaría. Han tardado más de lo esperado. Se supone que, después de una noticia como la del asesinato de sus progenitores, lo normal sería desplazarse de manera inmediata hasta Boston. Pero no ha sido así. Parece que esta familia oculta más de un esqueleto en el armario.

Esta era la razón de la llamada que ha recibido Patrick. El otro tema que estábamos tratando queda zanjado por el momento, aunque zanjar no parece la palabra oportuna cuando todo permanece en el aire.

No sé qué va a pasar.

No sé qué debo esperar.

No tengo ni la menor idea.

Nos dirigimos hacia allí. Es una prioridad hablar con ellas. Tal vez nos puedan decir si tenían constancia de que sus padres tuvieran enemigos o alguien que deseara hacerles daño. Además, podrán confirmarnos si el intruso se llevó algo. Si fuera así, puede que sí tengamos que considerar el robo como un posible motivo. No obstante, lo dudo y mucho. Tiene pinta de ser otra cosa. Algo mucho más personal.

—No me has contado qué sentiste el otro día en la cárcel al ver a tu padre por primera vez desde hacía tanto tiempo, Myrkur —suelta de pronto mi compañero.

Me pilla por sorpresa. No es tan habitual que Patrick se interese por mis sentimientos y hoy van dos veces en tan solo un rato. Si no fuera porque tengo claro que es un hombre, pensaría que está con la regla y por eso se encuentra más sensible de lo habitual.

¿Qué respondo a eso? Ni yo misma lo sé. Dentro de mí últimamente hay un batiburrillo de sentimientos que se superponen unos sobre otros. Se me amontonan sin que me dé tiempo a etiquetarlos, clasificarlos y ponerlos en orden. Estaba acostumbrada a que no hubiera mucho con lo que emocionarse y ahora, de repente, se me vienen encima en avalancha.

No he terminado de procesar mi respuesta, cuando vuelve a hablar.

—Si no quieres contármelo, lo entenderé —concluye, mirándome un

segundo para no perder de vista la carretera.

—No fue fácil. Creo que todavía no sé bien qué sentí. No hay una respuesta simple para esto, Patrick.

No miento. No la hay. Sigo sin tenerlo claro. Sentí multitud de contradicciones al mismo tiempo. Ganas de abrazarle y de golpearle a la vez. Amor y odio. Un deseo profundo de llorar por el padre que no había disfrutado y alegría por verle otra vez. Ni siquiera sé si en realidad le quiero o es solo el reflejo de los sentimientos de la niña que todavía habita en mí.

Tampoco le confieso otra cosa que tengo dentro. Estoy valorando algo muy loco. Estoy pensando en ir sola a visitar a mi padre a la cárcel. Puede que no me convenga, pero necesito preguntarle por los asesinatos de la urbanización y escuchar su respuesta mientras me mira a los ojos. Aron nos mantiene a ciegas y yo no puedo vivir con esta incertidumbre dentro de mí. Necesito saber si esconde algo más.

—Lo comprendo —me responde—. Tuvo que ser difícil.

Está intentando empatizar conmigo. No sé si se debe a esta nueva relación inclasificable que tenemos, a la necesidad de rellenar el silencio o a que le interesa de verdad. Bueno, tampoco me hace daño por ello.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Y yo, ¿qué?

—¿Qué sentiste?

Lo tengo claro.

Lo vi perfectamente en su rostro.

Quiero saber si se atreve a confesármelo.

No responde de manera inmediata.

Se toma unos segundos que llenan el coche de un ambiente cargado.

—Miedo. Mucho miedo.

Capítulo 40

Patrick

Está siendo una jornada intensa a nivel emocional. Más nos valdría centrarnos en el trabajo. Si no lo hacemos, puede que perdamos algún detalle del caso que nos impida cerrar la investigación debidamente. Ahora es el momento de averiguar qué información de interés pueden facilitarnos las hijas de las víctimas. Me intriga que sigamos sin saber nada del hijo menor, salvo su nombre, Kendal Branson.

Aparco muy cerca de la entrada. Deben haber tenido varios avisos, porque no es normal que esto esté tan despejado. Cuando entramos, me entero de que se ha cometido un crimen en una zona del extrarradio. Tiene sentido que hayan ido varios coches al escenario.

Enseguida nos indican dónde se encuentran las hijas de los Branson. Diría que la mayor ya ha cumplido los cincuenta y la otra estará por los mediados de los cuarenta. No me he detenido a comprobar esta información con anterioridad, puesto que no es un dato relevante para la investigación. Me sorprende la poca cercanía que se observa entre ellas, a pesar del suceso tan desgraciado que comparten. A pesar, también, de que parecen haberse puesto de acuerdo para llegar en la misma fecha.

—Buenos días, soy el detective Patrick Baker y esta es mi compañera, Myrkur Cranston. Sospecho que ustedes son las hijas de Jeff y Francesca Branson —les digo para presentarnos y romper el hielo. Sé perfectamente que son ellas.

Ambas se ponen en pie.

—Yo soy Charlotte Pierce y esta es mi hermana Jennifer Smith —dice la que sin duda es la mayor. Da la impresión de que lleva la voz cantante.

—Lamento conocerlas en estas circunstancias. Mi compañera y yo les damos el más sentido pésame —les digo en nombre de los dos. No merece la pena entretenernos más con estos actos protocolarios—. Nos gustaría entrevistarlas por separado, si no les importa.

No es debido a que sospechemos de ellas. Al menos de momento, puesto que no sería la primera vez que los hijos encargan el asesinato de los progenitores para poder cobrar la herencia. El motivo es que no

me gustaría que lo que sabe o recuerde cada una se contamine con lo que diga la otra.

Nos llevan más de dos horas ambos interrogatorios. No hemos sacado demasiado en claro. Han pasado por el piso acompañadas por un agente de policía y no han echado nada en falta. Todos los objetos de valor están donde recordaban. También han revisado las cajas fuertes. Hay más de una en la casa, según nos han contado. Tampoco faltan documentos importantes.

Jennifer asegura que su madre le dijo en alguna ocasión que su padre había recibido alguna amenaza, pero también era cierto que eso fue años atrás. Desde que se retiró, habían cesado.

Por lo demás, parecían llevar una vida tranquila. Ninguna de las dos les visitaba con frecuencia, aunque sí hablaban por teléfono con ellos de forma bastante habitual, según su criterio. Una vez a la semana no parece nada excesivo, desde luego. Charlotte, en cambio, hablaba con ellos cada tres o cuatro días. Les telefoneó justo el día antes de que fueran asesinados y no parecían ni nerviosos ni preocupados por nada en concreto. Les notó como siempre.

En cuanto les hemos preguntado por su hermano, ambas se han revuelto incómodas en el asiento. Resulta curiosa esa reacción tan similar en las dos, principalmente porque no estaban juntas cuando se lo hemos preguntado. Ninguna conoce su paradero. Sin embargo, están seguras de que sigue en Boston y a ninguna le extrañaría que este tuviera algo que ver con el asesinato de sus padres.

Me ha parecido estremecedor que lo tuvieran tan claro.

Antes de finalizar el interrogatorio de la hermana mayor, nos pasan un aviso. Myrkur sale a ver de qué se trata. No puedo evitar que la intriga me distraiga en cierta medida. Sin embargo, tampoco pasa nada porque se me vaya la cabeza a otro asunto, puesto que las hijas no nos han ofrecido información que nos permita avanzar de manera significativa en el caso.

Solo el dato del hermano ha hecho levantar algún tipo de alarma. Tenemos que dar con él e interrogarle. Encaja como sospechoso. Además, es importante que averigüemos la situación de sus finanzas y con qué tipo de gente se mueve en este momento. Al parecer, es ambicioso y el motivo económico podría sostenerse. Además, odiaba a sus padres, así que la violencia que vimos en el piso también encajaría con su perfil.

Me preguntan cuándo les harán entrega de los cuerpos de sus padres para poder darles sepultura y les informo de que será pronto, puesto que la autopsia ya ha finalizado. Una vez cerrado el informe del forense, no queda mucho más que hacer.

Me despido de ellas y busco a mi compañera. Me dicen que está hablando con los de la científica. Eso puede ser una buena señal. Tal

vez haya algún dato decisivo.

Me acerco hasta allí. Saludo y les pido que me pongan al día. Myrkur lo hace de forma contundente. Sin embargo, me cuesta creer lo que dice.

—No lo entiendo —digo exponiendo mi desconcierto.

—Yo tampoco, Patrick. Aunque es lo que hay. Han hecho varias pruebas y no han encontrado ni una sola huella en el mango del cuchillo.

—Pero tenía marcas de agarre. Debe haber huellas.

—Pues no las hay.

Capítulo 41

Myrkur

Yo tampoco soy capaz de salir de mi asombro. Encontrar el cuchillo había sido un golpe de suerte. Teníamos muchas esperanzas puestas en ese dato. Era de esperar que las huellas presentes en él nos condujeran hasta el asesino. Da la impresión que nada se soluciona de forma tan sencilla. A este puzle siguen faltándole piezas importantes que parece que no se quieren dejar encontrar.

Entonces, ante nuestro asombro, uno de los técnicos del laboratorio que nos ha escuchado se acerca a mi compañero y a mí.

—Yo tengo una explicación para eso —nos dice.

Me fijo en la chapa que lleva en la bata. Se apellida Smith. Es un chico bastante joven. Tiene pinta de empollón al más puro estilo del estereotipo que la mayoría llevamos en nuestra cabeza. Es increíble la cantidad de información basura que almacenamos en nuestro cerebro a lo largo de la vida.

—Son casos muy raros, pero existen —comienza a explicar, dejándonos todavía en ascuas—. Se trata de lo que se conoce como adermatoglifia congénita aislada. En realidad, es un defecto del desarrollo durante la embriogénesis. Es de origen genético y es bastante raro. No sabría deciros el porcentaje de prevalencia en la población, aunque deber ser ínfimo. —Intuyo que sí lo sabe pero le da vergüenza decirlo porque le haría quedar como un friki de manual—. Lo que lo caracteriza es la ausencia de crestas epidérmicas en las palmas y las plantas de los pies. Debido a que estas no existen, nos encontramos con que las personas que tienen este defecto muestran ausencia de huellas dactilares.

Termina su relato y se ajusta las gafas, reforzando así el prejuicio preexistente ya en mí. Su sonrisa de suficiencia no hace más que acrecentarlo. ¿Será alguien capaz de sobreponerse a sus ideas preconcebidas? A mí me resulta complejo, lo reconozco, aunque espero poder mejorar con los años.

Creo que no debería estar pensando en esto precisamente ahora. No es momento de filosofar cuando estamos en mitad de una investigación que implica un doble asesinato. No obstante, mi mente no siempre se deja controlar.

—No lo entiendo —asegura Patrick—. ¿Nos estás diciendo que este hombre no tiene huellas dactilares? —Es evidente que lo pregunta más por intentar asegurarse de que lo ha escuchado bien que porque no lo comprenda.

—Sí, sí. Eso exactamente.

Esto es un buen guantazo en toda la cara. Hemos pasado de tener la esperanza de poder atrapar a nuestro homicida gracias a una evidencia científica en, más o menos, un corto plazo de tiempo, a constatar que estamos igual que al principio. No tenemos absolutamente nada, salvo la sospecha de que el hijo pueda estar implicado en el asesinato de alguna manera.

No debería sorprenderme. Es algo que sucede de forma habitual. Sin embargo, siento cierta impaciencia por averiguar algo más de los asesinatos de la urbanización y ahora mismo nos falta tiempo. Me gustaría cerrar esta investigación con éxito para poder abordar la otra.

¿Qué demonios estará haciendo Aron?

¿Qué habrá averiguado para esconderlo con tanto sigilo?

No he tenido oportunidad de curiosear en sus cosas, por si entre ellas guardase algo que me pudiera interesar. Creo que mañana acudiré al trabajo mucho más pronto de lo habitual a ver si así encuentro la oportunidad que preciso.

Acto seguido, volvemos a la comisaría con la decepción pintada en la cara y, nada más entrar, nos comentan que han encontrado otro cadáver que está relacionado con nuestro caso.

No sé si alegrarme, puesto que tal vez un segundo asesinato traiga información fresca.

Esta es de las cosas que no puedo decir en voz alta.

Dudo que nadie entienda que me alegre porque haya fallecido otra persona, por muy bien que justifique los motivos que me llevan a tal afirmación.

Capítulo 42

ARon

Voy a entrevistarme con la antropóloga forense. Parece que tiene nuevos datos. Soy consciente de que es muy complicado reconstruir lo sucedido a estos cadáveres, pero también es cierto que es una ciencia que ha avanzado mucho en las últimas décadas.

La entrevista con Karen Cranston fue una pérdida de tiempo, si no fuera porque sirvió para reafirmarme en la intuición de que ella era conocedora de lo que hacía su pareja. En su momento, no insistieron en la posibilidad de que fuera incluso cómplice de su marido y puede que no fuera así, pero creo que si hubieran escarbado más, habrían averiguado hasta qué punto estaba al tanto de lo que hacía su esposo.

Es posible que uno de los motivos por los que no hurgaran más en ese tema fuera el hecho de que tenían una hija, mi "querida" Myrkur. Trabajé con Johnson en aquella época, el inspector al cargo del caso. Yo no llevaba demasiado tiempo en la policía de Boston y no quisieron escucharme. Era el novato aquí, a pesar de que ya tenía una larga trayectoria a mis espaldas.

Johnson era un blando y un paternalista. Decía que aquella cría ya tenía bastante con lo que le había tocado sufrir, como para arrebatarle también a su madre. Tampoco hizo nada cuando el Devorador de Corazones se permitió el lujo de ridiculizarme delante del resto durante su interrogatorio. No tenía opción de elegir, pero la verdad es que no me gustaba trabajar con él.

—Buenos días, Rose. Veo que el tiempo no pasa por ti —le digo de forma zalamera a la jefa de sección de antropología forense. Le falta poco para jubilarse, pero no miento. Esta mujer podría pasar perfectamente por una de mucha menos edad. Tiene un porte atlético gracias a que practica deporte con asiduidad y su rostro no refleja los años que confiesa su documento de identidad.

—Aron, Aron. Tú siempre tan halagador. No cambiarás nunca.

—Salvo que sea imprescindible, no tengo intención de hacerlo.

—¿Y el detective Baker? ¿No ha venido contigo?

—No, está ocupado con otros menesteres.

No cuela. En esto sí se refleja la edad que tiene, porque no es fácil

engañarla. Tiene ya demasiado recorrido por la vida a sus espaldas.

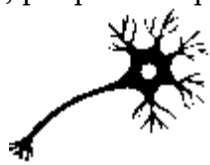
—No me vengas con esas, Rubi. —Es a la única que le permito que me llame así. Es una licencia entre amigos—. Patrick estaba tan interesado o más que tú con esta investigación. Me extraña que no esté aquí.

—En realidad no te miento. Está al cargo de otro caso. Un doble asesinato en una vivienda en el centro. Seguro que estarás al tanto.

—Sí, algo he oído. Pero son demasiado recientes para mi campo de estudio, así que no he prestado mucha atención.

—Bueno, ¿qué es eso que tenías ganas de mostrarme?

—Más vale que te sientes, porque creo que lo vas a necesitar.



Capítulo 43

Myrkur

Es bastante lógico que hayan llegado rápido a la conclusión de que ese nuevo cuerpo está relacionado con nuestro doble homicidio, ya que se trata del hijo de las víctimas. Eso me hace preguntarme si no ha sido mala idea hacer volar a Jennifer y Charlotte hasta Boston para reconocer el cadáver de sus padres y cumplir con el protocolo. Es posible que ahora estén en peligro, teniendo en cuenta que parece haber ahí fuera un exterminador que quiere acabar con la estirpe de los Branson.

Sin embargo, la forma en la que ha sido asesinado no tiene nada que ver con la de la pareja de ancianos. Aunque hay señales de extrema violencia, no hay indicios de que se usara un arma blanca. Por la información que han compartido con nosotros los compañeros que acudieron a la escena, hay evidencias clave de que hubo forcejeos e, incluso, podría hablarse de una pelea cuerpo a cuerpo. Según el examen preliminar del forense, este estima que la causa de la muerte puede estar relacionada con la privación de oxígeno. Es decir, que fue estrangulado. Queda esclarecer qué se utilizó para llevar a cabo la asfixia mecánica. Tendremos que ir a visitarle y así obtener más información, y observar el cadáver para poder analizarlo con nuestros propios ojos.

Sin lugar a dudas, lo ideal habría sido acudir a la escena del crimen para poder recrear lo sucedido. Ya no sirve de nada lamentarse por ello. Tendremos que conformarnos con las fotos del escenario y hacernos nuestra propia composición de lugar.

—¿Crees que estamos ante el mismo homicida? —me pregunta Patrick, sacándome de mis pensamientos.

—Es pronto para decirlo, pero presiento que no. Su forma de matar es totalmente distinta.

—El perfil de la víctima también es absolutamente diferente, salvo por el hecho de que es el hijo de los Branson. Esto nos plantea, como mínimo dos opciones: si fuera el mismo, el motivo que parece tener en mente es eliminar a los miembros de la familia, por lo que debe tener algo en contra de ellos.

—Es lo primero que he pensado.

—La segunda opción que me planteo es que son dos crímenes que nada tienen que ver entre sí. No es habitual que un mismo asesino emplee dos *modus operandi* tan diferentes. Lo que pasa es que resulta demasiado azaroso que tres miembros de la familia hayan fallecido de forma violenta en tan poco margen de tiempo.

—Estoy de acuerdo. Resulta extraordinariamente aleatorio. Sin embargo, tampoco es lo mismo asesinar a dos personas de edad avanzada que estaban durmiendo que a un hombre joven que puede plantear una resistencia importante. Eso me hace pensar en dos personalidades muy diferentes. Es demasiado salto de unos al otro. En el primer caso, los tiene a su merced porque cuenta con la baza de la sorpresa y de pillarlos fuera de juego. Pero en el segundo, incluso hay un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Patrick reflexiona.

Si en algún momento pensamos que el caso de los Branson podría resolverse de manera más o menos sencilla, con el paso de los días nos vamos dando cuenta de que no tiene pinta de que vaya a ser así.

Igual me estoy precipitando.

Es tarde y va siendo hora de irnos a casa.

Mañana podemos seguir con esto. Al fin y al cabo, es un frente abierto más y llevamos varias jornadas de trabajo intenso.

—Deberíamos ir mañana a ver al forense —insinúo.

Me estudia con la mirada. Parece que piensa que lo digo con doble intención, pero no es así.

—Sí. Preguntaré a qué hora está previsto que hagan la autopsia y procuramos acercarnos —contesta de forma aséptica.

—Perfecto. Voy a irme ya a casa. Estoy bastante cansada. ¿Me avisas cuando te enteres?

No sé por qué hoy todo parece que va con doble intención, pero es la sensación que tengo.

—Claro, no lo dudes. Descansa. Nos vemos en unas horas —dice y se da la vuelta para irse.

—¡Patrick! —le llamo entonces.

Se gira. Su expresión es neutra, algo poco habitual en él.

—No me olvido del tema de los crímenes de la urbanización. Me gustaría que pudiéramos seguir en la investigación.

—Mañana lo hablamos.

Capítulo 44
Irreal

No lo entiende. Como no lo entiende, no lo puede asimilar. Y como no lo puede asimilar, se pasa horas dándole vueltas y más vueltas a lo que puede haberle sucedido, en lugar de estar trabajando en el proyecto, tal y como le ha prometido a Lindsay.

Está siendo un día muy poco productivo. No solo por esa agitación mental que no le abandona, sino porque tiene molestias y dolores por todo el cuerpo. Se ha tenido que tomar ya un par de analgésicos, se ha puesto hielo, pero nada le hace sentirse mejor. Las magulladuras responden a una pelea. Los nudillos están en carne viva. Tiene los pómulos inflamados y el ojo derecho amoratado. Se siente, literalmente, como si fuera un saco de boxeo y hubieran estado entrenando con él durante la noche anterior.

Piensa en los leves despertares que ha tenido durante las horas de descanso. Se detiene en las pesadillas tan vívidas que ha padecido últimamente. Casi parecían reales. Hace ya tiempo que le pasa, sus sueños parecen traspasar el umbral de la consciencia, pero nunca como hasta ahora. Lo de los últimos días no tiene nombre, ni explicación, ni sentido. Jamás se había levantado con heridas provocadas por algo que no sabe justificar porque le ha sucedido cuando estaba dormido. Como mínimo, mientras su mente debía estar en un estado de inconsciencia.

Cierra los ojos. Necesita recuperar algo de lo soñado, aunque sea un mínimo destello. Es frustrante cuando un sueño te deja un sabor amargo durante el día y ni siquiera eres capaz de saber por qué. Pero en su caso, no es un mero malestar, es algo mucho más fuerte y más real. Es como cuando despierta totalmente paralizado y no es capaz de mover ni un solo músculo. Es como si sus pesadillas le secuestraran y sometieran su voluntad.

¿Qué pasaba en los sueños de la última noche?

¿Quiénes aparecían?

¿Dónde tenían lugar?

Son preguntas de difícil respuesta, teniendo en cuenta que nuestra mente reconstruye de manera aleatoria sucesos que no siempre son

reales. Los deforma, los estira, los mezcla con una y mil cosas, hasta generar una serie de imágenes carentes del mínimo razonamiento en miles de ocasiones. Y sin embargo, a pesar de no parecer tener sentido, sí suelen tener un significado, aunque no siempre seamos capaces de entenderlo.

Aprieta fuerte los párpados. Cierra las puertas al mundo exterior para meterse dentro de sí mismo. Entonces, se da cuenta de que, con esa tensión en los ojos, no podrá relajarse hasta el punto de acceder a lo almacenado en su memoria.

Los afloja levemente.

A su mente acuden algunas imágenes que le asustan.

Capítulo 45

Myrkur

He cenado algo ligero, pues no tenía demasiada hambre. Supongo que es el cansancio lo que me quita apetito. Quizá también el hecho de que estaba deseando pillar la ducha para relajarme e irme a dormir haya contribuido lo suyo.

Cuando he cogido el móvil para ponerlo en silencio, he visto varios mensajes de Leonard. No estoy acostumbrada a tanta atención. Los leo. No tienen nada que ver con la investigación. Insiste en la posibilidad de quedar algún día fuera del horario del trabajo. Dice, literalmente, que le encantaría llevarme a cenar a su restaurante favorito. Cree que me gustaría, porque es un lugar con buen ambiente y un encanto especial.

Me sonrío.

No lo puedo evitar.

Puede que sea vanidosa, pero me gusta saber que alguien muestra tanto interés por mí. Sin embargo, no sé qué contestar. Al fin y al cabo, después de lo que ha pasado con Patrick, me encuentro en tierra desconocida. No sé si debería pasar página y conformarme con ser compañeros y ya está. Quizá eso fuera lo más práctico, al fin y al cabo. Con Leonard podría dejar ese dolor de cabeza atrás. Empezar algo desde cero.

Finalmente me decido a contestar. Le digo que me halaga, pero que no tengo demasiado tiempo para salir por ahí. Es una excusa, aunque no es del todo mentira. Solo hay que ver la hora a la que he regresado hoy otra vez.

Entonces escribe que únicamente quiere saber si me apetecería quedar con él alguna vez, porque si la respuesta es afirmativa, ya encontraremos el momento. Me hago a mí misma la pregunta que él ha formulado. ¿Me apetecería quedar con él en alguna ocasión? La respuesta es sí. Me gustaría quedar con él.

Llaman a la puerta. Es extraño. No hay demasiada gente que sepa dónde vivo. Una de las ventajas de tener tantos amigos. Es sarcasmo, por supuesto, aunque no por eso deja de ser lamentable.

Me acerco a abrir.

Miro por la mirilla.

Es Patrick.

Esto sí que no me lo esperaba.

No hace tanto que me ha dicho en comisaría que ya hablábamos mañana.

—¿Puedo pasar? —pregunta en cuanto abro.

Me fijo en su rostro. Lo estudio con detenimiento, aunque ya lo conozco de memoria. Noto que mi corazón se acelera. Es una visita inesperada. No sé con qué pretexto ha venido, pero me hace ilusión. ¿Soy una estúpida? Quizá sí.

—Por supuesto —respondo inmediatamente, dejándole entrar. Me aparto para que pueda hacerlo.

No sé si he hecho bien en contestar de ese modo a Leonard. Ahora que mi compañero está aquí, solo puedo pensar en que es él con quien quiero estar. Tal vez sea el efecto de su perfume, el cual hay que reconocer que es embriagador.

—¿A qué has venido? —le pregunto sin pensar. Necesito salir de dudas.

Me mira.

Luego agacha la cabeza.

Se pasa las manos por el pelo.

Da la impresión de que está nervioso.

Últimamente no parece el de siempre.

—En realidad, no lo sé. Me he convencido de que venía a hablar de los crímenes de la urbanización, pero lo cierto es que es mentira. Solo quería verte, Myrkur.

Ahora sí que me quedo de piedra.

Supongo que mi falta de respuesta le resulta suficiente.

Lo siguiente que hace es tomar mi rostro entre sus manos y besarme.

Capítulo 46
Frederick

Al parecer, el detective Aron Rubicon se está excediendo más de lo recomendable. No tengo ningún inconveniente en que investigue cuanto quiera. Me dan igual las conclusiones a las que llegue, puesto que no creo que mi vida vaya a cambiar especialmente. Sin embargo, no voy a tolerar que moleste a mi mujer.

Karen me ha escrito y me ha contado lo sucedido. Me da la impresión de que intenta incriminarla de algún modo. Y esa sí sería una forma de hacerme daño. No pienso permitir que ni mi esposa ni mi hija paguen por mis pecados. Si se le ocurre herirlas lo más mínimo a cualquiera de las dos, me encargaré de que sea lo último que haga.

Va siendo hora de tener una segunda entrevista con el detective Baker. Creo que esa es mi mejor baza en este momento. No sé si le acompañará Myrkur como la última vez. Ni siquiera sé si sería lo recomendable. Hay cosas que he de hablar con él que puede que no le guste oír. No obstante, no me importa si es el precio que tengo que pagar a cambio de sacar la información que necesito.

Me levanto del catre y me acerco hasta las rejas. En la noche se respira una asombrosa quietud para un lugar como este en el que convivimos y coexistimos los seres más execrables de la sociedad.

Supongo que hasta el demonio necesita descanso.

—Alguacil —llamo al funcionario que está de guardia vigilando los pasillos.

Se gira y me mira con desconfianza. No le culpo. Estoy seguro de que no se va a acercar a menos de dos metros. Es razonable que tema que le agarre por el cuello y se lo parta apenas en una fracción de segundo. No es lo que tengo planeado en este momento, pero nunca se saben los derroteros por los que puede terminar yéndose una situación cualquiera.

—¿Qué pasa, interno? Deberías estar ya en el catre.

Interno. Me hace gracia que me llame así. Es una forma de reducirme a un ser impersonal. Claro que yo he hecho lo mismo justo antes, solo que en mi caso desconozco su nombre. Dudo, por el contrario, que él no sepa quién soy.

—Sí, lo sé. Estaba ya tumbado. Pero no podía dormir. Me gustaría que le hicieras llegar un mensaje al alcaide.

—No creo que sea buena idea decirle…

—¡Escúchame antes de hablar, majadero! —espeto de manera brusca. Detesto que ni siquiera se detengan a pensar en las razones y respondan de forma automática.

Se queda petrificado. Espero que no se haga pis en los pantalones. Eso le dejaría en muy mal lugar delante del resto de presos.

Más me vale continuar hablando antes de que le vuelva la sangre a la cabeza.

—Te aseguro que el alcaide querrá escuchar lo que tengo que decirle. Es con relación a una investigación criminal abierta. Me gustaría volver a ver al detective que me visitó hace unos días. Tengo información que puede ayudarle a resolver los crímenes.

Capítulo 47

Myrkur

Sus labios envuelven los míos. Hoy sus besos no se parecen a los del otro día. No llevan implícita esa urgencia de abandonarse al cuerpo del otro, ese deseo instintivo, casi animal, pero sí me transmiten un tipo diferente de necesidad.

Son besos de cariño, de cercanía.

O eso me parece.

Es curioso todo lo que comunica ese lenguaje que no emplea palabras.

Disfruto de la sensación de su piel junto a la mía, solo separada por unas finas capas de tela. Sus manos sostienen mi cabeza y me acaricia las mejillas con los pulgares. No me importaría abandonarme a este paréntesis por toda la eternidad. No me importaría quedarme atrapada en su abrazo por un tiempo indeterminado. Es realmente agradable la impresión de saberse querida, que alguien te apriete contra su pecho y te haga experimentar amor.

Separa su boca de mis labios unos milímetros. Acerca su frente a la mía y, con sus manos, sigue sujetando con suavidad mi cuello, erizando el vello de mi nuca al sentir las caricias de sus dedos. No dice nada. Estamos así durante un tiempo indefinido que soy incapaz de precisar. Me gusta esta sensación, el contacto de su cuerpo.

Entonces, se separa y me mira. No habla. Ni siquiera parece el mismo que yo conocía, aquel que siempre da la impresión de que tiene algo que decir. Pero es que Patrick últimamente no es Patrick. Es difícil de explicar. Solo sé que es alguien diferente al de un mes atrás.

—Querías que habláramos de los crímenes de la urbanización, ¿no es así?

Este cambio de tercio me deja totalmente fuera de juego. No era esto lo que esperaba a continuación.

—Sí, eso es. Estoy convencida de que Aron sabe cosas que no quiere compartir con nosotros.

—Es la sensación que tengo yo también. Por eso he echado una ojeada por mi cuenta. Le conozco desde hace años y sé dónde y de qué forma guarda la información.

No sé cómo tomarme esto. Sin duda, sigue en su empeño de ganarse

mi confianza, pero también es cierto que implica una traición a su antiguo compañero. En realidad, no debería ser tan remilgada a este respecto. La verdad es que solo ha puesto en práctica lo mismo que yo tenía en mente hace unas horas. Mi intención era husmear en su escritorio sin que Aron se enterase. El problema residía en que me iba a resultar complejo, no solo porque cualquiera desconfiaría en la comisaría si me ven husmeando en su mesa, sino porque no habría tenido ni la menor idea de por dónde empezar.

¿Significa que me elige a mí? ¿Esto implica que está dispuesto a arriesgar cosas que consideraba importantes con tal de que siga creyendo en él?

—¿No vas a decir nada? —me pregunta ahora con una sonrisa seductora—. Pensaba que era lo que querías.

—Sí, claro. Y yo pensaba que tú querías llegar al final de ese asunto.

—Por supuesto, Myrkur. Esa investigación ha cambiado muchas cosas en mi vida. Ya nada es como antes —sostiene, dejando una afirmación velada en sus palabras.

¿Nada es como antes desde que me conoce?

¿Es eso lo que intenta decirme?

—Entonces, ¿vas a contarme qué has averiguado?

—Por supuesto. Pero antes, estaba pensando en que podíamos hacer otra cosa.

Capítulo 48

Aron

Hay ocasiones en las que parece que avanzo y, sin embargo, otras tengo la sensación de todo lo contrario. ¿He vuelto a la casilla de salida? Después de la entrevista de ayer con la antropóloga forense, tengo serias dudas al respecto.

Pensábamos que habíamos encontrado a ocho víctimas, de las cuales la mayoría ya habían logrado ser identificadas. El problema vino en el caso de tres de ellas, en las que no se recuperó el cadáver completo, sino que los huesos aparecieron por separado, tal vez indicando que habían sido descuartizadas previamente. De hecho, algunos de los componentes óseos se encontraban quebrados y troceados.

Estos tres últimos cadáveres estaban trayendo de cabeza a los antropólogos forenses, lo cual era comprensible. El problema viene ahora, cuando han descubierto que no estamos ante ocho víctimas, sino que puede haber hasta dos más.

La composición de los restos no coincide. Los recuperamos de tres fosas distintas, pero dentro de dos de ellas parece que había más de una víctima. Después de diversos análisis, entre los que procuraron comparar los huesos encontrados en las tres tumbas —por llamarlas de alguna manera, puesto que no se las puede considerar precisamente sepulturas al uso— están casi seguros de que pertenecen a cinco personas diferentes. Además, estas parecen datar de, al menos, uno o dos años antes que las otras.

Por otro lado, no hay ningún tipo de evidencia que indique que se les sacara el corazón. No hay ni en las costillas ni en el esternón marcas que apunten a ello.

Según esta datación de los cadáveres, la nueva sorpresa es que estos fueron asesinados y enterrados antes de que comenzaran las obras de la urbanización. De hecho, se encontraban por debajo del nivel del hormigón.

Esta puñetera investigación está volviéndome loco.

Una vez que logren, por fin, casar todos los huesos para iniciar el proceso de reconstrucción, tendremos que esperar su identificación

definitiva. De manera preliminar, podremos saber su sexo, raza, altura y edad aproximada. Pero todavía tomará su tiempo.

Estos hallazgos me generan una nueva duda. ¿Es posible que estemos ante dos asesinos diferentes? Uno que actuaría antes de que se iniciaran las obras, y otro que aprovechara precisamente estas para ocultar sus fechorías.

Desde luego, esta nueva información ha trastocado mis planes en cuanto al siguiente paso a investigar. Pensaba continuar entrevistando a personas del entorno de las víctimas ya identificadas y a algunos de los trabajadores de aquella época con los que todavía no he hablado.

Mi intuición me dice que primero debo hacer algo que es más urgente.

Capítulo 49

Myrkur

Me despierto temprano. Patrick sigue durmiendo a mi lado. Ni siquiera me parece real que sea así. Le miro durante unos instantes y estoy tentada de despertarle. Un segundo después, me lo pienso mejor y considero que debo dejarle descansar. Parece que duerme plácidamente y la sesión de sexo de anoche creo que fue suficiente.

Por el momento.

Podría perfectamente acostumbrarme a más noches como esta.

Una sonrisa asoma a mi boca al pensar en ello. No es habitual en mí empezar así la mañana. Espero no tener luego agujetas en la comisura de los labios por falta de uso de los músculos que se necesitan para sonreír.

Con relación a la investigación abierta de los crímenes de la urbanización, debo reconocer que Patrick ha hecho un trabajo extraordinario. Eso sí, no quiero ni pensar en las consecuencias ni en la reacción del detective Rubicon cuando se entere. Habrá que intentar por todos los medios que no lo descubra. De lo contrario, estaremos en serios problemas.

Aron ha estado hablando con las familias de algunas de las víctimas. En sus notas, se percibe con claridad lo que yo ya suponía: está convencido de que mi padre es el que está detrás de esas muertes.

Sin embargo, también tengo la sensación de que ha empezado a tener algunas dudas. Por un lado, cuando dice que debe revisar la última información que le ha proporcionado la antropóloga forense. Parece que le han dado datos que han provocado nuevas preguntas. Por otra parte, en una de las notas dice que Victoria Hartfield se citó con un hombre moreno antes de desaparecer. Si fue la última persona que la vio con vida, puede que también sea el responsable de su desaparición. Lo que sí que está claro es que mi padre no es moreno, así que podría ser perfectamente otra persona.

Y hay algo más que ha captado toda mi atención. Se ha entrevistado con un hombre que estoy segura de conocer. Juraría que el tal Edward Scott que cita en distintas ocasiones estuvo cenando en casa más de una vez cuando yo era niña y todavía residíamos a las afueras de Boston.

Intento que venga su imagen a mi memoria, pero no soy capaz de recordar su fisionomía. Supongo que es normal. Cuando todavía éramos y, además, parecíamos una familia, venía mucha gente a casa. Mis padres tenían muchos amigos y les gustaba organizar barbacoas en el jardín. Sin embargo, Edward Scott tiene una especial resonancia en mi cabeza, pero soy incapaz de saber por qué.

Hubo un momento hace unos días en los que barajé la posibilidad de visitar a mi padre de nuevo en la prisión.

Ahora sé que es una necesidad.

El problema es conseguir escabullirme sin que Patrick se entere.

Capítulo 50
Otra noche

Después de lo que vio en su cabeza cuando intentó recordar las pesadillas de la última noche, hizo toda lo imposible por mantenerse despierto. No podía permitirse pasar por algo así de nuevo. Sin embargo, de cualquier modo, sabía que sería inevitable y que, antes o después, el sueño le sobrevendría.

Como así fue.

Al despertarse, hay nuevas señales en su cuerpo que le indican que no ha pasado las horas descansando en su cama. Parece que cada vez va a peor y esto le sucede con más frecuencia. Es como si hubiera entrado en un bucle autodestrutivo del que no tuviera posibilidad de salir, puesto que no tiene el control de la situación.

La angustia se abre paso de forma salvaje, mordiéndole las entrañas al hacerle consciente de que posiblemente está cometiendo atrocidades sin siquiera saberlo. O mejor dicho, sin pretenderlo, puesto que, de un modo u otro, lo sabe.

No halla la manera de encontrar una solución. ¿Cómo hacerlo cuando las cosas suceden mientras él se encuentra en un estado alejado de la consciencia?

En sus manos vuelve a haber sangre y tiene la impresión de que esta vez tampoco es suya. Comienza a llorar. Siente una desesperación insoportable, debido a la conciencia de no tener ni idea de cómo atajar lo que le sucede. Es un sentimiento de impotencia que no había experimentado jamás.

¿Qué diablos le está pasando?

¿Qué ocurre en su cabeza?

No es un hombre violento. Pocas veces en su vida se ha metido en problemas y nunca desde que logró poner cierto orden en ella. Hace ya mucho tiempo de eso. ¿Por qué, entonces, casi noche tras noche se despierta cubierto de sangre y lleno de golpes?

Cuando el día anterior intentó recordar lo que había soñado, se asustó de lo que vio en su mente. Era algo tan brutal que no podía creérselo. En su cabeza las imágenes que se reproducían eran la de él golpeando brutalmente a otro ser humano. Un puñetazo tras otro sin

descanso, con un nivel de crueldad y saña demencial. Era como un salvaje, como un animal que no responde a razones, sino que hace las cosas por puro instinto.

Cuando ahora cierra los ojos, vuelve a ver algo dantesco. Imágenes que le revuelven el estómago colman su mente. Entra en un estado de excitación neuronal indescriptible, una auténtica borrachera en la que las sinapsis inundan su cerebro de sustancias químicas. Siente que está al borde de un colapso nervioso.

Una mujer.

Eso es lo que ve ahora.

Lo que recuerda.

La pega una y otra vez, sin descanso, hasta desfigurarla.

La ve tendida, justo después, sin vida.

Es una imagen insoportable.

Nunca jamás haría algo así estando consciente. Él siempre se ha asqueado de ese tipo de animales que maltratan a las mujeres. Ha repudiado toda su vida a aquellos que ejercían la violencia física sobre otros por el simple hecho de pensar que podían.

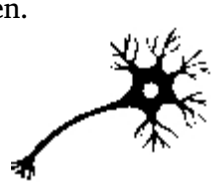
Se asusta de sus propias pesadillas.

Se asusta de sí mismo.

Pero sobre todo se asusta porque, cada vez más, está convenciéndose de que son la cruda realidad. Ha llegado un punto en el que es casi innegable.

Sabe perfectamente quién es la mujer que maltrataba en sus sueños.

La conoce demasiado bien.



Capítulo 51

Myrkur

Acudimos por separado al trabajo. En realidad, no tengo ni la menor idea de en qué punto está nuestra relación, pero no nos convienen lo más mínimo las habladurías. Intentaré disimular lo mejor que pueda. Lo malo es que no es algo que esté incluido entre mis registros.

Por ejemplo, me cuesta ocultar el desprecio que siento por algunas personas, como es el caso de Aron Rubicon, con quien justo acabo de cruzarme en la entrada. Supongo que él tampoco puede presumir de esa cualidad, puesto que he leído perfectamente su displicencia hacia mí en su cara.

Patrick llega unos minutos después. Ha pasado por su piso para cambiarse de ropa. Nada más entrar, me busca con la mirada y me sonríe. No quiero acostumbrarme a esta sensación de estúpida felicidad, no vaya a ser que luego vengan mal dadas y me atropelle la realidad con su habitual crudeza.

—¿Hace mucho que has llegado? —me pregunta al acercarse hasta mi mesa.

—No, tal vez diez o quince minutos como mucho.

—¿Te ha dado tiempo a empezar con algo?

—Justo acababa de entrar en la base de datos para buscar información de Kendal Branson. He visto que figuran varias denuncias a su nombre, pero salió airoso de la mayoría y hay otros expedientes que están sellados. Tal vez los que no tuvieron el resultado que esperaba. No obstante, ya nos dice que es alguien que suele buscar problemas. No es de extrañar que terminara como vimos ayer si se metió con quien no debía.

—Tal vez el padre intercedió por él y por eso no tenemos acceso a su historial delictivo. Sabemos por la información que nos facilitaron las hermanas que la relación con sus progenitores no era buena, pero imagino que un hijo es un hijo, al fin y al cabo —argumenta Patrick.

—No querrían que entrase en chirona.

—También es posible que lo hicieran para no ensuciar el nombre de la familia —comenta, barajando una nueva posibilidad.

—Sí, es otra opción —sopeso—. Deberíamos ir a su piso a ver qué encontramos. Puede que allí localicemos algo que nos dé un hilo del

que tirar. Tal vez drogas, por ejemplo. Alguna de las denuncias precisamente eran por posesión

—Es buena idea, pero antes me gustaría preguntarles a los técnicos si han conseguido desbloquear su móvil y han encontrado algo interesante en él.

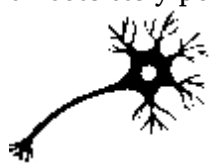
—Puede que el laboratorio tenga algún dato también. Por lo que vimos en las fotos, estaba cubierto de magulladuras y parece que se defendió. Es bastante probable en este caso que tenga ADN de su agresor bajo las uñas, por ejemplo.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Eso me recuerda que lo más adecuado sería ir también a ver al forense, aunque no sé si me apetece verle tontear contigo otra vez —dice ahora en susurros acercándose más a mí para que nadie le escuche.

—Tendrás que arriesgarte —le desafío.

Entonces se ríe. Me gusta cómo lo hace. Su tono desenfadado. Su cercanía, su proximidad y su modo de mirarme, como si esto que tenemos fuera realmente a alguna parte.

—Más le vale no pasarse ni un pelo —me dice, mientras me guiña un ojo—. Venga, coge lo que necesites y pongámonos en marcha.



Capítulo 52

ARON

Cuando contacté con Edward Scott en relación con la investigación en curso, nunca imaginé que iba a toparme con alguien tan interesante. Resulta que el bueno de Eddy tiene un largo historial delictivo, incluido el que se encuentra en su haber antes de cambiarse oficialmente de nombre.

Supongo que debí investigarle desde el principio. Sin embargo, a simple vista parecía un ciudadano respetable y, cuando hice una revisión simple de su expediente, no aparecía nada especialmente preocupante, puesto que únicamente había constancias de algunas denuncias de trabajadores por incumplimiento de contrato o por otros asuntos laborales.

No obstante, cuando me entrevisté con él, sí hubo algo que me pareció llamativo. Daba la impresión de ser un tío sagaz, inteligente y oportunista. Bien es cierto que yo estaba dispuesto a escuchar todo tipo de acusaciones contra Frederick Cranston. El hecho de conocer a alguien que había tratado con él de manera cercana y que estaba dispuesto a irse de la lengua fue un aliciente del que no supe escapar.

Ni tampoco quise.

Me dejó claro que Cranston tiene más secretos ocultos, y que tal vez él pueda ayudarnos a sacarlos a la luz. No obstante, al mismo tiempo y casi sin ser consciente de ello, despertó dentro de mí una alarma al respecto. ¿Por qué ese interés en hacérmelo saber? ¿Qué beneficio saca de todo esto? Después de darle muchas vueltas, creo que me estaba intentando decir que tiene información con la que negociar. De hecho, a pesar de su insinuación, en realidad no ha compartido datos relevantes ni que inculpen directamente al Devorador de Corazones.

Por otra parte, tengo otra sospecha que me preocupa y que me conviene considerar para futuras investigaciones. Mi ansia por atribuirle estos crímenes a Cranston debió hacerse evidente para él, así que solo intentó alimentarla. Quizá así también pensaba que alejaba las sospechas de su persona.

No obstante, después de buscar información sobre Scott en el juzgado con relación a esas demandas, descubrí su anterior identidad,

la cual sí incluye un historial violento a tener en cuenta. Denuncias de exparejas, hurtos con intimidación, peleas y una denuncia por agresión sexual que finalmente fue desestimada. Parece que el nexo de amistad que unía a estos dos hombres está relacionado con algo que va más allá del concepto que tenemos la mayoría de la dimensión de esa palabra.

Albergo la sospecha de que ambos guardan secretos mutuos que no les interesa que salgan a la luz.

Cuando la hermana de Victoria Hartfield recordó que esta se había citado la noche que desapareció con un atractivo hombre moreno de ojos oscuros, no pude evitar pensar en Edward Scott. Encajaba a la perfección con esa descripción y, además, ocupaba un puesto relevante en la promotora. Era una persona con capacidad de tomar decisiones importantes en la empresa.

Empiezo a plantearme la posibilidad de que Cranston y Scott actuasen juntos en estos asesinatos, como un equipo.

El problema que tengo ahora es que NorNor me está presionando, puesto que esperaba tener ya resultados. Al fin y al cabo, le solicité permiso para dedicarme en exclusiva a esta investigación, dejando de lado mis otras obligaciones.

El plazo que me había dado está a punto de expirar.

Hay todavía muchos aspectos que investigar en este asunto, incluida la nueva información facilitada por la antropóloga forense.

Es demasiado para un detective solo. Si al menos contase con la ayuda de Patrick como en los viejos tiempos, podríamos repartirnos las tareas. No obstante, él está liado ahora con la investigación de otro caso. Además, después de todo lo que ha sucedido entre nosotros en los últimos tiempos, no parece que eso sea una posibilidad ni a corto ni a medio plazo.

Capítulo 53

Myrkur

Se nos acumulan los cadáveres y, con ellos, el trabajo. Mientras investigamos el asesinato de Kendal Branson, en cierta medida, dejamos en suspenso el de sus padres. No obstante, si están relacionados, investigar un caso nos conducirá también a la solución del otro.

En el laboratorio hemos tenido suerte. A pesar de que en el mango del cuchillo encontrado en el edificio en el que murieron los Branson no había huellas, bajo las uñas del hijo de nuestras primeras víctimas parece haber una buena dosis de ADN.

—No sé si habéis hablado ya con el forense —nos comenta Kayla Hudson, encargada de las muestras recogidas en el último escenario—, pero tuvo que ser una pelea cuerpo a cuerpo.

—No, todavía no. Tenemos previsto ir a visitarle dentro de un rato, en cuanto terminemos con otras cosas pendientes —responde Patrick.

—Pues no dejéis de hacerlo. Por suerte, bajo sus uñas hay epiteliales que pertenecen a su agresor. Al encontrarlo en la calle, las pruebas podían tener algún tipo de contaminación cruzada, pero lo que hay bajo las uñas no miente.

—¿Sabemos ya a quién pertenece el ADN? —le pregunto. Supongo que si así fuera, sería lo primero que nos habría dicho, aunque tampoco pierdo nada por intentarlo.

—Por desgracia, no. Necesitaríamos algo con qué compararlo. Pero estamos en el buen camino.

—¿Lo habéis cotejado con el pelo encontrado en la almohada del primer escenario? —indaga ahora Patrick.

—Estamos en ello. Aunque no había demasiado ADN ahí, puede que sea suficiente. Habrá que cruzar los dedos, sobre todo porque hemos gastado casi toda la muestra proveniente del folículo piloso.

Le agradecemos la información que nos ha facilitado y su trabajo antes de irnos. Lo siguiente que hacemos es hablar con el técnico del departamento informático que estaba analizando el móvil de Kendal Branson.

—Pues hay de todo ahí, eso es lo que puedo contaros —nos suelta con una sonrisa de medio lado. Decir eso y nada es exactamente igual.

—¿Qué tal si eres un poco más preciso, Robin? —le invita Patrick.

—Sí, a eso iba ahora mismo, hombre. Es que no me has dejado continuar.

Patrick, que tenía los brazos cruzados, le hace un gesto con la mano y las cejas para invitarle a hacer lo que precisamente acaba de decir.

—A ver, ¿por dónde empiezo? Es que cuando os digo que hay de todo en este móvil, es de todo, ¿vale? Este tío podría estar en la cárcel por muchos motivos. Al final su muerte no es más que un tipo de justicia divina.

—Al grano, Robin —insiste mi compañero.

—Bueno, por partes. En primer lugar, en su mensajería hay varias amenazas de gente que debe ser chunga, aunque por sus contestaciones estaba claro que el tío no se arredraba ni con nada ni con nadie. He extraído distintos números de teléfono por si os interesa seguir la pista de lo que me temo que son delincuentes peligrosos. Tiene un negocio de discotecas de dudosa reputación, pero no era a lo único que se dedicaba, puesto que no solo traficaba con drogas, sino además con armas. Por las fotos que hay en su galería, me temo que estaba comenzando también con la trata de seres humanos.

—¡Menudo pieza! —exclamo indignada.

No puedo evitar alegrarme de que alguien haya hecho desaparecer a esta escoria de la faz de la tierra. También comprendo que los padres ya no tuvieran relación con el hijo. Lo que ya no soy capaz de entender es que le ayudasen a librarse de la cárcel. Seguro que habrían evitado el sufrimiento de muchas personas. Puede que incluso su asesinato esté relacionado con todo esto. Alguien les quita de en medio por hacerles responsables de que su hijo le hiciera daño a un ser querido. ¿Podría ser? Sí, sin lugar a duda sería un motivo factible.

—Sí, así es. Estaba metido en muchos asuntos turbios.

—¿Hay algún mensaje de amigos, novia o alguien así con quien podamos hablar? —pregunta Patrick.

—Sí, hay varios contactos con los que tenía una comunicación fluida. Está todo en el informe.

Capítulo 54

PATRICK

La información que hemos ido recabando de Kendal Branson no para de mejorar. Era un cretino, eso sin duda, pero además, un criminal en toda regla. Antes o después debería haber caído en nuestras redes. Sin embargo, no me consta que haya ninguna investigación abierta en torno a él, al menos en nuestro departamento, lo cual no deja de ser sospechoso y extraño.

Nos ha dado tiempo también a visitar su piso, pero ya nos ha resultado imposible acudir a ver al forense, puesto que, cuando nosotros podíamos, él estaba ocupado. Hemos acordado visitarle mañana.

En la vivienda en la que residía habitualmente Kendal Branson, puesto que tiene otras dos más a las afueras de la ciudad, hemos encontrado numerosas evidencias de su actividad delictiva. Esto nos abre un amplio abanico de sospechosos. Viendo la forma en la que fue asesinado, es bastante probable que se debiera a algún ajuste de cuentas.

Poco después de haber regresado a la comisaría para elaborar la actualización de los informes de la investigación, me comentan que los de recepción me han cogido un aviso, aunque no saben especificarme con qué está relacionado. Decido ir a por él un poco más tarde, puesto que prefiero ponerme a redactar la información recabada hoy antes de que se nos olvide.

Nos lleva un buen rato, pues esta investigación parece complicarse cada vez un poco más. Justo cuando acabamos y me decido a recoger el aviso antes de finalizar la jornada, Myrkur me dice que tiene que hacer algo antes de irse a casa. Me ha resultado un poco extraño, pero no he querido darle importancia.

No nos ha dado tiempo de hablar más, así que le mando un mensaje al terminar para que se pase por mi casa cuando quiera. En cuanto me responde, borro la conversación. Mejor será no dejar indicios a la vista de miradas indiscretas.

Me gusta estar con ella. No me explico cómo han cambiado tanto mis sentimientos en tan poco tiempo. Es decir, no es que antes no me

gustase su compañía. De hecho, desde que la conocí, me resultó una joven muy interesante y diferente a las demás. No solo por su innegable belleza, de la que ella parece no ser consciente, sino porque tiene una personalidad muy particular.

Aunque también oscura.

Reconozco que me atrajo sexualmente desde el primer instante, pero me prometí a mí mismo no traspasar ese límite que no nos beneficiaría a ninguno de los dos. Y sin embargo, aquí estoy, deseando que se pase por mi piso esta noche para poder besarla.

No es momento de pensar más en esto. Más me vale recoger el aviso y marcharme a descansar. Mañana va a ser otro día de mucho trabajo.

Cuando leo la nota que me entregan me quedo de piedra. Es del Alcaide de la prisión en la que está el padre de Myrkur.

Dice que Cranston quiere verme mañana.

A solas.

Capítulo 55

Myrkur

Cuando llego a la prisión, siento que todo mi cuerpo empieza a temblar. Tengo una mala sensación, como cuando intuyes que estás a punto de meter la pata y que ese error te perseguirá durante mucho tiempo.

No obstante, como soy tendente al melodrama, intento racionalizar esa mala premonición y convencerme a mí misma de que todo irá bien y que esto es algo que tengo que hacer.

Solicité con tiempo suficiente la visita. La justifiqué con base a una investigación criminal abierta. Debido a que hace no mucho ya estuvimos aquí por el mismo tema, me ha resultado bastante sencillo tener el visto bueno. El problema es que llego más tarde de lo que esperaba porque hoy nos hemos liado mucho en el trabajo investigando a Kendal Branson. Confío en que eso no sea ningún impedimento.

Nada más entrar, me topo con la primera situación incómoda. El guardia que se encuentra en la garita de acceso toma mi documentación.

Me mira.

No.

No me mira, es más que eso.

Me estudia con detenimiento, hasta el punto de hacerme sentir incómoda.

—¿Te apellidas Cranston? —pregunta con el gesto torcido.

—Sí, eso pone, ¿no?

Entrecierra los ojos. Me hago una idea de lo que está pensando. Tendré que intentar abstraerme de sus sentimientos dañinos. No hace falta ser Paul Ekman para interpretar lo que dicen sus microexpresiones faciales. Más de lo mismo, no sé de qué me sorprendo.

—Sí, sé leer. Y me da la impresión de que te pareces demasiado a él. Sois como dos gotas de agua. Espero que solo sea en el aspecto físico.

Me mantengo en silencio sin retirar mis ojos de los suyos. No voy a ser la primera que baje la mirada, eso seguro. Si cree que soy fácil de intimidar por mi aspecto frágil, se va a llevar una sorpresa.

—Esta visita no es por una investigación —añade—. Vienes a ver a tu papá, ¿no es cierto?

—Se equivoca. Vengo a visitar al recluso porque tiene información de interés para un caso abierto. Creo que debería leer con más atención la solicitud. No necesitaría tener que darle explicaciones adicionales.

—¿Ah, sí? Pues me resulta curioso que justo mañana esté previsto que venga un detective a verle porque él así lo ha solicitado. Eso sí, estoy muy seguro de que no se apellidaba Cranston.

Eso me deja totalmente desconcertada. ¿Va a recibir a Aron? Mi padre dejó muy claro que él fijaba quién le visitaba y que en ningún caso se lo permitiría a él. Me la juego con lo que digo a continuación, pero es que si no tiras la red no puedes pescar.

—Bueno, el detective Rubicon está siguiendo otra línea de investigación.

—No se apellida así. Se trata del detective Patrick Baker. ¿Acaso no trabajáis en la misma comisaría? Porque eso sí que sería inaudito, dos delegaciones haciéndose cargo de la misma investigación y que ni siquiera estén coordinadas.

Me quedo de piedra. No tenía ni la menor idea de lo que Patrick se traía entre manos. No sé ni qué pensar. Sin embargo, ha dicho que ha sido mi padre quien ha solicitado aquí su presencia.

—Me da igual quién venga —disimulo lo mejor que puedo, considerando mis pésimas dotes de interpretación—. No tengo todo el día y necesito hablar con Frederick Cranston. Están todos los papeles en regla. No he venido para estar de cháchara con el funcionario de la entrada. Si tiene algún problema, le ruego que haga llamar al alcaide. También puedo poner una reclamación por escrito y poner en conocimiento de quien sea oportuno su gratuita obstrucción a la justicia.

Me la he jugado. Puede salirme mal y mandarme de una patada de vuelta al coche. Ya me estaba cansando. Además, estoy irritada después de saber que mañana viene Patrick a verle.

Sin mí.

A mis espaldas.

Al parecer, le ha servido de algo acercarse a la tonta de Myrkur.

Ahora sí, ya tiene lo que quería.

Al guardia no le ha hecho gracia mi insinuación sobre la reclamación con su nombre y apellidos, pero sirve para poner el engranaje en marcha y que me lleven en presencia de mi padre.

Antes de entrar en la sala asignada, me recuerdan que no puedo tocar al preso y que debo mantenerme a una distancia prudencial de él. Si lo hacen por mi seguridad, desde luego es absurdo, pues sé a ciencia cierta que mi padre sería incapaz de hacerme daño.

No obstante, lo entiendo.

Es el protocolo.

Cuando abren la puerta, se levanta de su silla y sonríe. Aguarda que cierren la cancela otra vez antes de decir una sola palabra.

—Myrkur, hija mía, no me esperaba esta sorpresa tan agradable cuando me han dicho que alguien había venido a verme. Dame un abrazo —me pide con una enorme y sincera sonrisa, aun a sabiendas de que no podemos llevar a cabo tal cosa.

Dudo qué hacer.

Quiero hundirme en su pecho, pero no creo que sea lo mejor en este momento.

—No podemos, lo siento —le respondo, tratando de mantener las distancias y, por qué negarlo, también la compostura.

—No seas tonta. En lo que se enteran y abren la puerta, ya será demasiado tarde.

—No puedo arriesgarme a perder tiempo o a que decidan cortar la visita y me obliguen a irme. Necesito preguntarte algo.

No miento.

Solo me han concedido quince minutos para estar con él.

Quince minutos es muy poco tiempo para todo lo que necesito averiguar.

Debemos optimizar lo que tenemos.

Capítulo 56

Patrick

Me resulta extraño. Myrkur quedó en venir por casa cuando terminase lo que tuviera que hacer, pero no lo hizo. Cuando vi que era ya tarde y no llegaba, le escribí para saber si se encontraba bien. Me contestó escuetamente que estaba cansada y se iba a dormir.

Estoy deseando verla en la comisaría. Necesitaba contarle lo del mensaje que me hicieron llegar ayer. Hoy tengo previsto ir a la cárcel para una entrevista con Cranston. Según parece, él mismo solicitó verme a solas.

Es extraño.

No sé a qué atenerme.

No se me ocurre qué pretende.

He decidido que no lo voy a poner en conocimiento de Aron. ¿Para qué? Ni siquiera conozco los motivos para solicitar mi visita. Seguro que mi excompañero lo interpretaría de forma errónea. Es lo esperable, teniendo en cuenta lo mal que están las cosas entre nosotros.

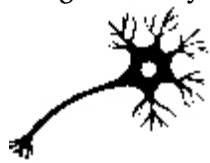
A primera hora de la mañana, me llaman para adelantar la visita a la cárcel. No me va a dar tiempo a pasar por comisaría. Llamo a Myrkur para avisarla, pero no descuelga el móvil. Me resulta extraño. Le mando un mensaje diciéndole que hoy iré más tarde. Como veo que no me contesta, telefoneo a comisaría para que la avisen y que vaya avanzando con la investigación en la medida de lo posible.

Empiezo a preocuparme. ¿Y si le ha sucedido algo y por eso no me responde? Igual debería pasar por su piso antes de ir a la prisión. Justo cuando subo al coche, me entra un mensaje de ella confirmando que ha recibido el mío anterior.

Arranco y me dirijo hacia el sur, para coger la autopista que me lleva hasta la cárcel del condado de Suffolk. La verdad es que esta visita no me apetece lo más mínimo y por diversos motivos. El primero de ellos es que, aunque he revisado las notas que tiene Aron acerca de la investigación, no la estoy siguiendo tan de cerca como debiera. Tengo la sensación de que, en ese aspecto, no voy a aprovecharla.

El segundo motivo es que no me da buena espina que Frederick Cranston quiera verme a solas. Antes de que fuera la primera vez, ya sabía demasiadas cosas sobre mí. Tal y como confesó, me había investigado. Intuyo que también la madre de Myrkur le habrá puesto al tanto de ciertas cosas. En todo momento supe que era una mujer inteligente a la que no iba a poder engañar. No obstante, pensé que también habíamos llegado a entendernos.

Supongo que hasta que no llegue no voy a saber qué pretende.



Capítulo 57

Myrkur

Creo que estoy en lo cierto. Mantengo mi teoría de que mi padre no es el responsable de los asesinatos de la urbanización. Necesitaba oírlo de su boca y también aprovechar para averiguar todo lo posible.

Miro mi teléfono cuando empieza a sonar. Es Patrick. No tengo ganas de hablar con él en este instante. No necesito que me mienta antes de que me tome el primer café del día. Al menos, que me pille despejada para detectar sus engaños.

Poco después, me escribe un mensaje.

No respondo.

Me manda otro más.

Dice que está preocupado.

Le contesto con un OK al aviso de que llegará tarde a la comisaría. No me apetece que continúe con el melodrama.

Mientras me preparo el desayuno, me viene a la cabeza la conversación que mantuvimos mi padre y yo ayer por la noche. Me reafirmo si cabe todavía más en su inocencia en el caso de la urbanización.

—Muy bien. Pregunta cuanto quieras entonces. No tengo intención de ocultarte nada —me dijo, cuando expresé con claridad mis motivos de estar allí.

No sabía por dónde empezar. Tenía varios frentes abiertos en mi cabeza. Todos y cada uno de ellos me parecían igual de importantes. Y no solo eso. A veces, comenzar por un tema puede condicionar las respuestas relativas a los siguientes. El orden es esencial, establecer las prioridades y anticipar las posibles consecuencias.

Sin embargo, soy humana.

Necesitaba resolver algo personal.

A la mierda con todo lo demás.

—¿Asesinaste tú a las víctimas de la urbanización?

Suspiró. Parecía decepcionado. No debería. Es un asesino convicto y yo conozco perfectamente la historia de sus crímenes. Soy policía, además. Que quiera averiguar su implicación en ese caso entraba dentro de lo esperable.

—Tenía la esperanza de que quisieras ver a tu padre, sin más

motivos que ese, Myrkur. Hemos pasado demasiados años sin el menor contacto.

No supe qué contestar a eso. Mi corazón sigue todavía en medio de un duelo que no sabe cómo resolver.

Mi padre.

Mi ídolo.

Mi mayor desilusión.

—Contéstame, por favor. Necesito saberlo —insistí.

—¿Tú qué opinas?

—Papá, no tengo tiempo para…

—Pues aprovechémoslo —me interrumpió—. ¿Crees que yo lo hice?

—No me cuadra con tu forma de actuar. Creo que estamos ante otro tipo de asesino, uno más oportunista que no busca gratificación por lo que hace, sino que mata casi por necesidad. Tal vez como una forma de eliminar obstáculos. Un criminal pragmático.

Se quedó mirándome con detenimiento.

—Me enorgullece saber que sigues siendo más lista que la mayoría.

—Pero no me has respondido.

—Tú ya lo has hecho por mí.

Entonces decidí seguir.

No iba a soltar prenda.

—¿Quién es Edward Scott? —le pregunté a continuación.

—¿Le recuerdas?

—Vagamente. Sé que estuvo en nuestra casa en diversas ocasiones cuando yo era pequeña.

—Sí, así es. Éramos amigos.

En ese momento, me vino a la cabeza algo que dijo Patrick unos meses atrás: “si eran amigos, tal vez fuera porque era un psicópata también”.

—¿Crees que él asesinó a todas esas víctimas?

—No es tan sencillo, Myrkur.

—¿Por qué?

—No quiero ponerte en peligro.

—¿No quieres ponerme en peligro? No sé si eres consciente de que, quien esté detrás de estos asesinatos, lo hacía tratando de inculparte, imitando en cierto sentido tu modo de matar, aunque de manera burda, pero suficiente para colgarte los homicidios si lo que interesa es cerrar un caso.

Lo último se lo digo en clara referencia a Aron.

Estoy segura de que lo ha pillado.

—¡Un minuto! —nos avisa el guardia.

—Aléjate de esta investigación, Myrkur. Hazme caso. No te conviene.

—No voy a permitir que te cuelguen asesinatos que no cometiste.

La respuesta me sale de manera visceral.

—Ya no tengo nada que perder. Me interesa mucho más que sigas con vida. Déjame que sea yo quien juegue mis bazas, ¿de acuerdo?

Eso significa que sabe algo, pero me temo que el tal Edward Scott también debe tener información en su poder que le perjudicaría en algún sentido.

Abren la puerta para invitarme a salir.

Antes de hacerlo, me lanzo a sus brazos.

Fue un grave error.

Pero en ese momento se sintió genial.

Capítulo 58
Patrick y Frederick

Invitan al detective Baker a pasar a la sala de interrogatorios de la prisión. Cranston todavía no está allí. Le hace esperar. No sabe si lo ha orquestado él o es debido a algo relacionado con el funcionamiento del correccional. El caso es que le resulta inesperado y le altera en cierto sentido.

Pasan diez minutos cuando por fin llega. Abren la puerta con un sonido metálico estruendoso. Casi siente que es él quien está encerrado. No debería tenerle miedo, pero no puede evitar una sensación de respeto prudente, por llamarlo de alguna manera.

Se sienta sin quitarle ojo al detective. Le esposan a la argolla que hay en el centro de la mesa, dejando longitud suficiente en las cadenas que lleva para que pueda moverse. Patrick no quiere ni pensar en lo que podría hacer si se le pusiera a tiro.

Los guardias salen y cierran la puerta. Cranston sigue mirándole sin decir una sola palabra. Esto hace pensar al detective en lo que deben sentir los pacientes con sus psicoanalistas, cuando se instala el silencio entre ellos forzando a que alguien hable para romper ese momento incómodo.

Son dos hombres totalmente distintos. Uno rubio de mirada clara. El otro moreno con ojos oscuros. Apenas diez años de diferencia de edad y unas historias de vida casi opuestas. Sin embargo, tienen cosas en común. Por ejemplo, aunque ambos se encuentran en los dos extremos contrarios de la ley, ahora están unidos por una investigación. Y sobre todo tienen un nexo personal: Myrkur.

—Me alegro de que hayas venido, detective.

Patrick se mantiene en silencio. Quiere dejarle que hable. Ya le llegará su momento a él. No hay que precipitarse.

—Supongo que querrás saber por qué te he hecho venir.

En realidad tiene varios motivos, pero no va a confesárselos todos. Por un lado, quiere jugar sus bazas, anticiparse a la policía, en especial después de que el detective Aron Rubicon se acercara a su exmujer. No le ha gustado que lo hiciera. Karen es intocable y está dispuesto a hacer lo que sea por protegerla. Esa afrenta no va a quedar

impune. El detective terminará por pagarlo antes o después, aunque todavía no ha decidido cómo.

Por otro lado, quiere saber qué relación tiene Baker concretamente con su hija. No le gusta para ella. No le da buena espina. No es solo la diferencia de edad, sino que está convencido de que es un manipulador y, a la larga, no va a hacerle ningún bien.

Y por último, teme que Edward Scott se la juegue y trate de cargarle con cosas que no son suyas. Tiene sus sospechas en cuanto a cómo llegaron a atraparle once años atrás. Concretamente, hay algo que no ha dejado de atormentarle desde entonces, aunque no tiene pruebas de ello.

Por el momento.

—Estaría bien, sí. Me ha dado la sensación de que ni siquiera estaba en mi mano decidir si me convenía venir hasta aquí o no —comenta con cierta acritud, armándose de valor—. Además, tenemos bastante lío en este instante. Espero que el motivo esté relacionado con la investigación a la que el otro día hicimos referencia. Entendí que sí estabas dispuesto a cooperar, aunque intentases establecer tus términos para ello.

—Algo así —responde Frederick con una leve sonrisa. Le escudriña. Huele el miedo o, al menos, el respeto en el detective. Tal vez pueda aprovecharlo en su favor. Entonces intuye algo al ver la expresión del policía. Algo diferente a lo que vio la última vez. Se pone serio.

Patrick siente que se le congela la sangre ante su cambio de expresión.

—¿Te has acostado con mi hija, detective?

Traga saliva. No piensa responder a eso. Sin embargo, la pregunta le pone los pelos de punta, puesto que le parece increíble que lo haya adivinado con solo mirarle.

—Claro que sí. Lo has hecho —asegura, poniendo los codos sobre la mesa y echando el cuerpo hacia adelante—. ¿Te van las jovencitas, Patrick?

El tono de voz de Cranston hace que se le erice el vello de la nuca.

—No he venido hasta aquí para… —empieza a decir el detective Baker.

Cranston da un golpe brusco en la mesa.

—Has venido porque yo he querido que lo hicieras. El problema es que creí que el otro día te había quedado claro que no te iba a permitir hacerle daño a mi hija, pero veo que no captaste el mensaje. Si piensas que por estar encerrado no tengo los medios para hacer contigo lo que quiera, Tendrías que asegurarte de ello primero.

—Creo que debería irme. No estoy a tu merced, Frederick. Y tu hija ya es adulta para tomar sus propias decisiones. Si me has hecho venir solo para esto, ya te aviso que la entrevista se ha acabado —asegura

Patrick, levantándose.

—Siéntate, detective. No hemos terminado. Tengo información que estoy seguro que te va a interesar.

Patrick se vuelve a sentar, sin quitarle los ojos de encima. Es una forma de demostrarle su valía, pero también de vigilar sus movimientos.

—Muy bien. Me parece que podemos llegar a un trato.

—Te escucho.

—Tú te alejas de Myrkur y yo te ayudo a meter a un asesino en la cárcel. Ganancias dobles: consigues que no te mate y, además, relanzas tu carrera.

—Myrkur es importante para mí.

—No me digas que estás enamorado de ella, porque los dos sabemos que es mentira. Es poco más que una cría. Además, puede que ella te haya dicho que es adulta y que toma sus propias decisiones, pero mi hija tiene muchos problemas. Seguro que ya te has dado cuenta de hasta qué punto le ha afectado crecer sin la figura de un padre a su lado.

—Ahora se encuentra mucho mejor. Tal vez solo necesitaba poder confiar en alguien.

—Tú no eres ese alguien. No eres trigo limpio, detective. Los dos lo sabemos, igual que sé que también intentaste seducir a mi mujer para acercarte a mí. No tienes ni el menor escrúpulo en hacer lo que sea necesario con tal de conseguir lo que quieres.

A pesar de que no puede desasirse de esa sensación de temor que le acompaña desde que ha entrado en la cárcel, el detective Baker se arma de valor, una vez más, y decide darle un ultimátum.

—Todavía no he escuchado nada que justifique mi presencia aquí. Si no me cuentas nada útil en los próximos segundos, daré por finalizada esta reunión. No soy tu marioneta. Parece que has olvidado que tú eres el que está encerrado.

El duelo de miradas se mantiene por unos segundos todavía. Frederick acompaña la suya de una sonrisa socarrona. Es hora de sacar provecho.

—Muy bien, detective, vayamos al grano entonces. Debo insistir en que una parte ineludible del trato es que te alejes de mi hija. A cambio, yo te ofrezco información detallada de los crímenes de la urbanización.

—¿Qué quieres decir con información detallada?

—Por ejemplo, qué armas se usaron y dónde encontrarlas. Y no solo eso, también pruebas irrefutables que os conducirían al asesino.

—Esto me suena a trapicheo y engaño.

—Piensa lo que quieras, detective. Yo solo te estoy ofreciendo la posibilidad de meter en la cárcel a un asesino del que la policía no

tiene constancia y que cuenta con muchas víctimas en su haber. ¿Te imaginas lo que eso significaría para tu carrera? Tal vez un ascenso a inspector de policía o, quién sabe, si algo más. Ya sabes mis condiciones. Piénsatelo bien.

—Me sorprende que no pidas algo para ti.

—Ya lo he hecho. ¿Es que no me has escuchado?

—Perfectamente. Pero me pregunto si has pensado en lo que supondría para tu hija un nuevo abandono.

Frederick entonces sonríe con malicia. Al final, el detective ha caído en su trampa. Ha vencido la ambición. Está en la naturaleza humana. Está seguro de que va a lograr su doble objetivo: alejar a ese imbécil de su hija y complicarle la vida a Edward Scott.

—Myrkur es una chica fuerte. Lo superará.

Capítulo 59

Myrkur

Llevo gran parte de la mañana con la cabeza en otra cosa. La visita de Patrick a mi padre me provoca una sensación de enfado que me cuesta controlar. Me da la impresión de que ambos están actuando a mis espaldas, dejándome fuera de algo sin pedir mi opinión.

A pesar de mi poca concentración hoy, he logrado averiguar algunas cosas que pueden ser útiles en el caso de los homicidios que estamos investigando. En realidad el mérito no es mío, pero eso no cambia el hecho de que sean datos importantes.

El ADN del pelo que hallamos en la almohada de la cama de los Branson coincide con el de los restos encontrados bajo las uñas de su hijo. Parece que tenemos a un mismo sospechoso en los tres asesinatos. El problema está en que no contamos, por el momento, con la identidad del propietario del material genético, pero en cuanto dispongamos de algún sospechoso, tal vez logremos alguna identificación positiva. Es un avance significativo.

Otro aspecto positivo, aunque negativo a la vez, es que el teléfono móvil de Kendal Branson es una fuente inagotable de posibles implicados en su homicidio. Según vayamos obteniendo los datos identificativos de los propietarios de los distintos números de teléfono y podamos rastrearlos, empezará el desfile de posibles responsables de su muerte por la comisaría. Imagino que es cuestión de días como mucho que atrapemos al responsable. El problema es que son demasiados candidatos, pero eso siempre es mejor que no tener ninguno.

Estoy intrigada por lo que nos cuente Leonard, el forense. Kayla, la técnico del laboratorio, insistió mucho en que hablásemos con él. Puede que nos tenga reservada alguna sorpresa, quizá relacionada con la causa de la muerte.

Miro el reloj. No sé cuánto tiempo más tardará Patrick en regresar, pero empiezo a impacientarme. Me estoy planteando acudir yo sola para obtener la información de la autopsia. No es que no esté ocupada con otras tareas, puesto que tengo bastante con intentar localizar a los posibles sospechosos que nos hacen llegar desde el departamento informático. No obstante, necesito conocer con exactitud el modo de

proceder del asesino. A simple vista, ya hay demasiadas diferencias con los dos primeros crímenes, tanto en la forma de matarlos como en todo lo que rodea a la situación del asesinato. A los padres, les atacó en casa, por sorpresa y con un arma blanca. Con el hijo, se atrevió a un enfrentamiento cuerpo a cuerpo sin usar nada más que sus puños. No parece que tenga demasiado sentido.

Según he leído en el informe policial, un hombre atacó sin previo aviso al hijo de los Branson dentro de la discoteca. Se supone que este es nuestro sospechoso. Hay una descripción física por parte de los testigos, pero todavía no tenemos el retrato robot. No iba armado. Empezó a golpearle y a gritar que le había quitado todo lo que le importaba, según dicen las personas que lo presenciaron.

Los de seguridad lo sacaron a la calle y, supuestamente, ahí debería haber quedado todo. Sin embargo, se ve que a Kendal le iba la marcha porque salió a buscarle unos minutos más tarde, aunque nadie supo precisar cuántos. En realidad, tampoco están seguros al cien por cien de que fuera así, puesto que parece que algunos de los que le acompañaban dicen que salió del local tras recibir un mensaje en su móvil. Al final, debieron volver a encontrarse. No obstante, por el momento, no son más que meras conjeturas.

Tiempo después, lo hallaron muerto en el callejón de al lado con múltiples golpes y signos de haber sido asfixiado, puesto que había coloración morada alrededor del cuello.

No hemos localizado a la novia para hablar con ella. Yo misma he intentado llamarla esta mañana sin éxito. Voy a acercarme hasta la vivienda en la que reside, según nuestros registros. A ver si tengo suerte.

Una vez hecho eso, acudiré a hablar con el forense, haya regresado Patrick o no.

Capítulo 60

Patrick

Tengo una sensación extraña en el cuerpo. Frederick Cranston tiene una capacidad inigualable para revolverle el estómago a cualquiera. Es la encarnación del mal. Tenerlo enfrente hace que sientas la necesidad de salir corriendo. Realmente experimentas la posibilidad de que esté a punto de devorarte el corazón.

¡Joder!

Estoy fuera ya de la prisión, metido en mi coche, lejos ya de su influencia, y todavía me parece que tengo sus ojos sobre mí.

Mi cabeza está hecha un lío. No sé cómo actuar a continuación.

Me gusta Myrkur.

Me gusta mucho.

Me gusta más de lo que me atrevo a confesarme a mí mismo.

Me gusta hasta el punto de plantearme tener una relación seria con ella.

Sin embargo, la idea de encerrar a uno de los malos de verdad es demasiado tentadora. Me metí a policía para sacar a la escoria de la calle, para que las buenas personas de a pie puedan sentirse un poco más seguras. Es mucho más que un trabajo o una profesión. Se trata de algo vocacional.

No me ha dejado alternativa.

Myrkur o mi vida.

Myrkur o encerrar a un asesino en serie casi tan despiadado como él.

Tengo que pensar muy bien qué decisión tomar.

Ahora me alegro de que Myrkur no me diera la oportunidad la noche anterior de confesarle que su padre me había citado para entrevistarme con él. Quizá sea buena idea no comentárselo por el momento, hasta que decida cómo actuar.

No me siento nada bien con esto. Haga lo que haga, sé que le va a causar sufrimiento. Tal vez deba llamar a Karen y hablar con ella, confesarle lo que hay entre su hija y yo y lo que me ha pedido Frederick. No obstante, no estoy seguro de que sea una buena idea. Me ha quedado muy claro que los Cranston siguen siendo un equipo y

que están más unidos de lo que quieren aparentar.

Puede que estén oficialmente divorciados, pero también creo que no lo están en realidad. Y eso me hace preguntarme qué tipo de persona es Karen.

Igual le estoy dando demasiada importancia a todo esto.

Se hace tarde. Debo ir a comisaría. Myrkur estará preguntándose dónde estoy. Tenemos tareas pendientes que no podemos demorar. Tengo la intuición que, después del asesinato del hijo de los Branson, estamos muy cerca de encontrar al culpable.

Capítulo 61

Myrkur

No hay ni rastro de la novia de Kendal Branson. Después de tratar de llamarla al móvil sin éxito y de acudir a su piso con idéntico resultado, es decir, ninguno, me he acercado hasta el lugar en el que trabaja. Creo que no somos verdaderamente conscientes de cuánto puede agilizarnos el trabajo la tecnología. Gracias a las bases de datos, he necesitado menos de media hora para encontrar toda esta información acerca de Juliette Wilson. Es, además, una forma como otra cualquiera de mantener mi mente ocupada y no pensar en qué estarán hablando mi padre y Patrick en este preciso momento.

Siguiendo las averiguaciones a las que he llegado, me desplazo hasta un prestigioso centro de estética que se encuentra ubicado en una de las arterias principales de Boston. Nada más entrar, la decoración floral y la mezcla de aromas del local casi me saturan los sentidos. No entiendo por qué hay personas a las que les gusta tanto acudir a estos centros.

Yo en particular no soy muy proclive a ir a este tipo de lugares en los que predomina la cháchara insustancial y el cotilleo gratuito. Ya se me da bastante regular socializar como para verme obligada encima a hacerlo con quien no me apetece.

Allí me han comentado que hoy Juliette no se ha presentado a trabajar. La han llamado muchas veces al móvil pero, igual que me ha sucedido a mí, no han logrado que respondiera. Entonces, me han recomendado hablar con Steffi, al parecer su mejor amiga allí, la cual se encontraba en una de las cabinas interiores. Por fortuna, no tengo que esperar demasiado para que me atienda.

Después de la oportuna presentación y de explicarle el motivo por el que estoy allí, mantenemos una conversación muy interesante.

—Su novio es un cretino. Es el típico niño rico que se cree por encima de todo. A Juliette no la trata bien, pero le compra todos los caprichos que quiere. Yo creo que está con él por eso. Le gustan demasiado las cosas bonitas y caras. Aunque no sé cómo le aguanta. En mi opinión, no merece la pena.

Me abstengo de compartir la mía.

Al fin y al cabo, no me la ha preguntado y no creo que le apetezca

que le cuente que lo que tendría que hacer su amiga es darle una patada bien fuerte en los huevos a su novio maltratador y meterle los caprichos que le ha comprado por el mismísimo culo.

Igual me he adelantado y no es lo que me ha dicho.

Le pregunto mejor para asegurarme.

—¿Te comentó si él la maltrataba?

—No hacía falta. Cuando venía a recogerla al trabajo, la trataba poco menos que como si fuera su esclava. La verdad es que no entiendo por qué dejó a su anterior novio por este tío.

—¿Recuerdas el nombre de su ex? —continúo indagando. Tal vez ese chico sepa algo de su paradero.

—Por supuesto. Era un hombre encantador, además de muy inteligente y muy buena persona. Se llama Vincent Abbey. Me dio mucha pena que lo dejase. Por lo que he oído, lo pasó muy mal porque estaba muy enamorado de Juliette.

La tendencia del lugar a los cotilleos en este caso me beneficia.

—¿Tienes alguna idea de dónde puedo localizarlo? Se me ocurre que, a lo mejor, ella acudió a él buscando su ayuda.

Es una posibilidad que me ha venido a la mente casi por casualidad, pero que sin duda puede ser una opción. Tal vez ella se haya dado cuenta de su error y fuera a buscarle para encontrar refugio. Igual no tiene sentido, pero por probar, no pierdo nada. Creo que iré a verle antes de hablar con la familia. Tengo un mal presentimiento con esta chica, la verdad. Espero equivocarme y que se encuentre sana y salva.

Steffi me facilita el nombre de la empresa en la que trabaja Vincent Abbey. Al parecer, es un arquitecto que se encarga de proyectos de diseño rompedores. Lo primero que hago es llamar por teléfono a la empresa y se ve que hoy no es mi día, porque acaban de decirme que se encuentra enfermo y no ha acudido a la oficina. Trato de conseguir su número de móvil, pero se niegan a dármelo, algo totalmente comprensible por el tema de la protección de datos. No obstante, como no me pilla demasiado lejos de donde estoy, me paso finalmente por allí y, después de enseñar mi placa, su socia, una tal Lindsay, me dice a regañadientes su teléfono.

Justo cuando estoy pensando en contactar con el exnovio de Juliette Wilson, me llama Patrick. Por un instante, dudo incluso si contestar. Menos mal que, por una vez, acude la cordura y lo hago. Sería una estupidez obviar su llamada. Para empezar, trabajamos juntos en el mismo caso.

—Myrkur, hola —me dice como si nada—. Ayer al final no te pasaste por casa. Esperaba que vinieses.

No sé qué quiere que conteste. Tal vez algo así como "*y yo esperaba que fueras sincero conmigo y no me ocultases cosas que sabes que son importantes para mí*".

—Ya te dije que estaba cansada.

Hay un silencio breve, como si ninguno de los dos supiéramos qué decir a continuación. No sé qué hacer. ¿Le pregunto dónde ha estado o espero a ver si pone alguna excusa para no haber acudido todavía a comisaría?

Al final no tengo que hacer nada porque él se me adelanta.

—Tenemos pendiente hablar con el forense. No sé si te va bien en este momento.

Buen cambio de tema.

—Estaba a punto de hacer algo, pero puede esperar. Creo que hablar con el forense es prioritario, aunque también tengo que decirte que empiezo a pensar que hay algo inquietante que debemos tener en cuenta, puesto que no localizo a la novia de Kendal Branson por ningún lado. ¿Y si es otra víctima del mismo asesino?

—¡Mierda! Puede que si estamos ante un ajuste de cuentas como barajamos, también se la llevasen a ella o le hayan hecho algo.

—Es una opción. O cabe la posibilidad de que no sea nada de eso. —Una vez más, me hago destacar por una respuesta sumamente inteligente.

—Las otras dos hijas de los Branson ya tienen protección, por si acaso.

Mantenemos la posibilidad de que quien los ha asesinado quiera deshacerse de toda la familia. Si fuera así, ellas indudablemente se encontrarían en serio peligro.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Vamos a hablar con Leonard y solicitamos mientras tanto en comisaría que busquen a la chica. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

—¿Nos vemos en el anatómico forense entonces o te paso a recoger?

Dudo qué es lo mejor.

Creo que prefiero que venga a buscarme.

Necesito que me mire a la cara y tenga el valor de mentirme.

—Nos vemos en comisaría y vamos juntos, mejor.

Capítulo 62
Decisión

No puede demorarlo más. Le está sucediendo algo grave y no puede actuar como si no pasara nada en verdad. No es normal que se despierte por la mañana lleno de magulladuras y con sangre cubriendo sus manos y su cuerpo.

Además, están las pesadillas y esa sensación de realidad que las acompaña. Ha empezado a tener *flashbacks* mucho más claros de lo que pasaba en sus sueños. Está asustado de sí mismo. Absolutamente atemorizado porque dentro de él habite un tipo de monstruo de esos de los que siempre ha huido.

Ha visto violencia gratuita.

Saña.

Dolor.

Sumisión.

Ha visto muerte.

Y de todas esas imágenes él era el protagonista.

Él portando un cuchillo en la mano.

Él clavándoselo a personas indefensas a las que aprecia.

Él apretando sus manos en torno al cuello de otro ser humano.

Agita fuerte su cabeza de un lado a otro. Se pone las manos a ambos lados. Luego las mira, como si le fueran ajenas, como si esas manos asesinas no pudieran formar parte de él.

Recuerda lo que tuvo que padecer cuando era un niño. Las palizas de los otros chicos debido a que consideraban que era un blando porque jamás empleaba la violencia. Recuerda lo difícil que era ocultar todo aquello al llegar a casa para evitarles sufrimiento a sus padres. Recuerda también los duros momentos que tuvo que atravesar después de que estos fallecieran y se encontrase literalmente en la calle.

Y recuerda a los Branson ayudándole, ofreciéndole una oportunidad que la vida no le había permitido. Le acogieron durante un par de años, hasta que comenzó la universidad. Le pagaron sus estudios y siempre les estuvo agradecido, a pesar de que Kendal se encargaba de convertir su estancia en aquella casa en un auténtico infierno.

Nunca les culpó de que lo permitieran.

Estaba seguro de que simplemente no lo sabían.

Y después pasó lo de Juliette…

¿Debía ir a la comisaría?

Quizás fuera lo más sensato, lo que haría una persona responsable, pero lo cierto es que no estaba seguro de que lo que había soñado fuese real, o simplemente una reconstrucción de lo que su mente pensaba que había sucedido.

Por el momento, lo único que tiene claro es que debe acudir a un neurólogo para que le hagan algún tipo de prueba. Necesita encontrar uno discreto y que sepa escuchar con mente abierta. No puede permitir que, a las primeras de cambio después de contarle su historia, se presente la policía a detenerle.

El problema es que no sabe dónde buscar.

Capítulo 63

Myrkur

Llego a comisaría y me toca esperar unos minutos a Patrick. Aron está allí y, a diferencia de otros días, hoy decide que quiere hablar conmigo. Se dirige directo hasta mi mesa. No sé qué esperar, salvo un cumplido, eso está claro.

—Buenos días, Myrkur —ese saludo ya me parece demasiado bienintencionado para ser él.

—Buenos días, detective Rubicon —le contesto con un poco de sorna al marcar la distancia. Igual es innecesario, pero no quiero que me pille con la guardia baja.

—He avanzado bastante con el caso de la urbanización, ¿sabes? —me comenta con una expresión ladina.

—No, no lo sabía, puesto que nos has dejado al margen.

—Claro. ¡Qué malo soy! —dice, haciendo un gesto absurdo que casi me recuerda a Jim Carrey en la película *Mentiroso Compulsivo*—. Ya ves, no es nada personal, es solo que no quería que desviases la atención de tu papi. Al final resulta que está metido hasta el fondo. Pero bueno, no creo que te sorprenda. Ya sabrás que es un puto desalmado.

—Solo voy a decirte dos cosas, Aron. La primera es que estás equivocado y alguien te la ha metido doblada. No ves más allá de tus narices, es evidente. Una pena porque, a pesar de que desde el primer minuto que te conocí supe que eras un gilipollas, pensé que al menos sí eras un buen policía. ¡Qué decepción!

—¡Qué zorra eres para ser tan joven!

—Ya ves, lo llevo en los genes —le contesto impertérrita—. Y la segunda cosa que quería decirte es que no me haces daño diciendo que mi padre es un psicópata. Lo sé desde hace once años y he aprendido a convivir con ello. Me parece que tú también tienes un punto de psicopatía si disfrutas con esto, intentando herirme de esta forma tan gratuita. Igual debes hacértelo mirar.

Justo en ese instante llega Patrick hasta nosotros.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta mirándonos a ambos. Yo, por mi parte, sigo con mis ojos clavados en Aron.

—Nada que te incumba —le respondo, sin girarme todavía hacia él

—. ¿Nos vamos? Tenemos trabajo que hacer.

Lo cierto es que me duele, sigo sin poder evitarlo. Aunque ya no es como antes, todavía me molesta que cualquiera se piense con derecho a volcar sobre mí mierda que, en verdad, nada tiene que ver conmigo. Es injusto y es cruel.

Luego la mala soy yo.

Me dirijo hacia la salida.

Patrick se ha quedado mirando a Aron y de fondo le oigo hablar con él.

—Ya basta, Aron. Déjala en paz.

—Si no tuvieras tu polla metida en su boca igual verías también que es una zorra sin alma como su padre.

—Te estás pasando, te lo advierto.

—¿Vas a pegarme, Patrick?

—No, Aron. Pero igual te pongo una denuncia ante el comité de acoso laboral. ¿Qué te parece eso? No sería la primera vez. Creo que no te conviene.

Instantes después me alcanza justo antes de salir a la calle. Llevo las mandíbulas apretadas y una rabia tan honda que siento incluso dolor de estómago. Sé que es algo psicosomático y no tardará en pasar, pero no he conseguido evitarlo.

—Myrkur, para un segundo, por favor.

Me detengo. No quiero que digan que soy una desobediente. Ya he tenido bastante con la escenita de Aron.

—Mírame, anda —me pide, agarrando mi mano y tirando de mí para que me gire hacia él.

Parece preocupado, pero ya no me fío.

Estoy al límite.

Creo que no soy capaz de soportar nada más hoy.

Entonces le miro. Me abraza, apretándome fuerte contra él. No es lo más recomendable en la puerta de la comisaría, pero no puedo pensar en ello ahora mismo. Estoy a punto de rendirme, de dejarme mimar por un segundo, pero entonces recuerdo que hoy Patrick no está precisamente entre mis personas favoritas.

Capítulo 64

Patrick

Algo va mal con Myrkur. Lo he notado enseguida. Es muy fácil detectar sus estados de ánimo. Es lo que se dice un libro abierto. Cuando la he abrazado, al principio todo iba bien. Parecía que se dejaba querer, pero de pronto se ha puesto rígida. Y ahí he tenido la certeza de que las cosas estaban feas entre nosotros.

Ha subido al coche sin mediar palabra.

—Myrkur, oye, estoy de tu lado —le digo con la mejor intención, en cuanto me subo yo también y cierro la puerta del lado del conductor. Ni siquiera ha hecho ademán de ponerse al volante.

No responde. Sus guerras silenciosas son de las que duelen, porque sabes que se ha ido a un lugar muy lejano en el que no puedes alcanzarla. No entiendo a qué se debe su cambio de actitud hacia mí. Estábamos bien.

—No debes permitirle a Aron que te haga daño. Tienes que intentar mostrarte indiferente.

—No me des consejos, porque no creo habértelos pedido —me responde secamente.

—Myrkur, ¿qué te pasa conmigo? ¿Qué te he hecho?

Se gira y clava su mirada azul de vértigo en mí.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Estás seguro?

—¡Por supuesto! Si he hecho algo mal, quiero enterarme y arreglarlo.

Veo cómo aprieta los puños.

Me preocupo.

—¿Dónde has estado esta mañana, Patrick?

No voy a mentirle. Es evidente que lo sabe.

—En la cárcel, hablando con tu padre.

—Eso es. A mis espaldas.

—Me ha citado él. Quería que fuese solo.

—Pero no me lo dijiste. Lo sé desde ayer y te lo has callado vilmente. ¿Quieres saber cómo me he enterado?

Hago un leve gesto de asentimiento.

—Me lo dijo uno de los funcionarios de la prisión, porque ayer por

la tarde estuve allí.

—Entonces no sé por qué te molesta tanto —le digo y creo que con razón—. Tú también me lo has ocultado.

—Pero no es lo mismo. Tú eres consciente de lo que esto supone para mí. Para ti no es más que un preso más, un medio para obtener un fin, pero para mí hay mucho más en juego.

—Myrkur, ayer pensé en decírtelo, te lo prometo. Cuando te fuiste de la comisaría, todavía no lo sabía. Y luego ya no pasaste por casa. No te he visto hasta ahora.

Se queda sopesando lo que acabo de contarle, supongo que intentando discernir si es verdad o no. Estoy siendo sincero. El problema es que, tras mi encuentro con Cranston, había decidido omitirlo.

—¿Y ahora? ¿Pensabas contármelo después de hablar con él? —me interroga de forma incisiva.

Si no me lee el pensamiento, le falta poco.

—No. Podría mentirte, pero prefiero ser honesto contigo.

—Maravilloso, Patrick. Veo que puedo confiar en ti a ciegas —dice con tono sarcástico.

—¿Me dejas explicarte mis motivos?

No sé si es buena idea ni las consecuencias que traerá después. La verdad es que había tomado una decisión, pero acaba de irse al traste. No quiero perder a Myrkur. No quiero hacerla daño. No más.

—Adelante, por favor.

Respiro hondo. No sé si la verdad le causará más dolor.

—Tu padre me ha ofrecido información para resolver los asesinatos de la urbanización a cambio de algo.

—¿De qué?

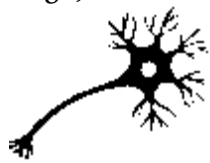
—De que me aleje de ti. No sé si tú le hablaste de ello, pero desde luego sabe que estamos juntos.

—Yo no le conté nada —afirma con seguridad.

—Vale, te creo. En realidad, el trato con él hace referencia a distintos términos, pero no sé si te conviene saberlos.

—No me vengas con vaguedades ahora, Patrick. Dímelo.

—De acuerdo —concedo, finalmente—. Me facilita información si me alejo de ti. Pero si no lo hago, me ha asegurado que me matará.



Capítulo 65

Myrkur

Me quedo helada. No sé si creerme lo que dice. De todos modos, quiero indagar más, saber qué había decidido antes de preguntarle. Sin embargo, no me hace falta ahondar más, porque Patrick empieza a explicarse.

—Te he dicho que iba a ser sincero contigo y es lo que haré. Después de mucho pensarlo, había llegado a la conclusión de que haría lo que fuera por conseguir la información para resolver ese caso.

—Así que ibas a dejarme.

—No necesariamente, Myrkur. El problema era que todavía no había llegado a esa solución en la que seguimos estando juntos pero no pierdo la vida —bromea, aunque no me hace ni la menor gracia. Si mi padre le ha amenazado, posiblemente no lo haya hecho en vano. Es probable que, incluso, ya hubiera delineado un plan para llevar a cabo su propósito.

Me enfurece que sea así, que piense que puede tomar decisiones respecto a mi vida después de estos años de abandono motivados porque eligió dar rienda suelta a sus bajas pasiones antes que cuidar de su familia.

—Él no tiene que decir nada al respecto. Es mi vida. Yo tomo mis propias decisiones.

—Ya, bueno, eso díselo a él.

—De todos modos, no tiene por qué enterarse. Podemos conseguir la información y engañarle, haciéndole creer que me has dejado.

—No lo veo tan sencillo, la verdad. Me parece que es más que capaz de enterarse de lo que sucede fuera de la prisión.

—Déjame esa parte a mí. Tendré que tener también una charla con mi madre. La cuestión es que necesitamos esa información y a mí no me la va a dar, eso ya lo dejó claro.

Damos por finalizada esta conversación y nos ponemos en marcha para hablar con el forense. No tiene sentido darle vueltas a lo mismo, pero la verdad es que tengo un remolino de sentimientos en mi interior que me impiden aclararme.

Patrick.

Mi padre.

Mi padre amenazando de muerte a Patrick.

Seguro que nadie puede decir que esto pasa hasta en las mejores familias.

En fin…

Sigo intrigada con lo que pueda decirnos Leonard acerca de la autopsia. Se supone que no debería haber sorpresas, pues la causa de la muerte parecía bastante evidente. No solo debido a la coloración en torno al cuello que denotaba esa asfixia mecánica, sino porque también había petequias faciales y conjuntivales, signos evidentes de que había tratado de respirar pero había algo que se lo impedía.

No tardaremos ya mucho en salir de dudas.

Acabamos de llegar a las inmediaciones.

Capítulo 66

Aron

No puedo resistirme cuando la veo. Es superior a mí. Es la encarnación del mal, el rastro vestigial del maldito Devorador de Corazones. Es tan soberbia como él, además. Se cree mejor que el resto, más lista, y no es más que una cría que no sabe nada de la vida.

Me dirijo a visitar a Edward Scott. Voy a pillarle por sorpresa. Ahora tengo datos interesantes sobre él y nuevas sospechas, así que cuento con material con el que apretarle.

Estos días he estado haciendo los deberes y he hablado con algunas de las víctimas que se atrevieron a denunciarle. Desde luego, tras ese aspecto impecable y esas maneras educadas y correctas, se esconde un auténtico depredador.

También he averiguado que la relación con Cranston venía de tiempo atrás. En la urbanización trabajaron juntos posiblemente debido a que ya se conocían de antes y se aliaron en este proyecto. Frederick era el promotor y Edward estaba al cargo del equipo de ventas, entre otras cosas. Independientemente de que el Devorador de Corazones no fuera el ejecutor de las víctimas, lo que sí está claro es que estaba al corriente de lo sucedido.

En cualquier caso, algo debió pasar entre estos dos hombres, puesto que sus caminos nunca más volvieron a cruzarse. Quizás el hecho de que ambos guardasen secretos mutuos y una relación deteriorada provocó que les pareciera lo más conveniente separar sus caminos.

He investigado esto a fondo, es decir, la trayectoria profesional de los dos, y desde luego no hay constancia de que colaborasen después de lo de la urbanización. Otra cosa es que hubiera otros asuntos en los que sí cooperasen, aunque intuyo que no.

Además, he averiguado algo interesante revisando el expediente de Frederick Cranston. Cuando le detuvieron, recuerdo que nos entusiasmamos por el modo tan casual gracias al cual habíamos detenido a uno de los asesinos en serie más peligrosos de los últimos años.

Llegamos a él a través de una denuncia en la que se filtraron por error sus datos. Se trataba de un caso de fraude fiscal y económico.

Una vez detenido, se procedió a tomarle sus huellas. Más tarde, se halló una coincidencia con las aparecidas en uno de los últimos crímenes descubiertos que fue perpetrado por el que ya se conocía como el Devorador de Corazones. Eso posibilitó también que se le pudieran tomar muestras de ADN.

A partir de ese momento, el castillo de naipes empezó a derrumbarse y pudimos implicarle hasta en diecinueve crímenes.

Detrás de aquella primera denuncia se encuentra el nombre de Edward Scott.

¿Qué sabía Scott de Cranston?

¿Qué le motivó justo en ese instante a denunciarle? Al fin y al cabo, lo que hizo puso en marcha todo el engranaje posterior que acabaría llevándole a la cárcel.

Y me pregunto algo más: ¿qué sabe Cranston de Scott para que este decidiera quitarlo de la circulación sin que este lo supiera?

Le visitó en diversas ocasiones en prisión durante el primer año. Después, salvo que mantuvieran contacto por correspondencia, no hay constancia de que se comunicaran nunca más.

Aquí estoy, en la puerta de la lujosa vivienda de Edward Scott, preparado para obtener respuestas.

Capítulo 67

Myrkur

Nada más llegar, nos indican en la entrada que el forense nos está esperando. Casi me gustaría que fuera Anthony Lewis, al que conocí cuando estuvimos investigando el caso del ladrón de cerebros, por llamarlo de algún modo. Creo que hoy no estoy preparada para más escenas de vodevil de desguace.

—¿Todo bien, Myrkur? —me pregunta Patrick poco antes de entrar.

Parece preocupado, no sé si es por lo que yo sienta ahora hacia él o porque esté pensando en la amenaza de muerte que pende sobre su cabeza. Sería comprensible que fuera lo segundo. Más me vale ser indulgente, al menos por hoy. No todos los días te encuentras en la diana de un asesino en serie.

—Todo bien —respondo, esbozando una sonrisa que a él se le contagia.

—Vale, pues entremos.

Leonard nos recibe con efusividad. Resulta increíble que tenga ese carácter alegre y desenfadado dedicándose a destripar muertos, con perdón de la expresión.

—¿Qué os parece que empecemos cuanto antes? —nos pregunta. Por supuesto, ambos consideramos que es la mejor opción.

—No sé hasta qué punto estáis al tanto de lo que le sucedió a este hombre, puesto que no os vi en la escena del crimen.

—No nos lo asignaron en primera instancia, pues no sabíamos que tuviera alguna relación con los dos asesinatos anteriores.

—No os estoy pidiendo una justificación, Myrkur, solo quería saber hasta dónde os han informado para empezar desde ahí.

—Estamos al tanto del enfrentamiento cuerpo a cuerpo y de las múltiples magulladuras. Además, se recogió material orgánico bajo sus uñas que contiene ADN de su agresor —comienzo a explicar.

—También nos informaron de la asfixia mecánica, al parecer de forma manual, sin usar ningún tipo de ligadura, debido a las marcas halladas en el cuerpo —continúa Patrick—. Suponemos que esa es la causa de la muerte.

—Bueno, eso es lo que suponíamos, pero me temo que no es así.

Esto nos deja a los dos asombrados. Que nosotros sepamos, no se ha

barajado otra causa salvo esa.

—¿Cuál fue entonces? —le pregunto con impaciencia.

—Déjame que os lo explique, ¿de acuerdo? Porque me temo que estamos ante, al menos, dos posibles agresores, aunque esa solo es mi teoría. Creo que ya sabéis que empezó la pelea dentro del local, ¿no es así?

—Sí, de eso estamos al corriente.

—Por lo que podemos ver en la imagen, estas son las primeras lesiones que se le ocasionaron. La mayor parte en la cara y la cabeza, aunque también hay marcas de puñetazos en el costado. Todas estas se realizaron por el mismo agresor, el cual llevaba un anillo bastante grande, por eso sabemos que son suyas. Mirad —nos exhorta, mientras señala con el dedo distintas marcas en las fotos.

—Desde luego aplicó mucha fuerza y tuvo tiempo de golpearle numerosas veces antes de que alguien le parase —comenta Patrick.

—Exacto —responde el forense.

—Le pegó con rabia —afirmo, poniéndole voz a mi intuición.

—Eso parece. Debieron ser golpes muy rápidos y muy seguidos. Después, sabemos que hubo una nueva pelea en el callejón de al lado. En la autopsia se aprecia esa diferencia de cicatrización casi imperceptible de los golpes, puesto que no hay demasiado tiempo de margen, pero sí podemos estimarlo aproximadamente por la rotura de capilares en el cuerpo y el hematoma subdural en la cabeza. Se produjeron un rato después, puede que cerca de media hora más tarde. La asfixia debió sucederse en ese margen de tiempo también.

—¿Entonces insinúas que quien le golpeó en el bar no fue el mismo que lo mató, sino que fue alguien con quien se peleó más tarde en la calle? —pregunta Patrick para que nos aclaremos.

—No exactamente.

—No lo entiendo —digo entonces—. Yo también había llegado a la misma conclusión.

—Y es comprensible. Por eso digo lo de que hubo varios agresores. Creo que el de los golpes del bar no es el mismo que el de la calle, puesto que no están las marcas del anillo. Pero, aunque sí hubo un intento de asesinarle asfixiado, la realidad es que no lo consiguieron.

—Leonard, supongo que ahora no vas a decirnos que está vivo, ¿no? —bromea Patrick. Sin duda, parece que ya está de mejor humor.

—Muy gracioso. No, claro que no. Lo que insinúo es que, quien intento asfixiarle, pensó que lo había conseguido, pero otro remató la faena y le partió el cuello.

Patrick y yo nos quedamos de piedra. Lo único que tenemos claro es que Kendal Branson se había ganado la animadversión de muchos, según parece.

Después de debatir con él algunos detalles más de la autopsia, nos

preparamos para irnos, puesto que todavía estoy preocupada por el paradero de la novia y estoy deseando saber si los compañeros de comisaría la han localizado.

—Myrkur, no me has respondido al final.

Le miró sin saber a qué se refiere ahora.

—¿A qué exactamente?

—No te hagas la tonta. Te dije que me encantaría invitarte a cenar a mi restaurante favorito —declara, sin cortarse un pelo porque esté Patrick delante—. Supongo que, desde que eres famosa, ya no quieres trato conmigo.

Ahora sí que me he perdido.

—¿Qué quieres decir con eso de que soy famosa?

—¿No lo has visto? —me pregunta con una mueca divertida.

—No sé a qué te refieres —le aseguro.

—Sales en las redes sociales de algunos medios de comunicación de la ciudad. Alguien ha filtrado que estuviste visitando a tu padre en la cárcel. Hasta han colgado una foto. Pero, por si te preocupa, para mí no es ningún inconveniente quién sea él, con tal de que no tengamos que invitarle a dormir en casa por acción de gracias después de cenar con nosotros —bromea, pero sin lograr que esboce ni una sonrisa.

Patrick me mira desconcertado. Se ve que él tampoco se ha enterado de nada.

—¿Dónde lo has visto? —le pregunta mi compañero, puesto que a mí no me salen las palabras.

Entonces coge su móvil y nos lo enseña.

Capítulo 68
Llamada

Al final, se ha decidido por pedir cita con un neurólogo de renombre que hay en la zona. Aunque ha presionado bastante para que le adelantasen la visita, no ha conseguido que le den hora antes de la semana siguiente. La persona que le ha cogido el teléfono le ha sugerido que acuda a urgencias si realmente es algo tan grave como cree.

Por lo menos, ya tiene algo, aunque sigue pensando en con quién podría hablar para que le pusiera en contacto con un médico que no hiciera preguntas incómodas y que, sobre todo, no acudiese a la policía.

Solo le viene a la mente una opción y ese es Kendal, así que no la puede considerar como tal, especialmente si es real lo que cree que ha soñado, es decir, los golpes que le ha propinado de forma violenta y casi salvaje.

Va a ponerse por fin a trabajar en el proyecto, a definir y pulir esos aspectos que no convencieron del todo a los inversores y que sabe que puede mejorar. Es la manera perfecta de dejar fuera los fantasmas, volcar toda su atención en otras cosas más productivas.

Suena su teléfono.

Es Lindsay.

No tiene la cabeza para aguantar sus reproches ahora, pero tampoco puede hacer como si no hubiera escuchado el móvil. Al fin y al cabo, sabe que no va a parar hasta que lo coja.

—Lindsay, ¿qué pasa? Estoy con el proyecto, ya sabes —le dice. Parece un crío al que han pillado haciendo algo indebido, poniendo excusas y justificándose.

—No te llamo por eso, ¿vale? Ya imagino que estarás trabajando en ello. No creo que seas tan estúpido como para no hacerlo justo ahora que tenemos a los inversores a boca de caramelo.

—Sí, sí, claro. ¿Qué necesitas entonces?

—Nada, en realidad. Llamo para avisarte de que ha venido por aquí la policía. Una joven agente rubia ha preguntado por ti y me ha pedido tu teléfono. No quería dárselo, pero me ha enseñado la placa y

dice que estaba relacionado con una investigación abierta, algo referente a tu exnovia.

Traga saliva.

Le asaltan imágenes sangrientas.

No sabe si es un recuerdo o una ensoñación.

En cualquier caso, en lo que ve, Juliette ha sido asesinada.

Por él.

Se ha quedado callado más de lo debido.

—Vincent, ¿estás bien? —le pregunta Lindsay.

—Sí, sí, claro. Gracias por llamar. Ahora tengo que dejarte.

Se queda paralizado.

Se le cae el teléfono de la mano.

Se rinde.

Tal vez fuera inevitable.

Capítulo 69

Myrkur

Estoy en *shock*. Hay una imagen en la que se me ve abrazando a mi padre. Fue solo un instante, pero ahí está. El funcionario de la prisión va a recibir en breve una demanda en su casa, eso lo tengo claro, aunque de momento ya me ha jodido la vida un poco más.

Salgo despavorida de la sala de autopsias sin mirar atrás. Oigo de fondo a Leonard y a Patrick que me llaman, pero me da igual. Necesito salir a la calle, escapar y llorar tranquilamente. No he visto a mi padre en once años, me he mantenido alejada de él todo este tiempo y, para una vez que le abrazo un solo instante, alguien está ahí para capturar el momento y hacer que parezca algo vil e insano. ¿Por qué no me dejan llevar una existencia como la del resto? Solo quiero una vida insulsa y sin interés que a nadie le importe. No creo que pida tanto.

Patrick llega a mi lado. Mi rostro está cubierto de lágrimas. Estoy desolada. Otra vez me parece que he tocado fondo. De nuevo tengo la impresión de que la apisonadora está a punto de pasarme por encima.

—Myrkur, no pasa nada, ¿vale? No le des más importancia de la que tiene. Podemos manejar esto, ¿de acuerdo?

—¿Que no le dé más importancia, Patrick? Joder, tú no puedes entender lo que siento. Parece que he hecho algo aberrante y solo he abrazado durante apenas un par de segundos a mi padre. Puede que sea un monstruo para el resto del mundo, pero para mí sigue siendo el hombre que me quería y me contaba cuentos por las noches antes de dormir. No puedo evitar quererle, ¿sabes? ¿Es eso tan extraño?

No puedo parar de llorar. Estoy desconsolada. Harta. Hastiada. Agotada. Da igual lo que intente, lo que me esfuerce, que haga lo imposible por mantenerme al margen, que ignore lo que me dicen, que me muestre indiferente. Siempre, sin excepción, encuentran la manera de hacerme daño y arrastrarme por el fango.

Patrick me abraza, me arrulla, me acoge en su pecho como si fuera una niña. Adoro esta sensación, la de sentirte importante para alguien, la de tener unos brazos dispuestos a cogerte cuando caes y sostenerte hasta que te repones.

—Lo arreglaremos, ¿vale? Ya no estás sola, Myrkur. Estoy aquí

contigo y no voy a irme a ningún lado.

El tiempo se detiene en un paréntesis acogedor.

No hay ruido.

No hay dolor.

No hay nadie a mi alrededor.

Precisamente porque es un paréntesis, su duración es finita y la realidad vuelve con sus obligaciones, responsabilidades y crudeza.

—Tenemos que averiguar dónde está la novia de Kendal Branson —le digo cuando ya me siento más calmada.

—Sí, cuando estés lista.

—Cuanto antes, mejor. Tal vez le haya pasado algo.

—Voy a llamar a comisaría a ver si tienen novedades.

—Mientras tanto, voy a intentar contactar con el exnovio. Quizás debiéramos pasarnos por su casa y hablar con él de todas formas.

—Me parece una gran idea.

Capítulo 70

Aron

Esta casa le tiene que haber costado muchos miles de dólares. Me apostaría que incluso un millón, pero a lo mejor me excedo. Es evidente que ha progresado mucho desde su infancia en una familia de pocos recursos y una juventud en la que los delitos estaban a la orden del día.

He llamado al timbre de la puerta pero, por el momento, no acude nadie a abrirme. Entra dentro de lo posible que no se encuentre en casa. De todos modos, prefiero insistir un poco más antes de decidir en qué otro lugar puedo localizarle ahora mismo.

Llamo una segunda vez. Mientras sigo esperando, me echo unos pasos hacia atrás. Elevo la vista hasta las ventanas de arriba. No se ve nada. Puede estar vigilándome desde allí y yo no percibirlo siquiera. Son cristales tintados, de esos de ocultación que tanto se han puesto de moda en los últimos años.

Me doy una oportunidad más. Vuelvo a pulsar el timbre. Estoy empezando a impacientarme. Entonces me parece escuchar unos pasos que se acercan. Se abre la puerta. Es Scott. Lleva solo un bañador de palmeras, unas chanclas y una bebida en la mano derecha.

—Detective, ¡qué sorpresa! No esperaba verle por aquí. Pensaba que ya habíamos dado por finalizadas nuestras conversaciones —comenta de una manera que aparenta ser relajada, pero que indudablemente incluye una incomodidad manifiesta.

—Bueno, aún tengo algunos cabos sueltos que me gustaría discutir con usted.

—No se me ocurre en qué más puedo ayudarle, pero pase de todos modos —me invita, abriendo del todo la puerta—. Estaba en la piscina a punto de darme un baño. Si lo prefiere, le puedo dejar un bañador y me acompaña.

—No, gracias. Estoy bien así.

La casa es espectacular. Está diseñada y decorada a capricho. Vuelvo a reconsiderar lo del millón de dólares. Este tipo tiene más cosas que esconder de las que ya me imaginaba. En esto es evidente que Cranston era más inteligente. A pesar de que había logrado

amasar una buena suma de dinero, nunca hizo ostentación de ello. Pasaba desapercibido llevando una vida bastante normal y familiar.

Pero Edward Scott necesita presumir.

Tiene un complejo del que Cranston carecía.

Este precisa que el mundo vea lo que ha conseguido.

Sus posesiones definen su valía.

—Edward, tiene usted una casa que es absolutamente espectacular —le piropeo para ganarme su confianza.

—Muchas gracias, detective. Dígame la verdad, ¿a qué ha venido?

—Ya se lo he dicho. No acabo de ver la conexión con Cranston. Empiezo a sospechar que él no fue el responsable de las muertes de la urbanización.

—Me sorprende usted. Ya le expliqué que había tenido problemas con todas aquellas personas. Frederick no toleraba las faltas de respeto ni que le llevasen la contraria.

—Sí, lo recuerdo. Me lo contó. Y podría encajar con su personalidad narcisista, pero lo cierto es que no era su forma de matar. Sus víctimas no tenían ninguna conexión con él. En realidad, en la investigación se concluyó que las elegía de forma aleatoria.

—Bueno, puede que eso fuera después de lo de la urbanización.

—Es posible —le comento pensativo—. Pero no me lo acabo de creer. Además, por lo que he podido averiguar entrevistando nuevamente a los familiares, también tuvieron algún desencuentro con usted. No obstante, eso no es lo más importante. Verá, es que además hemos encontrado a dos víctimas que no tienen nada que ver con Cranston. Incluso hemos averiguado, gracias a los análisis de antropología forense, que murieron más de un año antes que los demás.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Supongo que no tendría por qué tener nada de relevante, si no fuera porque las hemos identificado y ambas tuvieron una relación con usted.

La cara de Scott se transforma.

El psicópata asoma detrás de sus ojos.

Sin saber cómo, de pronto todo se vuelve negro.

Capítulo 71

Myrkur

No hay ni rastro de Juliette Wilson. Mi mal presentimiento vuelve. A esta chica le ha pasado algo. Puede incluso que esté muerta. Nos dirigimos en este momento al piso del exnovio. Espero que pueda darnos algunas respuestas. Igual es una estupidez verlo así. Si le dejó por el hijo de los Branson, cabe esperar que no quisiera saber nada de ella.

Según pienso en eso, viene a mi mente otra posibilidad. Los celos son un poderoso motivo para cometer locuras. Puede que precisamente el ex se dirigiera a la discoteca de Kendal Branson para ajustar cuentas con él y, después, fuera a por la chica.

No conviene adelantarse hasta que hablemos con él, de eso no cabe duda, sobre todo porque todavía no hemos identificado al hombre que comenzó a golpearle en el interior del local. Esta mañana iban a trabajar en el retrato robot con los testigos. En cuanto lo tengan, nos lo harán llegar al móvil. No sé si servirá de algo, después de que el forense nos haya hecho considerar la opción de hasta tres agresores. El molde del anillo también será importante. Espero que nos llegue en un plazo breve de tiempo para poder usarlo.

Cuando dispongamos del retrato robot, también podremos preguntar en el centro de estética en el que trabaja Juliette, por si acaso, así como a otros contactos cercanos de Kendal si les suena ese rostro. Del mismo modo, servirá para hacer una búsqueda con las fotos de las fichas policiales de los hombres que están entre los contactos registrados en su teléfono y los mensajes recibidos por la víctima.

Si logramos una identificación, lo siguiente será tomar una muestra del ADN del sospechoso y compararlo con lo que tenemos ya en el laboratorio.

Estamos ya ante la puerta de Vincent Abbey. Justo en el preciso instante en el que pulso el timbre, llaman a Patrick al móvil. Es increíble la de veces que se dan casualidades de este tipo.

—Tengo que cogerlo —me asegura—. Es NorNor.

Pongo los ojos en blanco. Lo que nos faltaba. El jefe. Seguro que ya se ha enterado de mi indeseada aventura con la prensa y quiere

pedirnos explicaciones.

No puedo bregar con eso ahora.

Necesito tomar distancia.

Cuando me abren la puerta, me sorprende el aspecto que tiene el hombre que nos recibe.

Cualquiera diría que ha estado en un campo de batalla.

Capítulo 72
Encuéntrale

Patrick coge la llamada de su jefe sin tener la menor idea del motivo que hay detrás. Confía en que esté relacionado con la investigación en curso. Tal vez alguna identificación o algún dato relevante que ha llegado a comisaría mientras se encuentran fuera.

Pero no tiene nada que ver con eso.

—¿Dónde estás ahora mismo, Patrick?

—La agente Cranston y yo hemos venido a interrogar a una persona de interés en el caso del asesinato de Kendal Branson. Pensaba que ya estarías al tanto, jefe.

—Patrick, no me toques los huevos. Sabes de sobra que no puedo tener conocimiento de dónde estáis cada uno en cada momento. Si te parece os pongo un localizador.

El detective se da cuenta enseguida de que su jefe está de mal humor.

—No, por supuesto que no, Norman —responde, usando su nombre de pila para intentar bajar las revoluciones de la llamada—. Ni mucho menos es lo que quería decir.

—Pues, ¿sabes qué? Que tal vez es lo que debería plantearme, ya que no hay forma de localizar a Aron. Estoy a punto de abrirle un expediente.

—¿Y eso? —indaga Baker.

—Porque le he dado demasiado cuartelillo. Se ha estado dedicando a tiempo completo al caso de las víctimas de hace quince años y, no solo es que no haya obtenido resultados por el momento, sino que no responde a mis llamadas y le necesito para que acuda a un posible caso de homicidio.

Patrick sigue sin entender para qué le llama a él. Espera que no sea para cargarles otra investigación, sobre todo ahora que parece que están un poco más cerca de resolver la que tienen entre manos.

—No sé qué pretendes que haga, Norman.

—Lo que quiero es que le llames y me lo traigas de las orejas a la comisaría, ¿te queda claro o necesitas que te haga un croquis?

—Me ha quedado clarísimo, no se preocupe. Lo malo es que no

tengo ni la menor idea de dónde encontrarle.

—Bueno, para eso eres detective, ¿no?

Entonces Patrick piensa que lo que no es, seguro, es niñera de su excompañero. Sin embargo, tampoco conviene cabrearle, en especial después de que accediera a que Myrkur se trasladase a Boston y se encargase de realizar las oportunas gestiones.

Es un favor que le iba a cobrar de un modo u otro.

—Déjamelo a mí, jefe.

—Sí, Patrick, pero lo quiero para ya, ¿estamos?

«Estamos. Cualquiera le dice lo contrario», piensa el detective.

Capítulo 73

Myrkur

Me quedo petrificada. Este hombre está lleno de moratones y magulladuras por toda la cara. Además, tiene un ojo hinchado que apenas puede abrir. Siento un ramalazo de miedo al darme cuenta de que estoy sola frente a él, puesto que Patrick se ha alejado un poco para hablar con el jefe Norton. Si es nuestro asesino, viendo el grado de violencia que es capaz de ejercer con sus víctimas, me parece que puedo estar en serios problemas.

Toco de forma disimulada mi cartuchera y la desabotono, como precaución por si tengo que sacar mi arma en un momento dado.

—Buenos días, soy la agente de policía Myrkur Cranston —le digo, mirando de reojo hacia donde se encuentra Patrick. Compruebo que sigue hablando por teléfono.

El hombre no contesta. Sus ojos parecen los de alguien asustado, pero me da la impresión de que estoy confundiendo mis percepciones, pues sus heridas me hablan de una persona que no tiene miedo a un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Como en el caso de lo sucedido con Kendal Branson.

Me estoy precipitando.

¿O no?

—¿Es usted Vincent Abbey? —le pregunto.

—Sí, soy yo —responde con voz pausada. Agacha la cabeza y empieza a decir algo que no comprendo. Suena como un lamento.

—Disculpe, señor, no le entiendo.

Noto que mis latidos van a mil por hora.

Cuando levanta la cabeza, está llorando. Es una de las cosas más surrealistas que me ha pasado desde que entré en el cuerpo de policía.

—Creo que he hecho algo muy malo.

Entonces sí que echo mano de mi pistola. Creo que este hombre está desequilibrado y puede reaccionar de manera imprevisible.

—¿A qué se refiere exactamente, señor?

No me escucha.

Sigue lamentándose y llorando.

—¡Oh, dios mío! No sé qué me ha pasado. No entiendo nada. Necesito ayuda.

—Señor —comienzo a decir. Luego recuerdo que siempre es mejor llamarles por su nombre de pila, pues es una forma de mostrarte más cercana a ellos—. Vincent, no comprendo lo que intentas decirme. Si no lo haces, no podré ayudarme.

—No lo entiende, agente. Creo que he hecho algo muy malo, pero no estoy seguro. No sé si lo he soñado.

—¿Qué es lo que ha soñado?

—Que mataba a Juliette.

Capítulo 74

Patrick

Miro de reojo a Myrkur. El jefe me ha llamado en el momento más inoportuno. Parece que está hablando con el tal Vincent Abbey, pero no le veo desde donde estoy. No percibo señales de peligro, aunque veo a mi compañera un poco tensa. No obstante, no sé si se debe al estrés acumulado hoy. Son demasiadas cosas las que se le han juntado.

Llamo a Aron, sin perder de vista a Myrkur.

No lo coge.

Nuestra relación no atraviesa su mejor momento, pero no creo que sea ese el motivo para que no responda. Vuelvo a intentarlo una vez más. Aguardo a que se agoten los tonos, mas no contesta. Pensándolo bien, si está metido en algo relacionado con la investigación, es lógico esperar que no coja la llamada.

Aun así, no me da buena espina. Que no me conteste a mí es una cosa, pero que no lo haga cuando es el jefe quien lo hace, es demasiado extraño.

En cuanto terminemos aquí, volveré a intentarlo.

Al acercarme hasta la puerta del piso escucho algo sorprendente. Creo haber entendido que el hombre con el que está hablando Myrkur ha dicho que ha asesinado a alguien.

Me sitúo a su lado, con mi mano en la cartuchera. Puede que las cosas se pongan feas si se siente acorralado.

—Tranquilo, Vincent, ¿de acuerdo? Cuéntenoslo todo con calma —le solicita mi compañera con voz pausada—. De hecho, hemos venido precisamente a visitarle por ella. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace ya cerca de cinco meses.

La respuesta nos desconcierta.

Sabemos con seguridad que Juliette Wilson estaba viva hace unos días. Hay varios testigos que lo corroboran. Su posible desaparición es bastante reciente. ¿Acaso nos está tomando el pelo?

—Señor, ¿le importa que entremos y hablemos con calma? —le pregunto en ese instante. Ahora entiendo perfectamente por qué Myrkur parecía estar tensa. Solo ver el aspecto que tiene este hombre

te hace pensar que puede ser efectivamente nuestro sospechoso.

Lo que no comprendo es el contraste entre esas múltiples marcas de haber estado metido en problemas y su expresión casi cándida.

Algo no termina de encajar.

En sus ojos se lee auténtica desesperación.

¿Este hombre es un asesino violento? Nunca lo diría.

—Como quieran.

Pasamos al interior del piso. Hay un desorden considerable, el cual quizá también refleje el estado mental de Vincent Abbey. El caos reina en su casa.

—Los he matado a todos —dice de pronto.

Myrkur y yo nos miramos.

—¿Quiénes son todos? —le pregunta ella.

—Todos. Juliette, Jeff, Franny y Kendal.

Este inesperado giro de los acontecimientos nos deja casi sin capacidad de reacción, aunque esto solo sucede durante unos segundos.

—Señor Abbey, me parece que lo mejor será que nos acompañe a comisaría y hablemos de todo esto con tranquilidad. Creo que debería explicarnos todo desde el principio —le sugiero.

El hombre asiente y rompe a llorar.

Obviamente no se parece en nada al tipo de asesino al que pensaba que estábamos buscando. Tal vez sea de esas personas que solo quieren algo de atención y para ello son capaces de confesarse culpables de unos crímenes tan salvajes como estos.

No opone ninguna resistencia al arresto. Casi parece no escuchar mientras le leemos sus derechos. Tiene la mirada perdida en alguna parte, muy lejos de donde nos encontramos en ese instante.

Antes de salir del piso le preguntamos dónde está Julliette Wilson.

Damos el aviso para que una patrulla se presente allí y compruebe si está viva.

Capítulo 75

Myrkur

Le observamos a través del cristal unidireccional de la sala de interrogatorios antes de comenzar a preguntarle por los diversos asesinatos en los que puede estar implicado de alguna manera. Cuando le han hecho la ficha policial y le han tomado las huellas, estas eran inexistentes, lo que coincide con la adermatoglifia de la que nos habló el técnico del laboratorio.

Este caso, sin lugar a dudas, no para de sorprendernos.

—No entiendo nada, Myrkur, te lo aseguro —me dice Patrick antes de entrar.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A todo. No comprendo que este hombre pueda ser capaz de asesinar de la forma que lo ha hecho a las distintas víctimas.

—La joven que trabaja con su exnovia en el centro de estética hablaba de él como de alguien tranquilo y amable. Decía que trataba muy bien a Juliette y que no comprendía cómo pudo dejarle por Kendal. Supongo que, en realidad, nadie creía que fuera una persona capaz de ejercer tanta violencia.

—Quizás es que todos albergamos en nuestro interior algún tipo de monstruo. Solo necesita las circunstancias necesarias para salir —reflexiona Patrick en voz alta.

Me da por pensar.

Puede que tenga razón.

Es posible que todos contengamos oscuridad en nuestro interior.

—Lo mejor será que hablemos con él y que intentemos aclarar las cosas, mientras el laboratorio coteja sus muestras de ADN con el pelo de la almohada y los restos biológicos encontrados bajo las uñas de Kendal Branson. De todos modos, no hay que descartar que sufra algún desorden psiquiátrico. Puede que estemos ante un caso de un trastorno disociativo. Al fin y al cabo, el hijo de los Branson le quitó a su novia. Quizá eso, unido a otros sucesos de estrés, desencadenara estas reacciones.

No estoy convencida de que sea así, pero, en cierta medida, encaja. Da la sensación de que cree haber hecho algo grotesco, aunque no recuerda haberlo cometido realmente. Eso cuadraría con las distintas

personalidades. La principal, más sumisa, la que encaja los golpes. La otra, la que surge para defenderse, para lograr vengar las afrentas recibidas por gente que le ha hecho daño.

En ese caso, entiendo lo de que atacara a Kendal y que después, supuestamente asesinara a su novia, cosa de la que todavía no tenemos confirmación hasta que nos lo digan los de la patrulla que se han desplazado hasta el piso de la joven. Ambos le hicieron daño. Pero, ¿qué tenía en contra de los Branson? ¿Qué le habían hecho ellos? Por lo que hemos podido averiguar, la pareja le acogió de adolescente y ejerció con él un tipo de mecenazgo, puesto que los ancianos le pagaron los estudios y le dieron una asignación económica hasta que pudo independizarse y establecerse por sí mismo.

—¿Ese trastorno es el de personalidad múltiple?

—Sí, exacto.

—Ya. Es posible —claudica Patrick, el cual es evidente que necesita encontrar una explicación que le convenza en este caso—. Si al final está implicado, tal y como él asegura, habrá que esperar a la evaluación psicológica entonces.

No le corrijo, pero en ese caso, no será necesario un psicólogo, sino más bien un psiquiatra. En fin, esa aclaración no sirve de nada en este instante.

—¿Entramos ya, Patrick? —le pregunto, puesto que veo innecesario seguir alargándolo.

—Sí, enseguida. Solo déjame que vuelva a intentar llamar a Aron. El jefe le ha telefoneado en varias ocasiones y este no le ha respondido. Yo he probado también hasta tres veces y he obtenido el mismo resultado. Solo será un minuto, a lo sumo.

—De acuerdo.

Patrick se aleja un poco con el teléfono pegado a la oreja. Espero que esta vez Aron sí conteste. Puede que lo que yo sienta por él no sea precisamente amor, pero aun así no quiero ver sufrir a mi compañero.

En fin, tampoco puedo disimular que realmente me importe. Al fin y al cabo, me apellido Cranston.

Capítulo 76

Patrick

Nada. No responde. Le he dejado varios mensajes. Empiezo a preocuparme. Tal vez no debería. Aron es más que capaz de defenderse a sí mismo. Pero aun así… Sé que seguía con la investigación de los crímenes de hace quince años. Sin embargo, no tengo ni la menor idea de qué pensaba hacer hoy ni adónde se dirigía. ¿Se habría citado con alguna persona de interés en el caso? En cuanto finalicemos el interrogatorio revisaré su escritorio, a ver si ahí encuentro algo.

Entonces me viene a la cabeza Frederick Cranston.

Él tenía información.

Diría que lo sabía todo.

Habló de un asesino en serie del que no tenemos constancia.

Sube un grado más mi nivel de preocupación.

Puede que Aron se haya topado con alguien peligroso.

Estoy a punto de decirle a Myrkur que interrogue sola a Vincent Abbey, pero no puedo hacerle eso. Sin embargo, en cuanto vea que está encauzado, quizá entonces sí decida ocuparme de buscar a Aron.

Hago una última llamada a NorNor y comparto con él mis preocupaciones, por si podemos ir avanzando y que le busquen en los lugares habituales un par de agentes.

Ojalá cuando salga de la sala de interrogatorios este asunto esté zanjado, aunque me temo que no será así.

—¿Estás bien? —me pregunta Myrkur.

—No. Tengo un mal presentimiento.

Ella me mira desde el mar que son sus ojos y me siento tentado de perderme en ellos. Pero no es momento. Es hora de encontrar respuestas.

—Entremos —le digo—. Será mejor que acabemos con esto cuanto antes.

Durante el interrogatorio, no salgo de mi asombro. Lo que nos cuenta Vincent Abbey me parece salido de una historia de ciencia ficción o algo similar. Empiezo a pensar si soy yo el que está ahora mismo dentro de un sueño, porque sería lo único que tendría

explicación.

—De pequeño sufrí crisis de ausencia y también varios episodios de sonambulismo. Creí que todo eso había quedado atrás. Tengo cita con un neurólogo para la semana próxima. No encuentro otra explicación. Solo sé que me despertaba por la mañana con las manos y el cuerpo cubiertos de sangre y la sensación de no haber descansado nada en toda la noche.

Así comenzó la explicación de unos sucesos estrambóticos.

Capítulo 77

Myrkur

Creo que tardaremos tiempo en olvidarnos del caso de Vincent Abbey y los asesinatos de los Branson. Patrick y yo no salíamos de nuestro asombro escuchándole hablar. En realidad, no era capaz de hacer un relato coherente de los hechos, sino que únicamente nos facilitaba retazos sueltos de lo acontecido y que nosotros terminábamos de encajar dentro de los sucesos que sabemos que tuvieron lugar.

Antes de finalizar el interrogatorio nos llegó la confirmación de que Juliette Wilson había sido asesinada. Puede que Vincent todavía se aferrara a la posibilidad de que, en ese caso, solo hubiera sido una pesadilla de la que le costó despertarse, puesto que, en cuanto nuestros compañeros nos lo comunicaron, rompió a llorar como un niño.

—Yo la quería. La quería tanto. ¡Cómo he podido hacer algo así! No lo entiendo —gimoteaba, sin descanso.

Nos costó varios minutos tranquilizarle.

Era un hombre al que se le acababa de derrumbar la vida.

Después de cometer los dos primeros asesinatos fue cuando se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Me levanté con las manos, la cara y la ropa cubiertas de sangre, pero no era capaz de recordar nada. Lo único que me venía a la memoria en ese instante era que me había ido a acostar. Estaba seguro de no haber salido de fiesta por la noche, ni de haber estado en bares o en cualquier sitio en el que me hubieran podido drogar o algo por el estilo. No encontraba ninguna explicación para lo que me sucedía, y tampoco tenía heridas que justificaran esa sangre.

—Quizá lo mejor hubiera sido que acudiese a la policía en ese momento, señor Abbey —le dije—. Podríamos haber averiguado a quién pertenecía toda esa sangre.

Supongo que a él también se le pasó por la cabeza hacerlo, pero le pudo el miedo. Intentaría convencerse a sí mismo de que aquello era algún tipo de error o de que habría una explicación razonable para lo sucedido.

La conclusión a la que llegamos es que Vincent Abbey se levantó en mitad de la noche, se dirigió al garaje de su edificio, condujo hasta el

edificio en el que vivían los Branson, subió a su casa y les mató. Si a la mañana siguiente o en los días posteriores se hubiera desplazado en su vehículo hasta el trabajo, habría visto la sangre que había en él. Pero no fue así. Los del laboratorio tienen mucha faena por delante, puesto que en él hay evidencias suficientes de los diferentes crímenes.

En cuanto a Kendal Branson, a pesar de que sí se peleó con él, no fue el responsable de su muerte. Las marcas del anillo que mencionó el forense que estaban en su cuerpo encajan perfectamente con un sello que Vincent lleva en el dedo anular de su mano derecha y que fue un regalo de los Branson para su graduación.

Finalmente, en consonancia con nuestra teoría, sí murió por un ajuste de cuentas. Cuando recibió aquel mensaje en la discoteca, después de que Vincent le golpeara de forma brutal, salió y se encontró con sus asesinos, dos hermanos pertenecientes a un cartel de la droga a los que les debía una importante cantidad de dinero. Si le rompieron el cuello fue para asegurarse de que le habían matado.

—¿Qué recuerdas de lo sucedido con Juliette? —le pregunté. En ese momento, Patrick ya había abandonado la sala de interrogatorios, puesto que estaba muy preocupado por Aron y quería buscarle cuanto antes.

Observé cómo le temblaba la barbilla. Después, se puso las manos en la cara, absolutamente avergonzado.

—He detestado toda mi vida a aquellos que abusaban de su fuerza y la empleaban contra otros que consideraban más débiles —comenzó a explicarme, como si necesitase expiar sus pecados de algún modo—. Lo que recuerdo que le hice a Juliette fue una auténtica salvajada.

Por suerte para él, estoy convencida de que no lo recordaba con exactitud. Sí era capaz de rememorar los golpes que le había propinado, pero en ningún momento mencionó los cortes y las mutilaciones que presentaba la joven.

La evaluación psiquiátrica y neurológica de Vincent Abbey va a llevar tiempo. Será preciso someterlo a distintas baterías de pruebas que nos digan con exactitud qué le estaba pasando o si todo era un engaño. Sin embargo, en mi opinión, creo que en todo momento nos dijo la verdad.

Era un asesino que no sabía que estaba matando.

Capítulo 78

Patrick

Tal y como había pensado, me he ido en mitad del interrogatorio. Resultaba muy difícil que se torciese, puesto que Vicent Abbey ya nos había contado lo más relevante. Además, en todo momento estaba siendo Myrkur quien llevaba la batuta, algo que agradecí internamente puesto que mi cabeza no paraba de pensar en lo que le podía haber pasado a Aron.

O en lo que le estaría sucediendo en ese preciso momento.

Le estoy llamando desde que he salido de la comisaría sin éxito. Lo primero que he hecho ha sido revisar su escritorio y su ordenador, por si había incluido alguna anotación nueva. Me ha sorprendido una entrada acerca del informe de la antropóloga forense que hablaba de que había más de un cadáver, los cuales estaban enterrados juntos, y que eran anteriores al resto de las víctimas que encontramos en su momento.

Además, anotó el nombre de las personas con las que tenía previsto entrevistarse en estos próximos días, y destacaba el nombre de alguien del que ya habíamos hablado en el pasado. Este estaba rodeado con rotulador, con dos palabras bien remarcadas a su lado: principal sospechoso.

Me ha resultado inesperado que no fuera Frederick Cranston, tal y como siempre había sostenido. En su lugar, parecía cada vez más convencido de que el responsable de estos crímenes podría ser Edward Scott.

El amigo del padre de Myrkur.

¡Mierda!

¿Es Scott el asesino en serie al que Cranston hizo referencia?

Mi mente ha comenzado a ir a cien por hora, planificando las siguientes acciones que quería llevar a cabo. Lo primero de todo, acudir a la casa de Aron.

Pero allí no hay ni rastro de él.

Justo después, he pedido que me localizasen todas las posesiones que tuviera a su nombre Edward Scott. Varias patrullas y yo nos hemos dirigido a las tres viviendas que aparecen a su nombre. Hemos

solicitado las oportunas órdenes de registro. Se ha encargado de agilizarlo el jefe Norton y, por suerte, pidiendo un favor a algún juez, las hemos tenido disponibles enseguida. Me hubiera dado igual que no llegasen, puesto que eso no me habría detenido.

Sin embargo, después de perder horas en los registros, no hemos encontrado ni el menor rastro de Aron. No obstante, hemos averiguado que sí estuvo en casa de Scott, puesto que así lo han grabado las cámaras de seguridad que hay en una de las viviendas de la acera de enfrente.

Aron entró en la vivienda de Edward Scott.

Más tarde, se ve a Scott llevando el coche de mi compañero a la parte de atrás de su propiedad.

No volvemos a verlo en las cámaras, debido a que en la calle de la trasera no hay dispositivos de vigilancia. Los compañeros del departamento de informática se hallan buscando en las diferentes cámaras de la ciudad el coche de Aron para tener alguna idea de dónde se lo ha llevado.

Entonces se me ocurre que alguien puede conocer el lugar en el que se encuentra.

Capítulo 79
Frederick

Un funcionario se acerca a mi celda para decirme que tengo visita. Le contesto que no tengo programada ninguna y que no me apetece ver a nadie. Entonces me dice que eso no depende de mí, que tengo que acudir a la sala porque un detective ha solicitado verme de manera urgente.

Asoma una sonrisa maliciosa e inevitable a mi rostro.

Intuyo que se trata de Patrick Baker.

¿Mi yerno?

Espero que ya no, por su bien.

Si no ha cumplido su parte del trato, me encargaré de que se vaya de este mundo entre terribles sufrimientos, aunque no pueda hacerlo con mis propias manos.

Que es lo que verdaderamente me gustaría.

Cuando entro en la sala de visitas, percibo rápidamente que está muy nervioso. Algo pasa que le tiene muy inquieto. No para de mover una de sus piernas.

—Detective Baker, no imaginaba que te hubiera causado tan buena sensación la última vez como para que estuvieras deseando encontrarte nuevamente conmigo —comento, para tomarle un poco el pelo. Es un pequeño capricho que no puedo negarme.

—Déjate de historias, Frederick. Vengo por algo urgente.

Habla de manera atropellada. Parece que sí debe ser una emergencia. Por un segundo, se me pasa por la cabeza que le haya ocurrido algo a mi hija. Si es así, ni todos los funcionarios de la prisión van a poder impedir que estrangule a este tipo con mis cadenas.

—¿Myrkur está bien? —pregunto muy serio.

—Sí, por supuesto. No vengo por ella —responde inmediatamente, como si la pregunta le pillara de improviso—. La última vez me dijiste que tenías información sobre los crímenes de hace quince años en la urbanización que quedó a medias. Aseguraste que podías darme más datos sobre ello.

—Así es, pero tenemos un trato, detective, e intuyo que no has

cumplido tu parte.

—Olvida eso ahora.

—No, no lo olvido. Tengo mis condiciones. Si tú no cumples, yo tampoco.

—Ya sabemos quién está detrás de esos asesinatos —declara con gesto severo.

Creo que se acaba de tirar un farol, aunque tampoco me sorprendería. Scott es inteligente, pero también impulsivo. Si se siente acorralado es capaz de cometer una estupidez.

¿Tienen la certeza de que ha sido él?

Tengo mis reservas.

Se me ocurre que tal vez Patrick Baker haya venido hasta aquí intentando pescar en río revuelto. No se lo voy a poner fácil.

—Entonces no sé a qué viene tanta urgencia detective.

Barajo opciones.

¿Qué le preocupa tanto como para arrastrarse ante mí?

Intuyo qué puede ser.

Ha desaparecido alguien que Baker conoce.

Quiero oírselo decir.

Disfrutaré escuchando cómo suplica que le ayude.

No tarda ni un segundo en claudicar.

—Se ha llevado al detective Rubicon. Necesito saber dónde lo tiene.

Rompo a reír. No puedo evitarlo. Me ha pillado por sorpresa. Al final el bueno de Eddy va a eliminar por mí a Aron Rubicon. Creo que tendré que darle las gracias.

Su cara es todo un poema en este momento.

Se lee a la perfección su preocupación.

Y también culpa.

Eso me intriga.

De cualquier modo, no voy a ceder así como así.

Prefiero que sufra un poco más.

—Detective Baker, créame, si Scott se ha llevado a su compañero, puede estar bastante seguro de que no volverá a verlo. Al menos, no con vida.

Datos de interés

Me apasiona la lectura de libros que están relacionados con la neurociencia, con la salud, con ciertos avances científicos de nuestra era y con aquellos que ayudan a enriquecerme. Ese fue el caso de "*Por qué dormimos. La nueva ciencia del sueño*". Antes de leerlo ya había visto una charla de su autor, Matthew Walker, en un episodio de TED Talks, la cual me resultó muy interesante. El libro, por cierto, es una auténtica maravilla y destacaría, además, el rigor científico en el que se sustenta y que es de agradecer.

En dicho texto, habla de un caso que me llamó poderosamente la atención y que, inevitablemente, fue el germen de una idea que ha terminado por convertirse en un thriller de suspense.

Concretamente, recoge entre sus páginas un caso de sonambulismo adulto absolutamente increíble. Un hombre de veintitrés años, casado y con una hija pequeña, asesinó a sus suegros sin motivo aparente. Sufría insomnio, al igual que muchos miembros de su familia, y estaba soportando mucho estrés debido a que estaba desempleado y con deudas. No había historial de violencia en su caso y, sin embargo, a pesar de ello y de tener una buena relación con su suegra, la apuñaló hasta matarla y estranguló al padre de su esposa, el cual finalmente sobrevivió.

Cuando recuperó la conciencia, supo que había hecho algo malo, pero no sabía qué, pues solo acudían destellos a su mente. Incluso se había cortado sus propios tendones sin enterarse.

¿No os parece algo merecedor de inspirar una historia?

El cerebro es uno de los grandes misterios a los que la ciencia sigue haciendo frente en un interesante desafío que augura muchos años de investigación. Los avances en neurociencia han permitido profundizar en el acercamiento a este todavía gran desconocido que albergamos y que rige nuestra vida.

El cerebro sin lugar a dudas es una obra maestra de la naturaleza. Si nos detenemos a pensar en todas las funciones que ejerce en paralelo, en cuántos aspectos vitales rige y gobierna, nos daremos cuenta de que no existe máquina más perfecta que esta.

En cuanto a las crisis de ausencia que se mencionan en la novela, como tal vez sepa el lector y por la información recabada en www.mayoclinic.org, consisten en períodos de pérdida de conocimiento breves y repentinos. Son más frecuentes en niños que en adultos. Se trata de un tipo de convulsión en la que quien la sufre se queda como si estuviera mirando a la nada por unos instantes, volviendo rápidamente al estado de alerta habitual en la mayoría de las ocasiones.

Las crisis de ausencia por lo general se pueden controlar con medicamentos anticonvulsivos. Algunos niños que las sufren también manifiestan otras convulsiones, como convulsiones tónico-clónicas generalizadas o convulsiones mioclónicas. Es lo que conocemos habitualmente como epilepsia. Muchos niños superan las crisis de ausencia en su adolescencia.

Agradecimientos

La serie Myrkur Cranston empezó con mucha ilusión. Crear el personaje principal y hacerlo evolucionar es un auténtico reto que todavía no ha terminado. Agradezco muchísimo la acogida que le estáis dando a las dos novelas publicadas hasta el momento, *Respira* y *Experimento*, y estoy segura de que *Sueños* no será menos.

Gracias siempre por dejarme soñar y hacerme saber que leéis mis novelas. No os imagináis lo que significa para mí.

◆◆◆

Mis lectores 0 son una parte fundamental de mis novelas. Es un lujazo y una enorme fortuna saber que puedo contar con ellos en cualquier circunstancia. Estas son las increíbles personas que forman este equipo de sobresaliente:

- Patricia Burgos Cortés. Siempre atenta, siempre utilizando el sentido del humor, siempre haciéndome sentir que lo que escribo vale la pena.
- Rocío García Melgar. No hay una sola vez que se equivoque, que se salte una coma o que no vea la forma de mejorar el texto. Sin importar sus circunstancias, ella siempre está ahí.
- Laura Díaz de Prado. Una persona de diez que sabes que no te va a fallar, que está ahí a las duras y las maduras y que no duda en ayudarte sin excepción. Por si acaso algo chirría en la trama, ahí está para hacértelo saber.
- Andreu Purroy Giribet. Un amigo de los que se escriben con todas las letras, alguien con quien poder conversar de cualquier tema y que deja lo que haga falta a un lado para echarte un cable.
- Ana Zorrilla. Una excelente escritora que no duda en compartir sus conocimientos y sabiduría para ayudarte a mejorar. Es una inmensa suerte contar con su ayuda.
- Sonia Muñoz Rubio. Una persona constante que te ayuda siempre que puede y que te hacer reflexionar acerca de los errores cometidos para poder mejorar.
- Margarita González Benavides. Una todotorreno que es capaz incluso de escribirte un prólogo en tiempo récord y de leerse el libro casi de una sentada.
- Sara Moyano Ávila. Para ella iba este libro que debió salir el día de su cumpleaños. Aunque no haya sido exactamente así, sigue estando dedicado a ti. Espero que te guste.

◆◆◆

Y además quiero darle las gracias…

A todos los que me seguís en redes sociales e interaccionáis conmigo, a los que me seguís en Amazon (¡Guau, más de 800! ¡Ni me lo creo!), a los que dejáis vuestras opiniones y reseñas haciéndome saber qué os ha parecido la novela que habéis leído, a los que me escribís diciéndome que estáis deseando leer la siguiente, a los que participáis en los Libros Viajeros que organiza de forma tan maravillosa Eva Gloria Pérez Meis (@evalispm) y a la que estoy infinitamente agradecida.

Para conocer a mis lectores cero, podéis visitar mi página web, en la que sigo preparando un apartado especial para cada uno de ellos. Voy avanzando poco a poco, pero me falta tiempo para tantas cosas que quiero hacer. Espero terminarlo algún día porque ellos se lo merecen. Ya va quedando menos.

Os dejo aquí el enlace.

https://arielzorion.com/conoce-a-mi-equipo-de-lectores-0/

Antes de irte…

Primero de todo, quiero darte las gracias por darle la oportunidad a mi novela. Espero que hayas disfrutado con su lectura y te haya resultado intrigante.

Para los autores autopublicados es muy importante vuestra opinión. Por eso, quiero pedirte unos minutos más para que dejes tu valoración en Amazon y, si te apetece, en Goodreads o alguna red social, lo cual sería fantástico.

Tu opinión es fundamental. Me ayuda a crecer, a mejorar y a darle visibilidad a mis obras. Gracias por dejarme soñar.

Nos vemos pronto con nuevas historias… si tú quieres.
“Solo una cosa convierte en imposible
un sueño: el miedo a fracasar”
- Paulo Coelho
Un abrazo grande

Ariel Zorion

Otros libros de la autora

A pesar de que tenía intención mantener separados mis distintos seudónimos, la realidad es que han acabado por mezclarse. No obstante, continúo escribiendo géneros diferenciados bajo distintos nombres, según sean thrillers, historias de terror, comedias románticas o libros más destinados a crecimiento personal, aunque tengo alguna novela que trata otros temas no relacionados con los géneros mencionados ahí arriba.

Podéis adquirir mis novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura en Amazon:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- Amanece en el Ocaso (Saga Ocaso 4)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- The Twilight Case (English Version)
- La Biografía de las Lágrimas (Saga Biografías 1)
- La Biografía del Dolor (Saga Biografías 2)

- La Biografía del Miedo (Saga Biografías 3)
- La Biografía del Amor (Saga Biografías 4)
- Respira (Serie Myrkur Cranston 1)
- Experimento (Serie Myrkur Cranston 2)
- Sueños (Serie Myrkur Cranston 3)

- Bancos de Niebla
- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones
- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2
- Desde El Otro Lado
- Cómo escribir 3 o 4 libros al año

- Algo Muere al Amanecer (Serie Amanecer 1)
- Amaneceres Oscuros (Serie Amanecer 2)
- Amaneceres Inciertos (Serie Amanecer 3)

- Enclaustrado (bajo el seudónimo Noiroz Leira)
- El Accidente (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)
- La Familia (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 2)
- Cuando te miro - Serie Amor con Humor 1 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando sonríes - Serie Amor con Humor 2 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando te grabo - Serie Amor con Humor 3 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo secuestrar a un asesino (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo ser feliz (bajo el seudónimo Sheila Relish)

◆◆◆

PRÓXIMAMENTE:

Libros autoconclusivos y de distintas series que se publicarán posiblemente a lo largo de 2024:

- El Casero (lanzamiento el 30 de abril de 2024).
- Espejos rotos (serie Davis y Tracy 1)
- Sombras (serie Myrkur Cranston 4)
- Tormento (serie Myrkur Cranston 5)
- Hambre de corazones - *spin-off* serie Myrkur Cranston
- El secreto escondido
- Diseñando al perfecto psicópata
- Puerta sin retorno
- Espectro

Acerca de la autora

Escribir ha sido un regalo para mí. Descubrir esta pasión, un sueño. He perdido la capacidad de aburrirme, pues en mi cabeza siempre se están gestando nuevas historias que estoy deseando volcar en un papel.

Cuando estaba en plena adolescencia y tocaba decidir qué camino seguir, me costó encontrar mi verdadera vocación, así que estudié primero ciencias puras y, en el último curso antes de la universidad, letras mixtas. Ese año comencé a colaborar como redactora en una revista local y entendí que lo de redactar tenía su punto y disfrutaba haciéndolo.

La carrera creó que me proporcionó sólidas bases y me reafirmó en esa intuición que ya sentía acerca de la satisfacción que me daba ponerme delante de un teclado.

Sin embargo, pasaron muchos años hasta que retomé mi pasión, puesto que mi carrera profesional se encaminó a destinos relativamente alejados de la escritura. Cuando me lancé a autopublicar mi primera novela me di cuenta de que ya no quería dejarlo.

Estoy muy cerca ya de tener cuarenta libros escritos y no podéis imaginaros lo feliz que me siento por ello. Y lo mejor de todo es que, con cada una que escribo, estoy más motivada.

Eso sería imposible sin vosotros, mis queridos lectores.

#lectoresdelazorion.

[1] Fuente: https://www.medicalnewstoday.com/
[2] Fuente: https://www.eafit.edu.co/
[3] The Embrace: El Abrazo. Se trata de una escultura de bronce basada en el abrazo entre el Dr. Martin Luther Kink Jr. y Coretta Scott King después de ganar el Premio Nobel de la Paz en 1964.